



LA TENTACIÓN DE TUS BESOS

Dina Reed

LA TENTACIÓN DE TUS BESOS

DINA REED

©Dina Reed, septiembre, 2020

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: iStockby Getty Images iStock.com/wernerimages

Diseño de portada: DR

Queda prohibido, dentro de los límites establecidos, reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin el permiso expreso y por escrito de la autora.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

ÍNDICE

[SINOPSIS](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[EPÍLOGO](#)

SINOPSIS

Liam Byrne es un viudo que vive entregado a su pequeño hijo Killian y a sus exitosos negocios que le han convertido en todo un multimillonario con apenas treinta años.

Pero no es feliz...

Desde que perdió a su esposa, no ha vuelto a levantar cabeza y se ha vuelto un hombre intratable, frío, huraño, arisco, despótico y obsesionado con el control.

Tal vez por eso le desquicie como nadie la profesora de música de su hijo...

Elsa es una chica divertida, abierta y soñadora que se empeña en hacer las cosas a su manera y Liam eso no lo soporta.

Es más, si no fuera la expulsión de esa chica tan irritante del colegio, del que es el principal patrono, es porque su hijo Killiam la adora.

Y ante eso no puede hacer nada...

Su hijo es lo principal, el motor de su vida, la razón de su existencia...

Pero esa profesora de música, es que no puede con ella.

Ni ella con él...

De hecho, Elsa le llama la Bestia Byrne, porque le detesta con todas sus fuerzas.

Pero una noche, en la boda de su hermana, Elsa descubre que la Bestia es uno de los mejores amigos de su cuñado... Y le toca bailar con él...

Y en ese baile empieza a sentir tantas cosas por la Bestia que llega hasta a asustarse y a él le sucede exactamente lo mismo.

¿Por qué saltan las malditas chispas entre ellos? ¿Por qué el deseo es incontenible? ¿Por qué empiezan a descubrir cosas el uno del otro que les hacen tambalear sus certezas? ¿Y si a pesar de todo lo que les separa, a pesar de que no soporten, a pesar de que sean la noche y el día, estuvieran destinados a amarse?

Capítulo 1

Cuando apenas quedaban unos segundos para que sonara la campana que anunciaba la entrada a las aulas, Elsa cruzó el umbral del portón del colegio ya casi sin aliento y tuvo la mala fortuna de chocarse con él.

No podía ser con otro.

No.

Justo con él.

La Bestia Byrne y el tío que más detestaba en el mundo...

—El primer día de clase y ya llegas tarde. Bonita forma de empezar el curso. No esperaba menos de ti, señorita Taylor —masculló con el ceño fruncido, y con esa chica pegada a su pecho.

Elsa se apartó de él, dando dos pasos hacia atrás, le miró con desdén, se retiró un mechón de pelo a un lado y replicó:

—Llego a tiempo. Aún faltan unos segundos para...

Y justo en ese instante sonó la campana que anunciaba que todo el mundo debía estar en clase.

—Estás agotando mi paciencia —le dijo el señor Byrne apretando fuerte las mandíbulas.

—Suelo llegar siempre la primera, hoy el tráfico estaba imposible y, aun así, he llegado a tiempo.

—No, perdona, a tiempo han llegado tus alumnos que deben estar esperándote en el aula.

Elsa sonrió y, retándole con la mirada, le informó para que hablara con conocimiento de causa:

—Mi primera clase es a las once de la mañana. Así que no te preocupes por eso, señor Byrne.

—Me preocupo porque deseo que mi hijo aprenda los mejores valores y principios. Y obviamente la impuntualidad no está entre ellos. No nos podemos permitir tener a un profesorado que dé tan mal ejemplo como tú. ¡Es la última vez que llegas a estas horas y con la lengua fuera! ¿Estamos?

Aunque el señor Byrne era el principal benefactor del colegio y aportaba cada año indecentes cantidades de dinero, Elsa consideró que no era justo que le hablara de esa manera.

Porque no tenía razón...

Así que, sin amedrentarse lo más mínimo por el carácter insoportable de ese hombre, replicó:

—Te repito que es la primera vez que me sucede esto, que suelo ser siempre la primera en llegar y la última en irme. Y ahora, si no te importa, me voy a trabajar. ¡Que tengas un buen día, señor Byrne!

Y le sonrió de oreja a oreja, de una forma que Liam encontró tan irritante que habría preferido que esa chica le hubiera propinado una buena patada en sus partes. Por lo que replicó, mirándola desafiante...

—Mi día empezará a ser bueno en el momento en que te pierda de vista.

A Elsa le hizo tanta gracia el comentario que no pudo evitar soltar una carcajada:

—Jajajajaja. ¡Lo mismo digo, señor Byrne!

Liam la miró con una cara de malas pulgas tremendas y le recordó, porque Elsa también

impartía clases particulares de piano a su hijo:

—Y no te olvides de la clase de esta tarde con Killiam. A las seis en punto. Y cuando digo en punto: es en punto.

—Allí estaré —replicó Elsa con una sonrisa enorme.

—¡Y nada de perder el tiempo con cancioncitas modernas! El viernes vendrán amigos a cenar a casa y quiero que borde *Los nocturnos* de Chopin.

Elsa se cruzó de brazos y, sin perder la sonrisa enorme, repuso aun a sabiendas de que iba a cabrearle más todavía. Pero es que ella era así, no podía callarse ni debajo del agua:

—Si necesitas un pianista para tu fiesta, mejor contrata a uno. ¿No te parece, señor Byrne

Liam resopló, se dio la vuelta y decidió regresar a su coche porque lo suyo con la señorita Taylor definitivamente no tenía remedio.

Pero no podía hacer nada para evitarlo...

Killiam la adoraba, se pasaba el día hablando de su maravillosa profesora de música, con la que cada día tenía un vínculo más estrecho, porque además le daba clases particulares de piano en casa.

Y mira que había intentado contratar a otros profesores, pero Killiam se había empeinado en que tenía que ser ella y solo ella.

Y no le había quedado otra opción que ceder, pues Killiam era su debilidad y su vida entera.

Por él era capaz de todo, incluso hasta de soportar a la señorita Taylor, que como siempre, parecía disfrutar mucho con su perfecto papel de mosca cojonera.

Uf. ¡Qué ganas tenía de mandarla bien lejos!

Pero Killiam no iba a perdonárselo en la vida...

Así que, no quedaba otra que apretar los dientes y soportar los dardos de esa chica que esa mañana estaba más guapa que nunca.

Lo reconocía.

Era una tocapelotas de primera, pero tenía una sonrisa preciosa, unos ojos enormes y azules como un mar bravo, la nariz recta, la boca carnosa, una bonita melena de color miel y un cuerpo con las curvas justas como para que cualquier hombre perdiera el sentido por ellas.

Pero él desde luego que no iba a hacerlo...

Aunque desde que había bailado con ella en la boda de su amigo Harry, esa chica se estaba colando en sus sueños más tórridos de una manera recurrente.

Hasta entonces, Elsa Taylor, solo había sido un incordio en su vida, pero desde ese baile, no había dejado de soñar cosas bien sucias con ella.

Pero qué más daba... Porque en la vida real es que ni por asomo se atrevería a tener nada con esa chica que le sacaba completamente de sus casillas.

Es que parecía que lo hacía aposta. Puesto que siempre estaba ahí, para desquiciarle y hacerle la vida un poco más desagradable.

Como esa mañana en que, tras ese encontronazo con ella, se metió en el coche, dispuesto a olvidarse de ella y afrontar un duro día de trabajo.

O al menos esa fue su intención, pues conectó la radio y para su más absoluta sorpresa sonó la canción que, el día de la boda de Harry, bailó con la insufrible de Elsa Taylor.

Y se le removió absolutamente todo...

Porque esa canción, *Night and day*, de Cole Porter, que además era su canción favorita, le hizo recordar ese día en que por unos minutos tuvo a esa chica entre sus brazos, con el pico cerrado, y dejándose llevar, sin más. Y fue tan dulce, tan perfecto, tan mágico y tan inesperado que de solo

recordarlo sintió una cosa absurda en el estómago y se puso duro como una roca.

Y le dio tanta rabia, que cambió la emisora a otra de información económica y decidió poner ahí toda su atención.

Porque aquello no podía ser...

¿Qué diablos hacía recordando ese baile que no iba a volver a repetirse jamás?

Él detestaba a la señorita Taylor y así iba a ser para los restos...

Y mientras el señor Byrne luchaba a brazo partido por librarse de esos jodidos recuerdos, Elsa estaba en la sala de profesores pensando en él.

En ese hombre al que odiaba con todas sus fuerzas, pero que esa mañana estaba más atractivo que nunca.

De hecho, cuando se había dado la vuelta, no había podido evitar fijarse en su espalda ancha, en su figura imponente y en esa aura de señor importante que dejaba sin aliento.

Además, era moreno, alto, de ojos verdes profundos, nariz recta, mentón cuadrado, sonrisa perfecta, cuando sonreía, y un cuerpo duro y fuerte con el que Elsa llevaba soñando desde que había bailado con él en la boda de su hermana.

Cosa que le daba una rabia tremenda...

Porque ¿qué hacía soñando con ese tío si le aborrecía?

¿Tanto le había marcado ese maldito baile? Vale, que reconocía que no había estado nada mal, que bailar su canción favorita con ese tío había sido una experiencia sorprendente y especial, pero de ahí a soñar esas cosas tan sucias con él... ¡iba un trecho!

Si bien no podía evitarlo, ese tío se colaba en sus sueños y le hacía unas cosas que jamás le había hecho nadie.

De todas formas, aunque aquello le había agobiado bastante al principio, ahora había decidido no darle ninguna importancia, pues realmente no la tenía.

Eran sueños y nada más que sueños...

Y de ahí no iban a pasar, porque tenía clarísimo que jamás iba a tener nada con el señor Byrne.

Así que no había nada de lo que preocuparse...

Y en esas estaba cuando de repente entró en la sala de profesores, Thomas, el profesor de gimnasia y un chico que no podía ser más guapo, ni más *sexy*, ni más divertido.

Thomas tenía 28 años, era rubio, alto, fuerte, de bonitos ojos azules y sonrisa espectacular. Pero sobre todo era un tío estupendo, buen amigo, leal, sincero y simpático, con el que había hecho buenas migas desde el principio.

Él llevaba dos años trabajando en el colegio, cuando Elsa llegó, y se encargó de ponérselo todo muy fácil para que aquello fuera como la seda.

Como así fue...

Trabajar junto a él era un auténtico placer y ahora se había convertido además de en un compañero, en un gran amigo...

Por eso, Thomas no tuvo más que entrar en la sala de profesores para darse cuenta de que algo le pasaba:

—¿Y esa cara, chica guapa?

Thomas le dio un beso en la mejilla a su amiga, ella le sonrió y le contó:

—¡Me ha dado de bruces con la Bestia, justo el único día de mi vida que llego segundos antes de que suene la campana! ¡Qué mala suerte, de verdad!

—Jajajajajajaja. Pues sí que lo es, sí...

—Me odia. Si vieras cómo me miraba... ¡Qué ganas tiene de echarme!

Thomas agarró la cafetera, sirvió un par de cafés, le pasó el suyo a Elsa y le recordó algo que era obvio:

—Pero tú sabes que no lo va a hacer. Killiam no lo permitirá jamás...

Elsa dio un sorbo al café humeante y delicioso, porque Thomas los preparaba como nadie, y confesó:

—Killiam es un amor. Si no fuera por él, la Bestia me habría puesto de patitas en la calle. Y a mí me habría dado una pena tremenda, porque no quiero perder a Killiam, ese chico es muy especial.

—Killiam es muy especial, te necesita y todos nosotros también. Tu sitio está aquí, Elsa, pasa de ese tío. No es nadie. No permitas que te amargue. No dejes que tenga ese poder sobre ti.

—Te recuerdo que ese tío es el principal benefactor del colegio y que si cobramos a fin de mes es entre otras cosas porque aporta cantidades ingentes de dinero.

—¡Olvídalo! Hoy es el primer día de clase, yo estoy feliz de encontrarme otra vez contigo y sé que este curso nos lo vamos a pasar genial. Ya lo verás. ¿Brindamos por ello?

—¿Con café? —replicó Elsa, muerta de risa, y agradeciendo que Thomas estuviera en su vida para arrancarle siempre una sonrisa.

Thomas levantó su taza, la chocó con la de su amiga y exclamó:

—¡Por todo lo bueno que nos espera!

Elsa brindó con su amigo, dio un sorbo a su café y repuso convencida:

—Así será, Thomas. ¡A la mierda con ese tío!

—¡Así se habla! —aseguró Thomas, levantando el pulgar.

—Jajajajajaja.

Thomas se quedó mirando a Elsa, a la que había echado muchísimo de menos durante el verano, y confirmó una vez más algo que cada día era más fuerte.

Lo que sentía por ella, a esas alturas, era ya mucho más que amistad...

Y ahora que lo tenía más claro que nunca, iba a darlo todo para que Elsa Taylor fuera suya.

Capítulo 2

Horas después, a las ocho de la tarde, después de trabajar todo el día en el colegio y de impartirle a Killiam las dos horas de piano, Elsa estaba recogiendo sus cosas para marcharse a casa, cuando la Bestia irrumpió en el salón de su maravilloso apartamento en el Upper East Side.

—¡Papá! ¡Ya estás en casa! ¡Qué bueno! Tengo tanto que contarte...

Killiam, de once años, moreno, pelo revuelto, de ojos verdes como su padre, sonrisa siempre en los labios, vivaracho y tremendamente divertido, levantó la mano para que su padre la chocara y luego le estampó un beso sonoro y ensalivado en la mejilla.

—¡Qué manera de besar, hijo! ¡Ni que fueras Dingo!

Dingo era el labrador de la familia, que en cuanto escuchó su nombre salió pitando del salón contiguo en el que estaba tirado y saltó también a los brazos de su dueño.

—Jajajajajaja. ¡El sí que te va a chupetear bien la cara! ¡Dale Dingo! ¡Besa mucho a papá que hoy ha sido bueno y ha venido pronto a casa! —exclamó el niño, mientras el perro no paraba de lamerle la cara a su dueño.

—¡Calla, mocoso! ¡No le des ideas! —le exigió el señor Byrne a su hijo, y después se zafó como pudo de su perro, mientras Elsa se partía de risa.

—Conmigo puedes estar tranquilo que yo no voy a rechupetearte —dijo Elsa, encogiéndose de hombros.

Liam la miró ofuscado y, con Dingo ya tirado a sus pies, replicó a la señorita Taylor:

—Te lo agradezco, es todo un detalle por tu parte. Y ahora me gustaría comentarte algo...

Elsa se puso a la defensiva, porque de repente se temió lo peor y repuso:

—Me parece fatal que nos espíes, pero antes de que me echés la bronca tienes que saber que esas canciones de Queen que hemos estado tocando son de una dificultad, si se ejecutan bien, a la altura de...

—¿Cómo que canciones de Queen? —preguntó perplejo.

Killiam se mordió los labios, miró a su profesora y comentó en un tono muy gracioso para echarle un capote:

—Grieg, ha dicho Grieg...

—Se muy bien lo que ha dicho, hijo. ¡No enredes!

El perro entonces se levantó y como si también quisiera proteger a Elsa se plantó delante de ella.

La chica le agradeció el gesto acariciándole la cabeza y el señor Byrne tras bufar masculló:

—¿Tú también estás en el ajo, perro desleal? ¡Lo mismo hasta os hace los coros!

—¡Le encanta Queen! —confesó el niño, muerto de risa.

Al señor Byrne le encantaba ver a Killiam así de feliz, pero lo que no soportaba era que esa maestrilla se saliera siempre con la suya:

—¿Cuántas veces tengo que decirte, señorita Taylor, que no quiero que mi hijo pierda el tiempo con músicas modernas? Quiero que aprenda de los clásicos.

—¡Todo es música, papá! ¡A ver si te enteras de una vez! —exclamó el niño.

—¡Qué bien tienes aleccionado a mi hijo, señorita Taylor! Estarás contenta... —gruñó Liam, fingiéndose más ofuscado de lo que realmente estaba.

Porque era ver a su hijo feliz y se derretía como un terrón de azúcar en leche caliente.

—Estoy muy orgullosa de Killiam, sí señor. Es un chico talentoso, inteligente, disciplinado y muy creativo. Es un lujo para mí tener un alumno como él... —dijo Elsa, levantando el mentón.

—Y para mí es un honor tener una profe como tú, Elsa. Es que no me imagino dando clases con nadie más. Y me da igual que a mi padre no le gustes...

Liam revolvió aún más el pelo de su hijo mientras murmuraba:

—Eso Elsa ya lo sabe, no hace falta que insistas...

—A mí tampoco me gusta tu padre. ¡Estamos empatados! —exclamó Elsa cruzándose de brazos.

—Pero los dos me gustáis a mí, que es lo que importa —repuso el niño al tiempo que Dingo ladraba moviendo el rabo.

—¡Y me temo que a Dingo también le gustamos! —exclamó Elsa divertida.

Todos se rieron, incluido el señor Byrne, que al momento de nuevo frunció el ceño y le comentó a la señorita Taylor:

—Que sepas que no te espío. Es más, no me hacen falta cámaras para saber que vas a hacer lo que te dé la gana. Pero trabaja duro las piezas clásicas. Creo que Killiam tiene talento para el piano...

—¡Ni lo dudes! Vale oro —aseguró Elsa, mirando con orgullo a Killiam.

—Que aprenda bien a tocar a los clásicos y luego que acabe tocando lo que le dé la gana. Como si le da por hacer música trap...

—¿Cómo puedes saber que hemos estado tocando una de Rosalía? ¿De verdad que no nos espías, papi? —preguntó Killiam alucinado completamente.

El señor Byrne miró a Elsa y respondió mientras pensaba que esa chica tenía unos ojos azules preciosos:

—No hay nada que se me escape. Y más cuando se trata de mi hijo.

—No te preocupes, que trabajamos muy duro para que Killiam desarrolle al máximo todas sus potencialidades.

—¡Y me lo paso teta de vaca! —exclamó Killiam, mientras acariciaba a Dingo.

—Es que lo mejor es aprender divirtiéndose. ¿No te parece, señor Byrne? —preguntó Elsa, para chincharle un poco.

—A mi padre le gustan los profesores serios de bigotes, que aburren hasta las ovejas, pero con el tiempo acabará adorándote como yo. ¡Ya lo veras, Elsi! —le dijo Killiam a su profesora.

—A mí con que me adores tú, tengo bastante. No sufro porque tu padre me aborrezca... Lo llevo bien.

—¡Y tanto que lo llevas bien! ¡Pareciera que hasta lo disfrutas! —exclamó la Bestia.

—Pues como tú... —replicó Elsa, encogiéndose de hombros.

El señor Byrne decidió no seguir con esa absurda conversación que no iba a ninguna parte y decidió ir directo al grano, porque por algo había salido antes de su despacho.

—Hoy he salido antes del trabajo porque quería pedirte algo, señorita Taylor. Le he estado dando vueltas a eso que me dijiste de que me buscara un pianista para que amenizara mi cena del viernes y he pensado en que tú a lo mejor querrías ganarte un dinero... ¡Tocando a Chopin! Por supuesto, nada de Rosalía, ni de otras músicas raras...

Elsa que trabajaba en todo lo que podía para poderse librar de una vez del maldito crédito que todavía seguía pagando de la universidad, abrió bien los ojos y preguntó:

—¿De cuánto estamos hablando?

—Quinientos dólares por tocar un par de horas, a lo sumo tres...

Elsa sin pensárselo, asintió con la cabeza y le faltó tiempo para responder:

—¡Hecho! ¡Te tocaré todo Chopin si quieres! Nocturnos, baladas, polonesas, mazorcas, vals...

—¡Es muy buena, papi! ¡Has hecho una elección excelente! —apuntó Killiam divertido.

—Calla que el que tenía que tocar eres tú. Pero no quiero que Fiona piense que exploto a mi hijo...

—Fiona... Buah... ¡Qué rollo! —masculló el niño poniendo una cara de asco tremenda.

—Fiona Moore es una de mis mejores amigas... Una mujer amante de la música y de la cultura en general, elegante, distinguida, sensible, sofisticada...

—¡Y tan aburrida que solo con verle el careto bostezo! —le interrumpió Killiam.

El señor Byrne pensó que su hijo tenía razón, Fiona no era la alegría de la huerta, pero durante todos estos años había sido una buena compañera.

Una amiga leal, en la que se había refugiado, alguien siempre dispuesta a escuchar, a reconfortarle y a compartir momentos exquisitos.

Porque con Fiona todo era siempre delicado y distinguido... Con clase. Muchísima clase...

Y bueno, no solo compartían salidas a la ópera, a restaurantes elegantes, o practicaban juntos el golf...

También solían acostarse cuando les apetecía y los dos disfrutaban de unas estupendas sesiones de sexo.

No era un sexo salvaje y desenfrenado como el que tenía en sueños con la tocapelotas de Elsa Taylor, pero se lo pasaba bien.

Y como su amistad era sólida y profunda y Killiam iba a aprender muchísimo de una mujer tan preparada y culta como Fiona, llevaba meses barruntando la idea de formalizar su relación con ella, comprometerse y casarse.

No sonaba muy romántico, pero sí práctico y razonable.

Por eso, estaba empezando a invitarla más a menudo a casa, para que su hijo fuera familiarizándose con ella, y acabara aceptándola.

Obviamente, sabía que nunca podría llegar a quererla como a una madre, pero sí como alguien muy especial que solo iba a aportarle cosas positivas a su vida.

Por eso, había decidido invitarla a cenar a casa el viernes, si bien para que la cosa no fuera demasiado intimidante, había decidido traer también a otros amigos.

Y si ya estaba al piano la petarda de Elsa, a la que su hijo adoraba, miel sobre hojuelas...

Porque con Elsa en casa, Killiam seguro que iba a estar mucho más relajado de lo que habitualmente estaba cuando veía aparecer a Fiona.

Se le había metido en la cabeza que esa mujer era una raspa, cuando era todo lo contrario. Detrás de esa imagen de mujer dura, seria y profesional, se escondía una persona sensible y comprensiva que seguro que solo iba a hacer mucho bien a los dos.

A él y a su hijo...

Y aunque a Miranda siempre la iba a llevar en su corazón, aunque estaba convencido de que no iba a amar a ninguna mujer como la había amado a ella, después de años de un horrible luto, ya tocaba pasar página.

Eso era lo que le decía todo el mundo, aunque eso le importaba un bledo. Lo realmente

importante era que él sentía que estaba por fin preparado para compartir con Fiona mucho más que momentos de ocio o esparcimiento.

Ella llevaba proponiéndoselo desde hacía un par de años; de hecho, desde el principio le había confesado que estaba enamorada de él y Liam sabía que le amaba profundamente.

Sin embargo, él no le correspondía...

Para él Fiona era una amiga, una persona de confianza, pero nada más...

No estaba enamorado de ella, jamás le había dicho que le amaba, porque él solo había amado a una mujer.

A Miranda.

A la madre de su hijo y a la única mujer a la que iba a amar en la vida.

Pero tenía que seguir adelante, y en estos dos años se había dado cuenta de que Fiona le hacía la vida muy fácil.

Con ella era todo más llevadero, era una buena amiga, una cómplice y la compañera perfecta con la que sobrellevar el inmenso vacío que tenía en su corazón.

Aceptaba, comprendía, no exigía...

Así que le dijo a su hijo, para que le quedara claro de una vez por todas:

—Fiona es muy importante para mí. Y me encantaría que pusieras de tu parte para conocerla. Porque es una mujer que merece mucho la pena...

Killiam miró a su padre con una cara de susto tremenda y le preguntó:

—Papá, ¡no me decepciones! Tú no puedes haberte echado una novia tan estirada y tan peñazo.

Elsa no pudo evitar echarse a reír, porque Killiam habló en un tono de lo más gracioso:

—Jajajajajajajaja.

—¿Se puede saber de qué te ríes, señorita Taylor? —le preguntó Liam arqueando una ceja.

—Solo pienso que no me extraña que te hayas buscado una novia exactamente como tú. Jajajajajajaja.

—¿Me consideras estirado y peñazo?

—A ratos, papi, lo eres un rato... Pero tranquilo, que no llegas al nivel de Fiona...

—¿Qué sabrás tú de Fiona? —exclamó Liam, dando un manotazo al aire.

—Nos hemos visto lo justo para saber que te conviene más una chica como Elsa, ella sí que mola... Es alegre, divertida, simpática, maja...

—Gracias, Liam. Pero yo con tu padre no voy ni a la vuelta de la esquina —le interrumpió Elsa divertida.

—Opino lo mismo —replicó Liam cruzándose de brazos.

—Porque no os habéis sentado a hablar, si lo hicierais: seguro que saltaban pronto las chispas esas del amor... —dijo el niño, mirándolos divertido.

—¡Para, Killiam! Deja ya la tontería... Y tú, señorita Taylor, prepara lo del viernes. Fiona es una melómana y en concreto es una enamorada de Chopin... ¡Quiero una actuación que esté a la altura de mi invitada!

—Perdona, papi, pero es al revés... Es Fiona la que tiene que preparar sus orejas para escuchar a la monstrea de mi profe.

—Tampoco soy tan monstrea, Killiam... —musitó Elsa encogiéndose de hombros.

—Yo sé que sí. Y papá cuando te escuché ya verás... Fijo, que se enamora de ti.

—Deja, deja... —murmuró Elsa negando con la cabeza.

—Eso digo yo. Deja de decir bobadas. ¿Desde cuándo estás tan obsesionado con el enamoramiento y el amor?

—El amor es bonito. Elsa me cuenta los argumentos de las novelas románticas que lee y estoy ansioso por vivir un gran amor.

Liam miró a la señorita Taylor con un cabreo considerable y luego bufó:

—¿Le cuentas a mi hijo los argumentos de las novelitas esas?

—Novelones. ¡Un respeto a las novelas románticas! El niño tiene curiosidad por saber lo que leo y yo le cuento...

Liam horrorizado, abrió los ojos de par en par y preguntó:

—¿Le cuentas todo?

—¡Cómo se te ocurre! Le cuento la historia de amor, así en genérico. Sin detalles... escabrosos.

—Eso es. Y yo sé que quisiste mucho a mi madre, pero tienes que vivir un gran amor, papá. No te conformes con menos.

Liam miró a su hijo perplejo y se fue derecho a servirse un whisky porque aquello ya era demasiado...

Capítulo 3

Llegó el viernes, y Elsa se plantó cenada en la casa del señor Byrne, no fuera a ser que le sonaran las tripas mientras tocaba a Chopin.

Llevaba puesto un sencillo vestido negro, a la rodilla, de escote redondo y manga francesa, con el que pretendía pasar desapercibida, pero no lo logró porque en cuanto se topó frente a la Bestia, este se quedó mirándola fascinado.

Y es que, al ver a esa chica con ese vestido discreto, pero que marcaba a la perfección sus curvas, los tacones que estilizaban las piernas y el recogido alto que dejaba al descubierto el cuello más apetecible que había visto en los últimos tiempos, su entrepierna despertó y de qué manera.

—Como puedes ver, llego veinte minutos antes de lo convenido —dijo Elsa, frunciendo los labios de una manera tan *sexy* que a Liam le entraron unas ganas tremendas de devorarle la boca.

Y le dio tanto coraje, que la miró desesperado, se revolvió el pelo con la mano y masculló:

—No me provoques, por favor. Tengamos la fiesta en paz.

Elsa dio un paso hacia atrás, se encogió de hombros y preguntó:

—¿Provocarte yo?

Y luego pensó que para provocación la suya, que esa noche llevaba un traje italiano que le quedaba como para caerse de espaldas. Y olía, que daban ganas de saltar a su cuello...

Pero ella no iba a hacerlo... Que saltara Fiona... Si es que se lo permitía su exquisitez, su clase y su buen gusto.

Arg. Qué manía había cogido a esa tía que no conocía de nada, pero por las cosas que el señor Byrne y sobre todo Killiam le habían contado de ella, la tenía absolutamente atravesada.

—Vamos a dejarlo. ¿Quieres tomar algo?

—Vengo cenada. Me he comido el pastel de pescado que sobró de anoche. Mi madre es de las que no tira nada...

El señor Byrne apenas sabía nada de la vida privada de esa chica, demasiado tenía ya con soportar sus pullas como para ponerse a indagar sobre sus cosas.

Pero le sorprendió que una chica que ganaba bien en el colegio de élite, viviera aún con sus padres:

—¿Vives con tus padres?

Elsa pensó que llevaba desde los ocho años, que le regalaron una casa de muñecas de madera rosa, soñando con que algún día viviría en un lugar similar, con su marido, sus hijos, un perro, y su maravilloso piano Steinway&Sons.

Sin embargo, de momento, no tenía absolutamente nada...

Es que ni el perro.

Claro que no le iba a contar al señor Byrne su sueño, que seguro que le iba a parecer de lo más ridículo. Así que se limitó a responder:

—Sí, en Brooklyn, estoy aún pagando la universidad y estoy ahorrando para comprarme un

Steinway&Sons. No puedo permitirme pagar un alquiler, bueno realmente no puedo permitirme casi nada. Vengo con este vestido de ocho dólares que pillé en un mercadillo y los tacones negros que tengo para las ocasiones especiales. No soy una chica con clase, qué le vamos a hacer... — apuntó con retintín.

—La clase no tiene nada que ver con el dinero. De hecho, esta noche luces como una auténtica...

La Bestia se mordió los labios porque de repente se sintió ridículo diciéndole esas cosas a Elsa, a su tocapelotas favorita.

—¿Una auténtica qué? —preguntó Elsa muy intrigada.

—Nada, déjalo.

—Pues me había entrado curiosidad, fijate tú...

El señor Byrne respiró hondo, y soltó sin más:

—Estás preciosa. Y espero que traigas el repertorio bien estudiado.

—No me metas presión. He aceptado porque necesito el dinero y sobre todo porque sé que voy a tocar para cuatro gatos que van a pasar de mí. Quiero decir, que es gente que viene a verte a ti, no a escucharme a mí.

—Yo quiero escucharte y mis invitados también. ¿Tienes algún problema con eso?

Elsa se llevó la mano al vientre, se mordió los labios de la ansiedad y masculló nerviosa:

—Tengo todos los problemas. Así que dime que vais a pasar de mí, que voy a ser como un hilo musical de ascensor, esa música que está ahí, pero que nadie repara en ella.

—Vas a tocar a Chopin...

—Ya, pero vais a estar a lo vuestro. ¿Verdad que sí? Esta es la típica cena de amigos muermos, donde hablaréis de política, finanzas y demás...

La Bestia esbozó media sonrisa y replicó con suma curiosidad:

—¿Piensas que yo soy un muermo?

—Te lo digo con respeto... Muermo en el sentido de hombre serio y centrado.

—Ya —repuso divertido, porque se lo estaba pasando genial con esa chica que era un auténtico incordio.

—Pero vamos, que vais a pasar de mí.

Liam la notó tan agobiada que no le quedó más remedio que deducir:

—¿Desde cuándo tienes el problema del pánico escénico?

Elsa bajó la vista al suelo, porque ese tema le ponía demasiado triste y musitó:

—Desde que, en mi primer concierto en una prestigiosa fundación, me dio un ataque de pánico cuando apenas llevaba cinco minutos de concierto y tuve que abandonar la sala muerta de la vergüenza, la frustración y una infinita sensación de fracaso.

—¿Y desde entonces no has vuelto a tocar en público? —le preguntó Liam con unas ganas infinitas de abrazarla y de decirle que todo iba a salir bien.

Elsa con la mirada acuosa, levantó la cabeza y le confesó:

—Desde entonces descarté ser una concertista y me centré en la docencia. Te advierto que el mundo no se ha perdido nada. No soy una gran pianista.

—Mi hijo no opina igual.

—Bueno, Killiam ya sabes cómo es.

—Creo que tiene buen criterio y buen gusto. Si dice que eres buena, seguro que tiene razón. Pero ahora lo que me preocupa es la cena... Si para ti supone algún problema tocar, no pasa nada. No quiero que te fuerces, ni que te sientas mal.

—Tranquilo...

—Por el dinero no lo hagas. Te pagaré de igual forma.

Elsa sintió un vuelco en el estómago porque para nada esperaba que la Bestia fuera así de amable y de comprensivo.

—Te lo agradezco. Pero está todo bien. Me he tomado un Lexatin, con el pastel de mi madre, y como es una cena informal con poca gente, lo llevo bien. De verdad. El problema lo tengo con los conciertos en salas, con gente que paga una entrada para escucharme y todo eso. Pero un concierto en el salón de una casa, con invitados que estarán enfrascados en sus cosas, en el piano de cola Boston donde doy clases a mi alumno favorito, es pan comido.

Liam deseó que así fuera, y no pudo evitar acordarse de algo que comentó con un deje de tristeza en la voz:

—También tengo un piano Steinway en el salón azul...

—Lo sé. Me lo ha contado Killiam—confesó también.

—Era de Miranda. Tocaba con la misma alegría y frescura que Killiam. Él ha heredado el talento de su madre... Pero desde que se fue, no permito que nadie lo toque. Me trae demasiados recuerdos... —masculló con un nudo en la garganta y abriéndose por primera vez con esa chica con la que jamás había hablado de algo que no tuviera que ver con la educación de su hijo.

Y Elsa conmovida, porque se hubiera sincerado ella de esa manera, repuso:

—Lo entiendo.

—Gracias. Y de verdad que, si en algún momento al piano te sientes mal, para y no fuerces nada. Quiero que estés bien. ¿Estamos?

El señor Byrne miró a Elsa y ella se estremeció entera, porque sintió que ese hombre no solo estaba diciendo la verdad, sino que tenía una preocupación sincera por ella.

Luego suspiró, sonrió y masculló mientras retiraba hacia atrás un pequeño mechón de pelo que acababa de caérsele hacia el rostro:

—De acuerdo, señor Byrne.

—Bien, pues ahora voy a ver a la señora White, para saber si está todo en orden en las cocinas...

El señor Byrne le devolvió la sonrisa y se marchó dejando a Elsa en el salón con el flamante piano de cola en el que tanto había tocado junto a Killiam.

Pero esa noche era diferente...

Por primera vez, desde que le pasó aquello iba a tocar para un grupo de personas. Si bien, se sentía segura...

Como le había dicho al señor Byrne, le daba mucha tranquilidad saber que esas personas no estaban ahí por ella y, sobre todo, quién iba a decirlo, lo que más confianza le daba era que la Bestia le había escuchado y le había comprendido absolutamente.

Así que a pesar de estaba bastante nerviosa, se sentó al piano, respiró hondo, y comenzó a tocar una melodía suave, para que sus dedos se soltaran.

Y poco a poco, a medida que la música fue fluyendo, ella se fue relajando hasta que un rato después, cuando todos los invitados estaban ya sentados en la mesa, se serenó totalmente y, con una concentración y una intensidad absolutas, empezó con el repertorio de Chopin que tenía preparado.

Y sucedió que tocó esas piezas con tal virtuosismo, sensibilidad y delicadeza que el señor Byrne y sus invitados se quedaron fascinados con la interpretación de esa pianista que estaba en su mundo ajena a todo.

Y es que gracias a la seguridad que le había transmitido el anfitrión, Elsa logró olvidarse de sus temores y disfrutar como no recordaba de la música que lo llenaba todo.

Cómo no sería la cosa, que los invitados apenas hablaban para poder disfrutar de esa prodigio, de la magia que estaba haciendo esa chica con el piano, de esa interpretación perfecta que los tenía a todos emocionados.

Aunque, a decir verdad, el que estaba disfrutando más de esa actuación era el señor Byrne, que después de saber la verdad de esa chica no solo estaba admirando su talento pianístico sino también el coraje que había tenido para encarar sus miedos y sentarse a ese maldito piano que tocaba como los ángeles.

Por eso, en cuanto acabó con el repertorio, le faltó tiempo para aplaudir y para acercarse a ella y darle las gracias por la magnífica actuación que les había regalado.

Elsa que estaba feliz como no recordaba, tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir las lágrimas y le agradeció todo lo que había hecho por ella esa noche.

El señor Byrne ansioso por decirle muchísimas cosas más, no pudo hacerlo, porque Fiona se enganchó de su brazo y se lo llevó hasta la otra punta del salón:

—Gracias por el detalle de la pianista, porque supongo que esta noche sonaba Chopin por mí y para mí —le dijo, mientras se echaba la melena rubia hacia atrás.

—Claro que es por ti —replicó Liam, mientras no podía dejar de pensar en Elsa.

En lo bien que tocaba el piano, con tanta pasión, tanta sensibilidad, tanta fuerza, en lo valiente que había sido, en sus preciosos ojos azules, en su boca de fresa, en su cuerpo en el que no le habría importado hundirse una mil y veces esa noche.

—Pero te noto disperso... ¿Estás bien? —le preguntó Fiona.

—Es Chopin. Pero estoy bien... —replicó Liam, quitándole importancia al hecho de que no podía dejar de pensar en ella.

En Elsa, en la chica que no soportaba, pero que esa noche con su arte le había conmovido como solo lo hizo alguien alguna vez.

Miranda.

Y aquello era tan inquietante que llegó a sentir un poco de vértigo...

Menos mal que Fiona, le invitó a que se sentaran en uno de los confortables sofás de cuero blanco y recordó por qué esa mujer estaba en esa fiesta.

Fiona era su presente y quería que fuera su futuro...

—La velada está resultando deliciosa, Liam. La cena estaba exquisita y en tu casa me siento siempre tan a gusto... —le confesó con una sonrisa perfecta.

Y es que Fiona era la perfección hecha mujer. Alta, espigada, rubia, ojos azules, elegante, distinguida... Esa noche, además, estaba espectacular con un vestido rojo entallado y unos tacones de vértigo con los que caminaba como una auténtica diosa. Y aparte de bella, era la socia fundadora de uno de los mejores bufetes de abogados de la ciudad. Así que qué más podía pedir a esa mujer que lo tenía todo, belleza, inteligencia, talento, capacidad de trabajo, gusto, sofisticación, elegancia...

Era la compañera perfecta, por eso replicó:

—Es que debes sentirte como en casa...

Fiona le dio un beso en la mejilla, pero Liam de repente escuchó la risa loca de Elsa, y no pudo evitar que la vista se le fuera hacia ella.

Y ahí estaba, sentada junto a su hijo al piano, los dos muertos de risa...

Y él feliz de verlos así.

Alegres, divertidos y locos...

—La pianista tiene muy buena sintonía con el chico... —habló Fiona que los miraba también.

—Es que la pianista es su profesora, la he contratado esta noche para que nos deleitara la cena.

Fiona sin quitar la vista de encima a Elsa, masculló con cierto aire de superioridad:

—Ah, así que es una simple profesora particular de piano...

A Liam no le gustó para nada que empleara esa palabra, “simple”, porque lo que había hecho esa chica esa noche tenía de todo menos de simple.

—Elsa es una gran pianista.

—Oh, sí claro. Pero me refiero a que no es un concertista, ni una profesora del conservatorio...

Liam que no podía dejar de mirarla, suspiró y luego reconoció:

—Solo sé que es la mujer que hace que mi hijo ría a carcajadas. Y eso para mí es tan grande...

A Fiona le horrorizó la cara de estúpido que tenía Liam, pero decidió no darle importancia porque esa pianista de pacotilla no era competencia para ella.

Por eso, agarró a Liam por el brazo, le acarició el rostro con la mano y musitó:

—Sí, qué bueno que el niño esté entretenido...

Capítulo 4

Después de la cena, Elsa y Killiam estuvieron tocando a cuatro manos canciones modernas que los invitados bailaron divertidos.

De hecho, la fiesta se puso tan entretenida que algunos de los invitados pidieron permiso a Liam para llamar a más amigos y aquello se convirtió en el camarote de los hermanos Marx.

El salón se llenó de gente y a Fiona no le gustó demasiado...

—No sé en qué momento esto se ha desmadrado tanto... —opinó tras sentarse otra vez en el sofá con una copa de champán en la mano.

—No tengo ni idea. Pero me lo estoy pasando genial —replicó Liam, que seguía el ritmo de la canción que estaba sonando de Bruno Mars con la cabeza.

—¿Y ahora están tocando por Bruno Mars? Pero ¿esta chica pretende que venga la policía a detenernos a todos?

Liam consultó la hora en su pedazo de Rolex de oro y le dijo divertido:

—Faltan quince minutos para las doce. Además, en el apartamento de abajo no vive nadie. Y toda la planta es mía... No hay problema...

Fiona se llevó la mano a la sien y, harta de la que estaba liando la pianista de pacotilla, replicó:

—Me temo que se me está despertando una jaqueca de las mías. Es que a mí este gentío ya sabes que no me va nada, Liam. Y luego esta música infernal...

—¿Bruno Mars te parece infernal? —replicó risueño.

—Soy una mujer clásica. Ya lo sabes. Y tú me habías invitado a una cena con ocho amigos, no a esta locura de gente...

Fiona tenía razón, pero lo cierto era que Liam se lo estaba pasando como no recordaba.

—¿Te traigo un paracetamol?

—No, lo mejor es que me vaya.

Liam frunció el ceño, la tomó de la mano y preocupado por si se había molestado se justificó:

—Sé que te gustan las veladas tranquilas, yo también las disfruto mucho. Pero es que mi hijo está tan feliz tocando que...

—Tu hijo está desatado. Pero es esa pianista la que ha liado todo este jaleo... Y yo no aguanto más...

Fiona se puso de pie, Liam hizo lo mismo y tras cogerla por los hombros le sugirió:

—Pediré a esta gente que se vaya y podemos irnos luego a tomar una copa a un lugar tranquilo.

Fiona negó con la cabeza, forzó una sonrisa que no pudo resultar más fría y replicó:

—Otro día.

Acto seguido, sacó su teléfono móvil y llamó a un taxi para que fuera a recogerla.

—¿Para qué llamas a un taxi? Yo te podía haber llevado a casa... —habló Liam, en cuanto colgó.

—Tú eres el anfitrión de la fiesta. Tienes que atender a toda esta marabunta de gente.

—Fiona, perdona si te has sentido incómoda...

—Me he sentido muy a gusto hasta que esa pianista ha empezado a tocar como una loca y ha convertido esto en una fiesta de universitarios.

Liam echó un vistazo a su salón y la verdad era que Fiona tenía razón, la gente estaba despendolada, bailaban, reían, se lo pasaban en grande... Y él... Joder, él no pudo evitar estallar en una carcajada...

—Jajajajajajaja.

—¿Te hace gracia? —preguntó mirándole muy serio.

Liam se mordió los labios, cambió el semblante y respondió tomándola de la mano:

—Perdona, perdona por todo. Yo quería que esta noche estuvieras a gusto en casa, que Killiam y tú os conocierais un poco más, que sonara Chopin, que la noche fuera agradable y que la disfrutáramos.

—Tú la estás disfrutando muchísimo, desde luego. Pero yo... Ya no tengo dieciocho años. Tengo treinta y soy una mujer seria. No estoy para fiestecitas...

—Esto se nos ha ido un poco de las manos, pero ha sido algo excepcional. Yo soy un tipo serio como tú, tenemos los mismos principios y valores y estoy convencido de que podrías ser feliz con nosotros... Por eso, te he invitado... Y me gustaría seguir haciéndolo... Hasta que un día te sientas aquí tan a gusto, que decidas quedarte para siempre.

Fiona sonrió de oreja a oreja, le besó en los labios y replicó sintiéndose ahora sí la auténtica reina de la fiesta:

—Yo estoy muy a gusto contigo, Liam. Pero solo contigo... Bueno, y el chico... Claro... Así que mejor me voy... Mi taxi ya debe estar abajo esperando, además...

Liam la acompañó hasta la puerta y allí, la besó en los labios, ella luego le miró y le dijo:

—Yo también quiero una vida contigo, Liam. Y sé que vamos a ser muy felices...

Luego, se dio la vuelta, abrió la puerta del ascensor y Liam regresó a la locura de la fiesta, donde se tropezó en mitad del salón con la señorita Taylor que iba con una copa de champán en la mano...

—¿Qué tal estás? ¡Tiene que dolerte las manos! ¡Llevas toda la noche tocando! —exclamó Liam, que de repente sintió una alegría extraña al volver a encontrarse con ella.

—¡Estoy como nunca, señor Byrne! ¡No solo he tocado a Chopin frente a toda esa gente tan seria, sino que después lo he seguido haciendo ante todos estos! ¡Estoy que no me lo creo!

El señor Byrne justo en ese instante se percató de que la música seguía sonando...

—¿Y ahora quién está tocando esa canción de AC/DC?

Elsa dio un sorbo a su copa y respondió como si fuera lo más normal del mundo:

—Killiam...

—Solo espero que no se tome como costumbre estar despierto a estas horas...

—Un día es un día. ¿No crees? —replicó Elsa poniendo una mueca graciosa.

—No, le tenía que haber mandado a la cama hace un buen rato. Pero se lo está pasando tan bien contigo...

—Le encanta tocar el piano y lo hace muy bien.

—Tiene una buena maestra. Esta noche me has cautivado con tu música. No sabía que tocabas tan bien...

Elsa volvió a dar un sorbo a su copa, le sonrió agradecida y luego dijo:

—Aún no me creo lo que ha pasado esta noche.

Como estaban en medio del salón y no paraban de empujarlos, el señor Byrne le indicó con la

cabeza que le siguiera hasta la otra punta del salón donde había un par de sillas libres.

Una vez allí se sentaron y él aseguró para que acabara de convencerse de lo que había hecho:

—Esta noche has tocado de maravilla, tanto las piezas de Chopin como todo lo demás.

—Todo lo demás ha sido gracias a Killiam que me ha animado a seguir tocando. Ha sido tan liberador... Desde aquel ataque de pánico no había vuelto a tocar para tanta gente y... bueno, aunque técnicamente esto no ha sido un concierto, creo que he superado la prueba.

—¡Y con nota! —celebró el señor Byrne levantando una ceja—. Y lo importante es que lo has disfrutado.

—Mucho, pero claro esto no es un concierto. Seguramente, si me plantara en un escenario formal volvería a pasarme lo mismo que aquel día funesto —musitó Elsa, con un punto de tristeza en la mirada.

Liam con unas ganas absurdas de abrazarla para que esa chica se sintiera bien le dijo:

—Creo que aquello fue algo puntual que no tiene por qué volver a repetirse.

—Lo pasé tan mal, sufrí tanto que se me quitaron las ganas para siempre de ser una concertista. Y te advierto que el mundo tampoco pierde mucho, soy de lo más normalita.

—Pues mis invitados y yo hemos disfrutado muchísimo tu actuación de esta noche. Así que te equivocas, tú no eres nada normalita...

—Te agradezco el cumplido, pero estoy enfocada a la docencia. Y soy feliz con lo que hago —replicó Elsa apurando su copa.

—Yo te he visto muy feliz esta noche tocando... De hecho, estabas más radiante que nunca...

Elsa se mordió los labios y pensó que la Bestia tenía razón, se había sentido tan bien tocando para esa gente que ya era estúpido seguir mintiéndose a sí misma.

—Tienes razón. Pero... Lo que pasó aquella noche me marcó tanto que dudo mucho que lo pueda superar.

—Perdona si soy demasiado insistente, pero esa noche ¿te pasó algo?

Elsa dejó la copa sobre una mesita que tenían al lado, tragó saliva porque ese tema le incomodaba bastante, si bien decidió que lo mejor era responder con la verdad:

—Yo tenía por aquel entonces un novio, Bob, al que le parecía una pésima idea que me dedicara profesionalmente a la música. Y tal vez tenía razón. Es una carrera muy difícil, pero el caso fue que empezaron a salirme conciertos y la cosa no me iba mal. Me llamaban de muchas fundaciones, centros culturales y demás... Pero claro, no era un trabajo fijo, y eso le agobiaba mucho a Bob. Él es escritor, tampoco tenía ingresos fijos, y había muchas facturas por pagar...

Liam parpadeó muy deprisa porque aquello le pareció el colmo de la cara dura:

—¿Cómo? ¿Él no tenía un trabajo fijo y te exigía a ti que lo tuvieras?

—Bob ganó un premio literario muy prestigioso y se suponía que tenía más talento y más futuro que yo en el mundo de la creación. Así que él veía lo más lógico que yo tuviera el trabajo fijo y que él pudiera seguir desarrollando su carrera de escritor.

—Pero tú querías ser concertista...

—Sí, pero Bob era el talentoso...

El señor Byrne, sintiendo una rabia tremenda contra ese tío que no podía caerle peor, replicó furioso:

—Me importa un bledo lo que fuera, lo único que sé es que cuando se ama a alguien, jamás se le corta las alas.

—No se trata de que me cortara las alas, sino de que realmente él tenía razón y lo mío no era ser concertista, como de hecho se demostró con aquel ataque que tuve.

—Tuviste ese ataque de pánico por la presión que te metió ese tío... Que por cierto ¿ha escrito alguna obra maestra desde entonces? —preguntó irónico, arqueando una ceja.

—Que yo sepa no. Rompimos al mes de que me diera el ataque de pánico. Y desde entonces, no he vuelto a tener contacto con él. Pero vamos, no he visto en las librerías ninguna obra firmada por él.

—¡Valiente cretino! La buena noticia es que ahora que conozco la historia completa, estoy seguro de que volverás a subirte a un escenario y lo disfrutarás como esta noche. Ya lo verás...

Elsa fue a replicar algo, pero no pudo hacerlo porque de repente se escuchó Killiam gritar:

—Y ahora, amigos, voy a tocar la canción preferida de mis dos personas favoritas... ¡Papá, saca a bailar a Elsa!

Y tras decir esto, los invitados rompieron a aplaudir, y Killiam comenzó a tocar los primeros acordes de *Night and Day*, la canción favorita de los dos y la canción que bailaron juntos en la boda de la hermana de Elsa.

—Me temo que no me va a quedar más remedio que pedirte que bailes conmigo... —masculló Liam, poniéndose de pie y tendiéndole la mano.

Elsa que acababa de ver cómo Killiam le hacía gestos con la cabeza para que se pusiera a bailar con su padre, aceptó la mano de la Bestia y musitó:

—Qué remedio...

Y entonces sucedió que, de solo rozarse las pieles, los dos sintieron tal estremecimiento, que se quedaron mirándose perplejos.

Después Elsa, muerta de los nervios, le pasó las manos por el cuello, él la agarró de la cintura con las suyas y comenzaron a dejarse llevar por la música.

Y fue maravilloso, porque otra vez se hizo la magia, y por unos instantes los dos sintieron que flotaban en una nube donde nada podía hacerles daño, donde todo era perfecto, donde todo era posible... hasta la felicidad.

Luego, la canción terminó y los dos se quedaron mirándose sin decir nada, pero lamentando en lo más profundo que todo eso que habían sentido se les hubiera de nuevo escapado.

Y que fueran otra vez dos personas que supuestamente no se soportaban...

Por eso, Elsa con una veta de tristeza en la mirada, le dijo:

—Me tengo que ir o perderé el último autobús.

Y el señor Byrne sintiendo la misma tristeza, y con ninguna gana de separarse de ella, replicó:

—Yo te llevo a casa.

Y él mismo se quedó perplejo al proponerle algo que debía haberle dicho a Fiona...

—No hace falta. Si salgo ahora mismo, llego a tiempo para coger el autobús.

—No vas ir corriendo con los tacones. Y tienes que estar cansada, llevas toda la noche tocando. Por favor, déjame que te lleve...

Elsa pensó que el señor Byrne estaba en lo cierto: estaba agotada y, sobre todo, por extraño que pareciera tampoco tenía ganas de separarse de él.

Quién se lo iba a decir...

Pero no quiso darle demasiadas vueltas, se despidió de Killiam al que su padre le mandó derecho a la cama, y luego se subió en el coche de ese hombre que condujo hasta su casa sin apenas decir nada.

Ella tampoco, tan solo limitó a cerrar los ojos, y a escuchar la música que sonaba en la radio con los éxitos del momento, mientras no podía parar de revivir todo lo que había sentido durante ese baile.

Y así, llegaron hasta el portal de su casa, donde Liam detuvo el coche...

Ella abrió los ojos, sonrió y le dijo sintiéndose en esa maldita nube:

—Muchas gracias por todo, esta noche ha sido muy especial para mí.

El señor Byrne asintió y, con un nudo extraño en la garganta, replicó:

—Gracias a ti. Para mí también lo ha sido.

Elsa, entonces, sintió una necesidad tan apremiante como incomprensible de hacer algo... Y lo hizo...

Se incorporó y le dio a la Bestia un beso en la mejilla tan dulce como intenso que a los dos les dejó más perplejos todavía.

Porque volvieron a sentir cosas que se suponía que no debían de sentir...

Capítulo 5

Los días siguientes, Elsa no volvió a coincidir con el señor Byrne y ella lo agradeció porque después de aquella noche se estaba confundiendo más de la cuenta.

Tanto que, cuando pensaba en él, a veces se le escapaban unos suspiros de lo más tontos o lo que era peor, no paraba de tener sueños de lo más sucios con él.

Y no podía ser...

El señor Byrne era de alguna manera su jefe, pertenecían a mundos distintos, se suponía que no se soportaban y lo más importante: estaba a punto de comprometerse con Fiona.

O eso al menos era lo que le había chivado Killiam que no estaba para nada de acuerdo con el romance.

Ella desde luego sí que había notado que Fiona estaba perdidamente enamorada del señor Byrne, pero él...

—Él no está enamorado de ella, te lo garantizo... —le aseguró Killiam en mitad de una de las clases particulares de piano, un par de semanas después de la cena aquella.

—Calla, anda, que como nos tenga puestas cámaras de espía... —le dijo Elsa, mirando alrededor a la búsqueda de posibles cámaras.

—Tranquila que no hay nada. Mi padre es un tío de palabra. Jamás miente. Si dice que no hay cámaras, es que no hay. Podemos hablar tranquilamente. Y yo te aseguro que a mi padre no está enamorado de Fiona... Tan solo quiere ser normal...

—¿Normal? —preguntó Elsa arrugando la nariz.

—Supongo que quiere que seamos la típica familia... Pero yo a esa señora es que no la trago. Es tan siesa...

—Pero si hace feliz a tu padre...

—Buah. ¡A mi padre le haces feliz tú! —replicó Killiam con una sonrisa traviesa.

—¿Yo? Jajajajajaja. Esa sí que es buena...

—Os vi bailar esa cancioncita y la cara de *gilis* que teníais...

—Cuida tu lengua, jovencito —le exigió Elsa apuntándole con el dedo índice.

—Cuido todo lo que tú digas, pero digo la verdad. Y mi padre no te quitó ojo durante la cena... No existía nadie más que tú...

—Porque dice que le gustó cómo toqué...

—Tocas de maravilla y le gustas... Le gustas mucho más que esa tía rancia que me niego a tener de madrastra. Yo quiero una madrastra divertida, enrollada y loca como tú. O tú o ninguna. Y así se lo voy a plantar a mi padre...

Elsa se echó a reír, porque Killiam era todo un caso y luego le pidió:

—Ni se te ocurra decirle que me quieres de madrastra que me muero de la vergüenza... Además, que entre nosotros jamás habrá nada... Somos la noche y el día...

—Anda, mira, como la canción esa que bailáis como si fuerais los típicos enamorados de toda la vida. ¡A mí no me engañas, profe! A ti te pone mi padre...

—Killiam, ¡no te pases! Un poco de seriedad, por favor.

—Precisamente porque me tomo este tema muy en serio te digo que muevas ficha rápido antes de que mi padre traiga a la rancia esa a casa. Tú eres mi salvación, Elsi. ¡Enamórate de mi padre! Es un poco ogro, pero es un buen tío...

Elsa se partió de risa, porque lo que estaba escuchando no podía ser más gracioso:

—Jajajajajajaja. ¿Un poco dices?

—Es un gruñón, pero tiene su corazoncito. ¡Ojo, que llora como una magdalena cuando ve *Los puentes de Madison* y pelis así de moñas! ¡Si es un romántico!

—Ay mi madre. ¿Qué me estás contando? ¿Tu padre ve películas románticas?

—Y se las llora todas. Las que son dramáticas... Uy, las vive que no veas... Es que como tiene el trauma de mi madre... La quería muchísimo, pero tiene que seguir viviendo. Yo lo entiendo. Pero hacer su vida con esa raspa de señora no me parece que sea lo más adecuado para él. Y para mí, ya ni te cuento, esa acaba mandándome a un internado en Suiza. Tiempo al tiempo.

Elsa dio un respingo en el asiento porque la imaginación del niño ya se estaba disparando demasiado:

—¡No digas bobadas! ¿Cómo te van a mandar a un internado? Tu padre te adora...

—Sí, pero yo a esa tía le sobro... Yo me he dado cuenta de que jamás me llama por mi nombre, para ella soy: el chico. Yo creo que no recuerda ni cómo me llamo... Siempre que se dirige a mí, me dice: chico, esto, chico, lo otro... Es muy mosqueante... Esta quiere deshacerse de mí, mandarme bien lejos y convertir a mi padre en un tío aburrido y tan gris como ella. Pero no vamos a permitirlo, ¿verdad, Elsi?

—Qué imaginación tienes, chico... —bromeó Elsa.

—Tú búrlate, pero yo sé que estoy en lo cierto.

—No me burlo, solo intento quitarle hierro al asunto. Tu padre te adora, jamás permitiría que entraras en un internado... Tú eres su vida y te quiere tanto que no le ha quedado más remedio que tragar conmigo...

—No te soporta, pero sé que le gustas... Es como me pasa a mí con Sue Vernon... Igualito. Es la chica de mis sueños, pero estamos todo el día picándonos. Lo típico.

Elsa nunca dejaba de sorprenderse de lo listísimo que era su alumno favorito:

—Jajajajajajaja. ¿Lo típico? Pero que eres un chico de once años...

—¿Y? La falta de mi madre supongo que me ha hecho espabilar antes de tiempo. No me ha quedado otra, querida profe...

Elsa se quedó mirando admirada a ese chico al que cada día quería más y confesó:

—Ay Killiam... Jamás seré tu madrastra, pero te digo algo... ¡Me habría encantado tener un hijo como tú!

Killiam se encogió de hombros y replicó como si fuera lo más lógico:

—¡Adóptame y líbrame de las garras de esa estirada!

—Vivo en un apartamento enano y oscuro, créeme: estas mejor aquí —repuso divertida.

—Enamórate de mi padre y vente a vivir con nosotros... Aquí hay espacio suficiente para que metas el piano que te compres cuando termines de ahorrar...

—¡Estás en todo!

—¡Solo estoy desesperado! —exclamó Killiam en un tono de lo más gracioso.

Los dos se echaron a reír y luego siguieron con la clase, mientras en el corazón de Manhattan, en uno de los *afterwork* más exclusivos, la Bestia había quedado con Fiona para hablar sobre su relación.

Más que nada porque él estaba más que interesado en precipitarlo todo, antes de la que la profesora de música de su hijo acabara volviéndole loco de remate.

Y es que desde la fiesta en su casa en que habían vuelto a bailar, no podía hacer otra cosa más que pensar y soñar con ella...

Y no podía ser.

A pesar de la química que había entre ellos cuando bailaban, o cuando simplemente se rozaban las pieles, la realidad era que no se soportaban.

Reconocía que era una chica estupenda, divertida, soñadora, talentosa, que además adoraba a su hijo; si bien, tenían unos caracteres tan diferentes que estaban abocados a tirarse los trastos a la cabeza sí o sí.

Y esa no era vida...

Lo mejor era asegurarse una existencia tranquila, civilizada y armoniosa y para eso no había nadie mejor que Fiona Moore.

La mujer que estaba tomando un cóctel junto a él, después de un duro día de trabajo y que le escuchaba con suma atención.

—Tú mejor que nadie sabes lo que he sufrido estos años de largo duelo por Miranda. Tú me has acompañado, me has escuchado, me has dado consuelo, pero siento que ya ha llegado el momento de dar un paso más. Killiam ya tiene once años y...

Fiona al escuchar el nombre de ese mocoso se envaró y le interrumpió para decirle:

—Sé lo que me vas a decir, el chico necesita que le encaucen por la buena senda. Yo le noto un tanto desviado y está en la edad perfecta para que le enderecemos. Precisamente, ayer, estuve hablando con mi hermana Sharon de este asunto. Mi sobrino Brandon era un trasto de mucho cuidado, como tu chico, y mi hermana estaba desesperada.

Liam contrarió el gesto, porque su hijo era un petardo, pero para nada le tenía desesperado:

—Killiam no me tiene desesperado. Es un buen estudiante, rinde en todas las materias, y es un chico feliz. Lo que pasa es que me gustaría que creciera en un entorno familiar... Llámame conservador, pero...

—Ya, pero está un poco descontrolado y eso en el entorno familiar es muy difícil de corregir. Créeme, que nosotros lo vivimos con Brandon. Ahora todavía le controlas, pero cuando entre de lleno en la adolescencia, con ese carácter que tiene tan libre y tan rebelde, se te va a ir de las manos.

—¿Libre y rebelde? Killiam es un niño feliz y sano. Nada más.

—Lo que vi el otro día en tu casa me preocupó bastante, Liam. Y esa maestría no hace más que potenciar todas sus carencias. Te va a malograr a tu chico, por eso tienes que hacer algo antes de que suceda. Y lo mejor es el internado en Aspen donde estudia mi sobrino... Es un lugar perfecto para él, los chicos crecen en un ambiente disciplinado y riguroso, lo dirige un antiguo general del ejército americano. Y los resultados son extraordinarios, Brandon a sus quince años se ha convertido en un hombre hecho y derecho. Si lo vieras, responsable, serio, centrado, esforzado... Se pasan el año entero allí y solo los dejan salir por Navidad y una semana en vacaciones. Es la única manera de asegurarnos que vamos a llevarlos por el camino adecuado...

Y tras decir esto, cogió a Liam por la barbilla, se acercó a él, y le dio un beso en los labios que a él no le pudo resultar más frío.

Luego, se revolvió en el asiento y preguntó porque le costaba entender que Fiona le estuviera proponiendo eso:

—¿Quieres que meta a mi hijo en un internado?

Fiona sonrió de oreja a oreja, agitó su cóctel al aire con mucho estilo, y respondió asintiendo con la cabeza:

—Solo pienso en lo mejor para ti y para el chico.

Liam mirando a esa mujer que no le podía parecer más desapegada, replicó porque aquello no podía ser:

—¿De verdad crees que lo mejor para nosotros es separarnos? Yo quiero darle a mi hijo una familia, no apartarlo de mí...

Fiona le miró con desdén, dio un sorbo a su cóctel y replicó:

—¡No seas dramático, Liam! No te estoy pidiendo que te apartes de él, te estoy aconsejando que ingrese en una institución que va a sacar lo mejor de él.

Luego, Fiona dejó la copa sobre la mesa de cristal que tenían delante y le agarró de la mano.

Liam sintiendo esa mano fría sobre la suya, una mano que ni le hacía arder la sangre ni le provocaba nada especial, le recordó:

—Mi hijo va a un colegio de élite donde se esfuerza con denuedo y donde da lo mejor de él. Es un colegio donde tiene amigos, donde está a gusto, donde se siente querido y respetado...

—Uf. No me seas blando, Liam. Tú eres un hombre fuerte y duro que sabe de lo que va la vida. Con mimos y ternuras no vas a preparar al chico para la vida real...

Liam molesto, porque esa mujer ni siquiera se tomara la molestia de pronunciar el nombre de su hijo, farfulló:

—Killiam, mi hijo se llama Killiam. Y sabe muy bien que la vida es dura, porque por desgracia perdió a su madre con dos años.

—Pero si no se acordará de ella... Para él no tuvo que suponer nada esa pérdida, no hay más que verle... Es un gamberro y un caprichoso que está pidiendo a gritos mano dura. Tú no lo ves porque tienes el clásico amor de padre que ciega, pero yo que soy una observadora externa, lo veo claro como el agua.

Liam se aflojó el nudo de la corbata, pues el que lo estaba viendo de repente todo clarísimo era él.

—O sea que nos ves como una observadora externa... Esa es la implicación que tienes con nosotros.

—Estoy hablando de la relación con el chico, con Killiam... Eso no tiene nada que ver con nosotros.

Liam bufó porque lo que acababa de escuchar ya era la gota que rebosaba el vaso:

—“Eso” es lo más importante que tengo en la vida. Y en cuanto a nosotros, con esta conversación me estoy dando cuenta de que estaba a punto de cometer el error más grande de mi vida.

Fiona dio un respingo en el asiento y preguntó apretándole la mano:

—¿De qué diablos hablas, Liam?

Liam se zafó de su mano, la miró muy enojado y, decepcionado, respondió:

—Hablo de que iba a proponerte que te casaras conmigo, hablo de que quería que fuéramos una familia, pero tú acabas de dar al traste con todo. Yo no puedo casarme con una mujer que llama a mi hijo “eso”, que no tiene ni la delicadeza de pronunciar su nombre y que quiere encerrarlo en un internado en Aspen.

—¿Quieres dejar de pensar en el chico y pensar por una vez en ti? Tu hijo crecerá y volará... Todos lo hemos hecho... Olvídate de él y piensa en ti. Tú y yo empastamos muy bien, somos amigos, cómplices y en la cama...

Fiona le recorrió la corbata con el dedo índice y él se apartó...

—¡Déjalo, Fiona! Jamás podré estar con una mujer que no quiera a mi hijo. Y en cuanto a nosotros...

Liam se calló porque de repente se acordó de Elsa, de lo que había sentido estando entre sus brazos, de lo que le había conmovido ese simple beso en la mejilla y se dio cuenta de tantas cosas, que se levantó y ella le advirtió en un tono amenazante:

—Piensa bien lo que vas a decir Liam Byrne porque no voy a darte una segunda oportunidad.

—Tranquila, que no voy a cometer el mismo error dos veces.

—Soy uno de los mejores partidos de la ciudad, soy guapa, inteligente, culta, educada y en la cama...

—No sigas hablando, Fiona... No hay más que decir.

—Nadie te va a hacer gozar como yo. Ni en la cama ni fuera de la cama. Y tienes que saber que esa pianista de pacotilla solo está utilizando al chico para llevarte al huerto. Pero a mí no me engaña... Conozco muy bien a las de su calaña y acabará deshaciéndose del chico en cuanto tenga ocasión.

Liam con un cabreo tremendo, replicó porque aquello era el colmo:

—Me parece que el ladrón se cree que todos son de su condición.

—Te estoy diciendo la verdad. Esa muerta de hambre, es una lista, que sabe muy bien cuál es tu punto débil. Y ha entrado a saco. Va a por ti, y tú seguro que ya te has revolcado con ella...

Liam bufó y, ansioso por terminar de una vez por todas con esa conversación tan desagradable, le dijo:

—Elsa es una chica trabajadora y seria que siempre ha tenido un comportamiento de lo más honorable. ¡Me das asco, Fiona! Mucho asco...

—Asco y desprecio me das tú, que te tenía por un hombre inteligente y has caído en las redes de una vulgar zorruta.

Liam apretó fuerte las mandíbulas y le exigió tremendamente ofuscado:

—¡Ya basta! ¡No le llegas a esa chica ni a la suela del zapato! ¡Así que ni una palabra más! ¡Hasta nunca, Fiona Moore!

Y se marchó del local a toda prisa, dando grandes zancadas, cabreadísimo, pero sobre todo feliz de haber descubierto a tiempo quién era realmente esa mujer tan interesada, desalmada y gélida...

Capítulo 6

Dos semanas después de que a Fiona se le cayera la careta, y recién estrenado octubre, en uno de los descansos de la clase de piano, Killiam le comentó a su profesora:

—¿Puedo ya contarte esto que me quema en los labios?

—¿Crees que no me intriga saber que es ese chisme que tienes que contarme? Pero primero es la obligación y luego...

—Los chismes. De acuerdo.

—Aunque tu padre me mataría, si llegara a enterarse de que te aliento a que seas un vulgar cotilla. No está bien eso de difundir chismes, eso lo sabes ¿verdad?

—Sí, Elsi, que tengo once años. No dos y medio. Soy un niño que está en el mundo. Quiero decir, sé que está mal ser un cotilla. Pero a veces no queda más remedio que serlo. Esto es muy importante. ¿Te apetece una Coca? Yo voy a tomarme una...

—Sí, dame una de las tuyas, sin azúcar y sin cafeína. Últimamente concilio fatal el sueño...

Entre otras cosas porque no podía dejar de pensar en la Bestia, pero eso no iba confesárselo a su hijo.

Killiam apareció al momento con las dos latas de refresco de cola y tras beberse casi la mitad del tirón le contó:

—Se trata de Fiona Moore.

Elsa se envaró en el asiento y le preguntó muerta de la curiosidad:

—¿Qué pasa con ella?

Killiam fue a responder, pero de repente se escuchó a lo lejos a Dingo ladrar:

—Mira, hasta Dingo se pone en guardia cuando escucha su nombre. Pues pasa que hace dos semanas que no tengo noticias de ella y últimamente papá me la estaba metiendo con calzador. La traía mucho a casa, no paraba de hablar de ella, pero desde hace dos semanas: chitón. No dice ni mú, así que, como tú bien sabes que no soporto a esa señora, ayer le pregunté por ella. ¿Y sabes qué me dijo? —le preguntó Killiam con una sonrisa enorme.

—No. ¡Cuenta de una vez!

—¿No decías que no estaba bien ser un cotilla? —repuso el niño con guasa.

—¡No me toques las narices, Killiam! ¡Venga, desembucha de una vez!

—Te daré un titular: ¡Papá ha mandado a la raspa a tomar viento fresco del Polo Norte! Jajajajajajajaja.

El niño se puso a bailar con la lata de refresco en la mano, muerto de la alegría, y Elsa sin parar de reír, le pidió:

—¡Para, que vas a derramar el refresco sobre la alfombra persa que trajo ayer del tinte la señora White!

Killiam se quedó quieto y se excusó encogiéndose de hombros:

—Es que estoy muy feliz. ¡Qué alegría más grande librarme de esa tía! ¡Te lo juro! Y nada, yo le pregunté a papá que qué pasaba con Fiona que no sabía nada de ella, y me respondió que habían

roto su amistad. Yo tuve que contenerme para no dar un salto de alegría, insistí en qué había pasado, y me dijo que se habían dado cuenta de que pensaban muy distinto en asuntos muy importantes y que lo mejor era dejar su amistad. Yo seguí insistiendo para saber más, pero me mandó a la porra... Bueno, mejor dicho, me mandó a la cama, pero yo creo que el asunto ese en el que chocan soy yo. Esa mujer no me soporta...

Elsa que también estaba feliz con lo que estaba escuchando, negó con la cabeza porque aquello le parecía demasiado:

—No creo que no te soportara... Eres un tesoro de chaval...

—Ella no piensa eso de mí. Y si no es por mí, ¿por qué otra razón habrían roto? ¿Por ti? ¿Crees que papá se ha enamorado de ti y por eso ha mandado a tomar por saco a la otra?

—¡No, por favor! ¡No digas cosas raras! Además, desde el día que toqué el piano en tu casa, no he vuelto a cruzarme con él.

Y aunque por un lado lo celebraba porque así no se comía la cabeza, por otra le echaba de menos...

Era algo extrañísimo, pero eso era lo que le estaba pasando con el señor Byrne.

Pero vamos, si algo tenía claro era que ese hombre no estaba enamorado de ella ni por asomo.

Ni ella de él... Por supuesto...

Lo que le pasaba era que sentía una fuerte atracción por él, porque era un hombre impresionante, pero nada más...

—Llega a casa justo después de que te vayas. Yo creo que lo hace a posta, pero ahora que ha mandado a hacer gárgaras a la raspa, va empezar a tirarte la caña —opinó Killiam.

Elsa se echó a reír, porque lo que decía Killiam era un auténtico despropósito:

—¿La caña? Lo que me va echar es la bronca como sigamos perdiendo el tiempo con tanto palique. Vamos, a trabajar, que hoy te toca solfeo...

Killiam apuró su lata de refresco, Elsa hizo lo mismo y luego el niño le habló divertido:

—Pero te alegras tanto como yo de que Fiona no esté en nuestras vidas.

—Si tu padre ha decidido que esa mujer no forme parte de su vida, será porque es lo que más le conviene. Yo es que no tengo nada que decir al respecto, Killiam.

—¿No dices que eres mi amiga?

—Claro que lo soy.

—Pues como amiga tendrías que alegrarte de que me haya quitado a esa mujer tan borde y tan desagradable de encima. Porque la cosa iba tan en serio que pillé a papá mirando alianzas de pedida en la web de Cartier...

A Elsa no le hizo ninguna gracia saber eso, y no entendía por qué, porque el señor Byrne podía hacer con su vida lo que quisiera...

—Igual era un regalo para una amiga...

—Yo creo que no. A mí me da que papá iba muy en serio con ella, pero hace un par de semanas pasó algo y... ¡todo se ha ido a la mierda!

—¡Esa lengua, Killiam! —exclamó Elsa meneando la cabeza.

—Alégrate por mí, anda... ¿O deseabas que tuviera de madrastra a la bruja de los cuentos?

—Fiona es una mujer seria y profesional, no creo que sea bruja de los cuentos.

—A ver si consigo tirar de la lengua a papá y ya contaré, pero me da que sí... Que es una bruja piruja... Y antes de seguir con el coñazo del solfeo...

—¡Killiam, me vas a obligar a lavarte la lengua con jabón!

—Perdón, el aburrimiento del solfeo, quería decir, me gustaría proponerte una cosa... Verás, es

que soy un gran aficionado al ciclismo...

Elsa se quedó perpleja porque lo que menos pensaba era que fuera a salir con eso del ciclismo...

—¿Qué? A ver, jovencito, ¿a dónde quieres ir a parar? ¡Que te conozco!

—En serio, Elsi, resulta que sigo el Tour de Francia, me encantan las bicis, pero jamás he montado en una. Papá, quién si no, no me deja...

—¿Y?

—¿Te parece normal que con once años aún no haya montado en bicicleta? Porque a mí me parece algo terriblemente injusto...

—Tampoco te pases. Hay injusticias mucho mayores en la vida... Créeme...

—Sí, bueno, pero todo el mundo en clase monta en bicicleta y yo... Yo, tengo que limitarme a ver el ciclismo en Internet. ¿No te parece patético y triste?

—Tu padre tendrá sus razones para que no montes... —respondió Elsa, encogiéndose de hombros.

—Me quiere tener en una burbuja, pero eso es imposible. Tengo que disfrutar de la vida... Y si me pongo mi casco, mis rodilleras y mis coderas, monto con prudencia y demás, no va a pasarme nada. Además, que voy a hacer ejercicio que es sanísimo. Salgo del colegio y me encierro en este apartamento, eso tampoco es saludable. ¿No te parece, Elsi?

Elsa sonrió y le dijo en un tono que no pudo ser más cómplice ni más cariñoso:

—¿Qué me estás pidiendo? ¿Quieres que vayamos al parque a montar en bici?

—Conozco un sitio donde las alquilan, cerca de Central Park. He pensado que después de clase, como tú tienes un par de horitas muertas hasta que empiezan las clases particulares de piano, podíamos ir a montar en bici. ¡Nos vendría genial hacer ejercicio!

—Yo suelo irme a casa a echarme una siesta... Y en cuanto al ejercicio la verdad es que no hago mucho...

—¿Te gusta montar en bici?

—No lo hago desde hace un montón...

—¿Y podrías enseñarme? Es que verás... Aparte del Tour de Francia y tal, hay una chica... — confesó Killiam con una cara de pillo tremenda.

—Ya me olía yo que había algo...

—Es que a Sue le encanta montar en bicicleta y a mí me gustaría dar algún día un paseo con ella... Ya sé que ahora solo tengo once años, pero me gustaría estar preparado para el día en que pueda salir con ella.

Elsa rompió a reír, revolvió el pelo de Killiam y, mirándole con un amor tremendo, le dijo:

—Tú sabes que yo debería negarme en rotundo a enseñarte a montar en bici.

—Claro que lo sé. Como también sé que te vas a enrollar lo suficiente como para solidarizarte con mi causa. Elsi, por favor, ayúdame... Solo quiero ser un chico normal... ¡Todo el mundo a mi edad ya está harto de montar en bici!

Elsa le miró divertida y claro que empatizaba con él, pero no quería tener líos con el señor Byrne, por eso le dijo:

—Déjame que lo hable con tu padre y...

—¡Ni se te ocurra! En cuanto le pronuncias la palabra bicicleta se vuelve loco. Esto tiene que ser un secreto entre nosotros... Eres mi amiga, ¿no?

—Soy tu amiga, pero no quiero tener problemas con tu padre. ¿Eso lo entiendes?

—No vas a tener problemas, si cierras el pico. Será nuestro secreto. Eso mola, ¿no te parece?

—Uf. Me pones un buen aprieto, pero déjame que lo piense, por favor...

Y fue lo que hizo durante la siguiente semana, no paró de pensar en qué era lo correcto...

Obviamente, en teoría, lo correcto era limitarse a ejercer de profesora de piano y listo. Pero en la práctica, Killiam era un niño sano, que solo estaba pidiendo algo tan normal como montar en bicicleta.

Y bien pensado, ¿qué daño hacía montando un buen rato después del colegio?

Ese chico se pasaba el día encerrado entre cuatro paredes y le venía muy bien hacer ejercicio al aire libre...

Pero claro, a espaldas de su padre, y eso estaba mal...

Tremendamente mal.

Pero es que la negativa a que Killiam hiciera deporte era tan absurda y ridícula que acabó aceptando la propuesta de su alumno...

Y una semana después, estaban montando en bicicleta por Central Park, felices como perdices...

Y es que Killiam tenía tantas ganas, que le bastó un día para aprender a pedalear y aquello le gustó tanto que no había forma de hacerle bajar de la bicicleta.

Y a partir de ese día, todas las tardes, iban derechos al parque a dar un paseo largo, hasta que se escondía el sol y volvían a casa para ponerse con las clases de piano.

Y todo parecía ir sobre ruedas, nunca mejor dicho, hasta que llegó noviembre y cuando iban pedaleando muertos de risa cerca del gran lago, se quedaron lívidos al percatarse de que el señor Byrne, en chándal, corría en dirección hacia ellos.

—Elsi ¿ves lo que yo? ¿Qué hacemos? —preguntó el niño muerto de la ansiedad.

—Madre mía. ¿Pero desde cuándo tu padre corre en el parque?

—Suele correr a primera hora... Por la tarde, nunca... Dios, ¡se nos va a caer el pelo! ¿No se te ocurre nada?

—¿A mí? Yo solo sé que de esta me quedó en la calle... Tú padre no me lo va a perdonar...

—Di que es una urgencia... Que hemos tenido que salir a toda prisa a por medicinas para... Dingo... Eso, que Dingo se ha puesto malo...

—Y en vez de ir a la farmacia que tenemos al lado de casa, nos hemos cruzado Central Park... Yo voy a rezar mejor, que de esta solo puede salvarme un milagro...

Capítulo 7

El señor Byrne tuvo que frotarse los ojos para confirmar que no estaba teniendo una visión rara...

¿Su hijo y Elsa venían en bici en dirección hacia él?

Con un chorro de bilis subiéndole hasta la garganta y apretando fuerte las mandíbulas de pura furia, corrió hasta ellos a toda velocidad y gritó cuando apenas estaba a unos metros:

—¿Me queréis explicar qué broma es esta?

Elsa y Killiam frenaron, Liam se acercó hasta ellos y ella lo primero que hizo fue excusarse:

—Perdona, señor Byrne. Lo siento en el alma...

El señor Byrne bufó, la miró enojadísimo y le preguntó tras retirarse el sudor de la frente con el dorso de la mano:

—¿Qué es lo que sientes exactamente? Porque esto es imperdonable.

—Papi, Elsi no tiene culpa de nada. Yo la he obligado a que me enseñe a montar...

Liam miró a su hijo muy cabreado y le recordó:

—¿Yo no te tengo dicho que las bicicletas están prohibidas?

—Sí, pero es una prohibición tan absurda y a mí me gustan tanto las bicis que...

—Tú no tenías ni idea de si te gustaban o no, porque jamás te había dejado subir en una.

—¡Soy un amante del Tour!

—¡Cierra el pico, Killiam Byrne! ¡O vas a estar castigado hasta que te salga un bigote espeso!

—Jolines, papá. Yo solo quiero ser un chico normal. ¡Todo el mundo monta en bicicleta! ¡Es sano y mira cómo voy de protegido! No hago locuras, vamos siempre por senderos seguros y no sé qué narices haces corriendo por el parque a estas horas...

—Llevo cuatro días que no puedo correr a primera hora porque tengo la agenda repleta de reuniones y he aprovechado que ahora tenía un hueco para... Uf. ¿Pero qué demonios hago dándote explicaciones cuando tendría que ser al revés? —gruñó el señor Byrne, con un cabreo monumental.

Y Elsa sin saber dónde meterse, se disculpó una vez más...

—Perdona, ya sé que la bicicleta estaba prohibida. Pero a Killiam le conviene hacer deporte al aire libre y...

—¡Lo que me quedaba por oír! ¡Perdona, pero el padre soy yo! Yo sé qué es lo que más le conviene a mi hijo...

Y Killiam, levantando la barbilla y no pudiendo ser más leal a su Elsa, replicó a su padre:

—Tú eres mi padre, pero ella es mi amiga... Y también se preocupa por mí. Así que no seas así de antipático con Elsa, porque no es justo, papi. No lo es.

—No te lo voy a volver a repetir, Killiam. ¡Cierra el pico! Y vámonos a casa. ¿De dónde habéis sacado las bicicletas?

—Las alquilamos en un sitio aquí cerca... Lo paga Elsi. Y que conste que yo siempre me he ofrecido a pagarlo con mis ahorros, pero ella se niega. Es muy generosa y buena.

Killiam le tendió la mano a Elsa y ella la estrechó al tiempo que se le llenaban los ojos de lágrimas.

Y el señor Byrne, por su parte, al ver la complicidad que existía entre su hijo y Elsa no pudo evitar conmoverse...

Y eso que tenía un enfado tremebundo, pero le gustaba muchísimo el vínculo que se había creado entre los dos.

Y, además, se sentía muy orgulloso de su hijo, del arrojo que estaba demostrando en la defensa de su profesora, de su lealtad, de su determinación, de su nobleza...

Y en cuanto a Elsa, era un auténtico desastre, pero quería tanto a su hijo que siempre le iba a estar agradecido.

Si bien, lo de la saltarse a la torera las normas no había estado nada bien, por eso, con su rictus grave y circunspecto, les exigió:

—Devolved las bicicletas y volvamos a casa.

Y así lo hicieron, devolvieron las bicicletas, el señor Byrne se empeñó en pagar la cuenta y, ya en casa, le pidió a Killiam que se encerrara en su cuarto.

Este asintió, pero antes de marcharse, juntó las manos y cayó de rodillas ante su padre:

—Está bien, pero sé bueno con Elsi, por favor.

Liam miró a su hijo horrorizado, le cogió por el brazo y le obligó a que se levantara:

—¿Qué haces poniéndote de rodillas? Ni que fuera un padre tirano...

—Solo imploro tu perdón...

—Killiam, por favor, me parece que te está afectando demasiado esa serie que vimos el otro día. Yo no soy un señor medieval...

—Ya, pero es para que te quede claro que Elsa no tiene culpa de nada. No la eches, por favor. Ella necesita el trabajo, tiene que pagar sus estudios, y sueña con comprarse un piano. No le robes sus sueños, papi. Elsi me quiere mucho y se ha metido en este lío por mí. Si tienes que castigar a alguien, cástigame a mí. Me quedaré sin salir hasta que me salgan bigotes, pero no seas duro con ella... Por favor, por favor...

A Killiam se le llenaron los ojos de lágrimas y a su padre le entraron unas ganas tremendas de abrazarlo y de decirle que todo iba a estar bien.

Pero no podía...

—Vete a tu cuarto, por favor —le exigió.

Killiam se marchó a su cuarto y Liam sintió que le debía a Elsa una explicación para que entendiera que no se ponía así por mero capricho. Si bien, entre el ejercicio y el cabreo, estaba muy traspirado, y se sentía muy incómodo; por eso le dijo:

—No soporto estar tan sudado. Voy a darme una ducha y vengo. Tenemos que hablar, Elsa.

Elsa asintió y esperó con una ansiedad tremenda a que la Bestia volviera de la ducha...

Lo que no imaginaba era que fuera a plantarse frente a ella, cinco minutos después, en albornoz y con el pelo mojado...

Dios...

Qué estampa...

Porque ese hombre estaba más que bueno...

Y aunque era absurdo tener esa clase de pensamientos en ese justo instante en el que estaban a punto de ponerla de patitas en la calle, no podía evitarlo.

—Gracias por esperarme. Y espero que no te incomode que esté así... He salido en albornoz para hacerte esperar lo menos posible...

—Tranquilo que está todo bien —masculló ella, mientras pensaba que estaba mejor que bien.

Y es que tenía el albornoz lo suficientemente abierto como para que se viera el pecho duro y fornido que era como para perder el sentido.

Por no hablar de todo lo demás que se intuía...

Y a todo esto ¿se habría puesto calzoncillos o iría con eso al aire?

Elsa tragó saliva y, el señor Byrne mirándola muy serio, le pidió:

—¿Te importaría acompañarme a la biblioteca?

Elsa asintió convencida de que la llevaba a la biblioteca a firmar el finiquito porque no merecía otra cosa.

La había pifiado, pero bien...

No obstante, cuál no fue su sorpresa que cuando llegaron a la biblioteca, él le pidió que tomara asiento en uno de los sillones de lectura, Liam se sentó en el contiguo y le habló clavándole esa mirada preciosa:

—Tengo que contarte algo...

Elsa sintiendo una sacudida en todo su cuerpo de lo más extraña, replicó aferrándose a los reposabrazos:

—Dime.

—Ya sé que a priori mi prohibición respecto a la bicicleta puede parecer un tanto absurda, pero hay algo que Killiam no sabe... Unas vacaciones, en los Hamptons, nos quedamos sin helado y Miranda se ofreció a ir a comprarlo. Yo le dije que no hacía falta, que se esperara al día siguiente, que era cuando teníamos previsto hacer la compra semanal. Pero ella insistió en ir... Cogió su bicicleta y se fue a la tienda que teníamos más cerca... Compró el helado y, cuando apenas le quedaban unas manzanas para llegar a casa, un todoterreno la arrolló y murió en el acto.

Elsa con dos lagrimones enormes corriéndole por el rostro, musitó con un nudo terrible en la garganta:

—Dios mío, señor Byrne. ¡Qué horror! ¡Cuánto lo siento!

Liam, con los ojos llenos de lágrimas, confesó llevándose la mano al rostro:

—Desde ese día odio a los helados y a las bicicletas...

—Perdóname, ahora más que nunca. Lamento tanto lo que ha sucedido...

Elsa rompió a llorar, como una niña, Liam se levantó a por un paquete de clínex que había sobre la estantería, lo abrió, le ofreció uno y le dijo:

—En cuanto os he visto me he puesto furioso como no recuerdo, pero al mismo tiempo...

Elsa se enjugó las lágrimas y, entre hipidos, preguntó:

—¿Qué?

—Que me gusta mucho lo que he visto, me gusta que mi hijo sea valiente, leal, noble... Me encanta la relación que tenéis, sé que quieres a mi hijo, pero entiende que estas cosas no las puedo consentir.

—Lo entiendo, pero quiero que sepas que Killiam en ningún momento ha corrido ningún riesgo...

—Eso no lo sabes, Elsa. Se puede cruzar un perro, otro ciclista... Y el accidente ya lo tienes ahí. No quiero riesgos con mi hijo. Es lo único que tengo. Son mis normas. Y debías respetarlas.

Elsa agachó la cabeza muerta de la vergüenza, porque la Bestia tenía razón y más después de lo que le había contado:

—Solo puedo decir que lo siento en el alma...

El señor Byrne se acercó a ella, le levantó la barbilla para que le mirara a los ojos y le

aseguró:

—Sé que quieres a mi hijo, pero esta es la última que te paso. ¿Estamos?

—Killiam tenía mucha ilusión por montar en bicicleta, yo al principio me resistí, pero después pensé que no le vendría nada mal hacer ejercicio al aire libre... Y me equivoqué...

Elsa le clavó la mirada y el señor Byrne sintió algo muy raro en la tripa, algo tan extraño, que retiró la mano de la barbilla, se apartó de ella y le exigió:

—Que no se vuelva a repetir, Elsa. No pienso concederte más oportunidades. Y soy un hombre de palabra.

—No volverá a pasar, te lo juro.

—Criar solo a un hijo no es fácil. Perdí a Miranda cuando Killiam tenía dos años y seguramente he hecho muchas cosas mal...

—No lo creo. Killiam es un gran chico. Seguro que su madre desde el cielo está muy orgullosa de él.

Liam sonrió emocionado y reconoció con la voz tomada:

—Y seguro que está feliz de ver que su hijo comparte su amor por la bicicleta. Miranda adoraba pedalear, si por ella hubiera sido habría en bici a todas partes. Así que mi hijo ha salido a su madre...

Elsa se mordió los labios de la emoción y musitó:

—Te ruego que me disculpes por todo, señor Byrne.

Liam respiró hondo, se puso de pie y le dijo mientras se dirigía a la puerta:

—Yo solo quería que me entendieras. Tengo un carácter de mierda. Lo sé. Pero para todo tengo mis razones y quería que las conocieras.

Elsa se puso de pie, se quedó parada frente a él y reconoció:

—Solo sé que eres un gran padre.

—Y yo que, gracias a ti, mi hijo tiene una vida normal. Tengo pánico a las bicicletas, pero Killiam debe vivir sin miedo. Así que, aunque esté muy cabreado y no esté dispuesto a tolerarte ni una salida de pata de banco más, te estoy muy agradecido por todo.

Elsa sonrió, le miró con los ojos llenos de lágrimas y le dio un beso en la mejilla.

Liam sonrió, los dos se quedaron mirándose fijamente y poco a poco sus bocas se fueron acercando hasta que acabaron dándose un beso en los labios.

Luego, Elsa con los labios pegados a los de él, musitó:

—No sé qué estoy haciendo...

La Bestia la agarró por el cuello, besó sus labios otra vez y susurró:

—Besarme. ¿No quieres hacerlo?

Elsa clavó la vista en la boca maravillosa de ese hombre, le agarró por los hombros y le besó, si bien esta vez, él abrió los labios y el beso se hizo húmedo, intenso, arrebatado.

Las lenguas se enredaron, se mordieron los labios y los dos se dejaron llevar por una pasión que hizo que se quedaran casi sin aliento.

Seguidamente, Elsa con unas ganas terribles de quitarle a ese hombre el albornoz y dejarse llevar por el infinito deseo que estaba sintiendo, masculló:

—Esto es una locura...

Y Liam ansioso por hacer el amor a esa mujer de una forma salvaje, le lamió los labios y musitó tras mordisquearle el cuello:

—Quiero hacerte mía, Elsa.

Elsa mareada, y sabedora de que ese no era el momento ni el lugar, le besó en los labios y

murmuró pegada a su boca:

—Pronto, señor Byrne... Muy pronto...

Y se marchó de allí, antes de volverse loca del todo...

Capítulo 8

Elsa se pasó el resto de la semana rememorando los besos con la Bestia, pero lo que ni por asomo podía imaginarse fue que la escribiera el sábado por la mañana un wasap que decía:

Buenos días, señorita Taylor: Me preguntaba si te apetecería que fuéramos a cenar a un italiano que conozco estupendo. Alguien me ha chivado que te chifla la pizza...

Elsa leyó el mensaje unas cuantas veces porque no podía ni creerlo: ¿Liam Byrne le estaba proponiendo una cita?

Ver para creer.

Y qué decir del chivato de su Killiam, siempre tan adorable...

Elsa suspiró y sonrió como una boba, porque para qué iba a engañarse a sí misma: se moría por ver a la Bestia otra vez.

Así que le faltó tiempo para responder con el corazón latiéndole con fuerza:

Buenos días, señor Byrne. Me apetece un montón. ¿Me pasas a recoger a las nueve?

Elsa mandó el mensaje pensando que la Bestia tardaría en responder, pero lo hizo al momento:

Perfecto. Y llámame Liam. El señor Byrne es ese tío borde y antipático que ni yo mismo soporto.

Elsa se quedó mirando el mensaje ensimismada y comenzó a pronunciar su nombre: Liam, Liam, Liam...

Sonaba tan bien...

Y luego le escribió con una cara de idiota tremenda:

Hasta esta noche, Liam.

Y acto seguido, llamó a Thomas porque había quedado con él a esa misma hora, para que la recogiera para ir juntos al cumpleaños de una compañera. No era una chica con la que tuviera mucha relación, la verdad, iba más que nada para acompañar a Thomas. Así que tampoco pasaba nada porque no fuera a ese cumpleaños. O eso creía, porque Thomas se puso hecho un basilisco en cuanto supo que no iba...

—¡No me puedes hacer esto, Elsa! Habías quedado conmigo. Yo pensaba que eras una tía legal —le reprochó con un cabreo que Elsa consideró que era excesivo.

—Te estás pasando veinte pueblos, Thomas. No creo que sea tan grave que no vaya al cumpleaños de Judy Cortés con la que apenas he coincidido un par de veces en la sala de profesores.

—Pero ibas a venir conmigo —habló furioso.

—Puedo quedar contigo el domingo. Ya ves tú qué problema —repuso quitándole hierro al asunto.

—El problema es que prefieres quedar con la Bestia Byrne antes que conmigo. Y me parece tan injusto... Te recuerdo que tú no soportas a ese tío, que ha hecho tu estancia en el colegio un infierno y que está loco por ponerte de patitas en la calle.

—No es del todo así. A ver, que sí, que el aborrecimiento era mutuo. Pero estoy conociendo

otras facetas de él y...

Y solo tenía que rozarla para ponerla al borde del orgasmo, besaba como nadie y se moría por volver a estar entre sus brazos.

Pero eso a Thomas no le importaba para nada... O eso creía porque la interrumpió para mascullar:

—No me jodas ¿te estás enamorando de ese tío?

—Voy a ir a cenar con él. Y punto. No creo que deba darte más explicaciones.

Thomas pensó que tenía razón, pero estaba tan enamorado de ella que no podía soportar la sola idea de que se fuera a cenar con ese hombre que jamás iba a hacerla feliz.

—Me preocupo por ti —reconoció con un nudo en la garganta—. Eres alguien muy especial para mí y no quiero que sufras.

—Tranquilo que no voy a sufrir nada por ir a comer pizza. Sé controlar mis impulsos...

Con la comida, porque lo que era con el sexo... No respondía. Deseaba al señor Byrne como jamás había deseado a nadie. De hecho, no paraba de masturbarse pensando en él a todas horas...

—Yo lo que sé es que ese tío es un hombre rico y poderoso que está acostumbrado a hacer y deshacer a su antojo. Así que imagina lo que podría llegar a hacer contigo que eres una chica sencilla y buena. ¡Abre los ojos, tía! Ese tiparraco es un depredador que no va a dejar de ti ni las raspas.

Elsa pensó que eso era justo lo que quería, que ese hombre la devorara entera. Así que, sin poder contener la risa, replicó:

—Tranquilo que sé cuidarme bien sola.

—Eso es lo que crees, pero los tíos como él son muy peligrosos. Y de un plumazo, podrías perderlo todo. No dudes de que la Bestia tiene tales redes de influencia, poder y control que podría arruinarte la vida entera con un solo chasquear de dedos. Hazme caso. No quedes con él. No te conviene juntarte con gente como él. No eres de su círculo, él pertenece a un mundo que no es el tuyo... Tu sitio está con nosotros, con tus compañeros de trabajo, gente sencilla, buena y de confianza con la que sí que te vas a sentir cómoda, aceptada y querida.

Elsa entendía que su amigo quisiera protegerla, pero se estaba poniendo de un trágico y un plasta que estaba agotando su paciencia. Por lo que decidió que lo mejor era colgar...

—Te agradezco mucho tu preocupación, amigo. Pero tranquilo, que todo va a salir bien.

Thomas pensó que no podía estar tranquilo cuando la mujer de la que estaba enamorado hasta las trancas estaba a punto de caer en las garras de Liam Byrne.

Un tío que le había caído fatal desde el primer día que le había conocido, tal vez por ser tan estirado, tan borde, tan prepotente... Y que, seguro que se había encaprichado de Elsa porque era un reto difícil, lo típico de esos tiburones fríos y desalmados. Pero una vez que cayera en su red, estaba convencido de que iba a perder totalmente el interés por ella y la iba a mandar a la puñetera mierda.

Porque esos tíos eran así, unos manipuladores y egoístas, que disfrutaban jugando con los sentimientos de la gente.

Y él no podía permitir que jugara con Elsa...

—No te fíes de ese tío, te lo ruego. Se ha fijado en ti, porque a estos cabrones les pone lo difícil... Pero en cuanto consiga lo que quiere, no solo pasará de ti, sino que intentará aplastarte como una colilla.

Elsa harta de escuchar la perorata de su amigo, que estaba haciendo un drama totalmente innecesario, porque ella solo quería follar con el señor Byrne y punto, le dijo para que la dejara

tranquila de una vez:

—Ya, pero te olvidas de algo. La que sabe a la perfección lo que quiere soy yo. Así que va a salir todo genial... No sufras por mí, de verdad.

Thomas pensó que cómo no iba a sufrir si estaba pilladísimo por ella... Claro que aún no había encontrado el momento de decírselo y estaba que se subía por las paredes, porque ese maldito señor Byrne iba comerle la merienda, pero bien comida. Y no podía consentirlo, del tal modo que dijo desesperado:

—¡No vayas a esa cita, maldita sea! ¡No seas terca!

Y Elsa ya sí que no pudo más, pues, aunque entendía que tuviera cierta preocupación por ella, lo que no iba a consentir era que le dijera lo que tenía que hacer.

—Es mi vida, Thomas. Y la voy a vivir a mi manera. ¿Estamos?

Y tras decir esto soltó una carcajada, porque se percató de que estaba hablando como la Bestia...

¿Pero cuándo ella había dicho “estamos!?” En la vida... Pero... Ay... Ese hombre la estaba volviendo del revés...

Luego colgó a su amigo, y se puso a rebuscar en su armario algo que ponerse para la cita que fuera elegante y *sexy*...

Y no encontró nada...

Y es que en su armario solo había una colección de saldos funcionales y aburridos con los que iba al trabajo, el vestido negro que se había puesto para tocar en casa de Liam y poco más...

Chafada, se sentó en la cama, mirando su armario y justo en ese instante su madre abrió la puerta y le preguntó preocupada:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan mustia?

Elsa decidió contarle la verdad. Y es que su madre era tan lista que más pronto que tarde iba a enterarse de lo que se traía entre manos. Así que decidió que era mejor ir directa al grano:

—He quedado para cenar con el señor Byrne. ¡Pero ni se te ocurra decirme que ya lo sabías y que esto va a acabar en boda porque no!

Ella solo se moría por tener el mejor sexo de su vida, pues ese hombre tenía pinta de ser una fiera en la cama, pero nada más. Y por supuesto que eso sí que no se lo iba a confesar a su madre...

—A mí siempre me ha dado el pálpito de que entre ese hombre y tú va a pasar algo... ¡Y muy gordo! Igual que me daba con tu hermana y Harry, y mira si acerté...

—Ya, bueno, es que lo de mi hermana estaba cantado, pero lo mío con el señor Byrne como mucho terminará en amistad.

En *follamistad*, más bien, pensó para sus adentros...

—Amistad y boda —aseguró su madre con una sonrisa enorme.

—Mamá, no seas cansina, por favor. Y ayúdame que mira qué panorama más desolador tengo... ¡No sé qué narices ponerme para la cena!

La señora Taylor dio un manotazo al aire y replicó:

—¡Da igual lo que lleves! Si a estas alturas, ese hombre lo único que estará deseando es quitarte la ropa.

Elsa miró a su madre con los ojos como platos y la regañó:

—¡Mamá, por favor! Qué vergüenza... Que eres mi madre... No me hables como si fuéramos amigas...

—Te digo la verdad. Y que sepas que tengo en mi armario un traje rojo de chaqueta entallado

de tu hermana que es perfecto para que luzcas esta noche.

Elsa con los ojos brillantes, le preguntó a su madre a punto de gritar de felicidad:

—¿Qué tienes qué?

—Tu hermana me pidió que se lo llevara al tinte, pero como se quedó en las Bermudas a vivir, ya no salió del armario. Y es un traje bueno, tu hermana gana un buen sueldo, de la marca Escada...

—Ya, ya sé que mi hermana es la triunfadora y yo la oveja negra y descarriada.

—Las dos sois maravillosas. Y encima habéis tenido la suerte de dar con hombres estupendos. ¡No puedo pedir más a la vida! —exclamó la madre, llevándose la mano al pecho.

—Pero si tú no conoces al señor Byrne y yo solo te he hablado pestes de él. ¿Por qué dices eso?

—Pues porque todo eso que tú llamas pestes a mí me parece sentido común puro y duro. Me encanta cómo piensa y es el contrapunto perfecto para ti. Tú necesitas de su sensatez y él necesita tu alegría. Os complementáis a la perfección. Y yo veo boda...

—¡Pues yo lo que veo es a una madre que no puede ser más plasta! Anda, vamos a tu armario que me muero por ver ese traje...

Capítulo 9

A las nueve en punto, el señor Byrne pasó a recoger a Elsa que esa noche estaba deslumbrante. Llevaba un traje sastre rojo entallado con el que no podía estar más *sexy* ni más distinguida. La falda además un poco por encima de la rodilla dejaba al descubierto unas piernas que eran la promesa de la felicidad eterna.

O eso pensó el señor Byrne que esa noche estaba de un *cursi* que no podía con él.

Pero es que esa chica le estaba trastornando demasiado.

Luego, ella se despidió de su madre que estaba asomada a la ventana y a Liam aquello le pareció tan tierno que en cuanto entró en el coche se lo dijo:

—¡Qué suerte tienes de tener esa relación con tu madre!

—¿Suerte? No imaginas lo pelma que es, y no va a meterse dentro hasta que doblemos la esquina y nos pierda de vista. Debo ser la única mujer hecha y derecha de Nueva York que tiene que pasar por esto...

Y mientras Elsa seguía hablando sin parar, el señor Byrne bajó la ventanilla, sacó medio cuerpo fuera y le gritó a la señora Taylor:

—¡Buenas noches, señora! ¡Para mí es un honor salir con su hija esta noche y no se preocupe que se la traeré pronto a casa, sana y salva!

Elsa sintiendo una vergüenza enorme, tiró de él para que dejase de dar ese cante en su calle, pero lo peor fue que escuchó a su madre gritar:

—Estoy muy tranquila, señor Byrne. Sé que es usted todo un caballero. ¡Y ahora disfrutad que la vida es un suspiro!

—¡Ay Dios! Arranca de una vez que se va a enterar todo el barrio que tengo una cita.

El señor Byrne le lanzó un beso con la mano a la señora Taylor, luego subió la ventanilla y arrancó mientras decía:

—Tu madre es un encanto. Yo es que perdí a la mía cuando tenía cinco años. Y no imaginas lo que la extraño... Por eso, no quiero que mi hijo pase por lo mismo, pero...

Liam se calló y tras recorrer un par de manzanas, detuvo el coche en una calle solitaria y oscura:

—Pero ¿qué? —preguntó Elsa expectante—. ¿Y por qué paras ahora?

El señor Byrne se acercó a ella y la besó en los labios suave, en los labios que esa chica había pintado de un rojo pasión para él.

—Para esto —susurró con los labios pegados a los de ella.

—¡Qué detalle no besarme delante de mamá! —masculló ella, con unas ganas tremendas de agarrarle por el cuello y comerle la boca entera.

—Pero no voy a ser nada considerado con tu barra de labios, porque te la voy a quitar a lengüetazos.

Y tras decir esto, le lamió la boca y luego la besó tan profundo, tan húmedo y tan salvaje, que se llevó hasta el último resto de pintalabios y la dejó al borde del orgasmo.

—Tú no besas, tú follas con la boca —musitó Elsa, temblando entera.

—No seas malhablada, Elsa, porque vas a ponerme más duro todavía.

Liam le agarró de la mano y se la llevó hasta su entrepierna para pasmo de Elsa que se quedó fascinada:

—Esto ¿qué es?

El señor Byrne gruñó al sentir cómo le apretaba su miembro grande y duro y respondió con una cara de diablo que solo auguraba una noche de locura:

—Es mi polla.

—Señor Byrne, yo también te ruego que no seas tan soez porque me vas a poner cachonda perdida.

—Es lo que pretendo...

Y para más sorpresa de Elsa que estaba alucinando con que ese hombre tan gentil y caballeroso, de repente se le estuviera convirtiendo en un dios del sexo, libre y sin prejuicios, notó cómo él ponía la mano en sus muslos y los acariciaba hasta llegar al pubis.

—No puedo creer que estemos haciendo esto... —susurró mientras Liam le acariciaba la vulva por encima de las braguitas.

—Si quieres, lo dejo... —masculló con un tono de voz bronco que la excitó más todavía.

—No, por favor, sigue. Lo que pasa es que estoy alucinada. De repente, el perfecto caballero se está transformando en un sátiro, y qué quieres que te diga, no estoy acostumbrada a esto...

—Yo no quiero parecerme a nadie. Y esto lo has provocado tú con tus besos que son una auténtica tentación...

Elsa cerró los ojos, porque esas caricias estaban siendo exquisitas, pero lo peor vino después, cuando ese hombre con una pericia increíble, le rompió las braguitas, que luego agitó ante su mirada asombrada:

—¿Voy a ir a cenar sin bragas?

El señor Byrne sonrió, le abrió las piernas y comenzó a masturbarla sabiendo tan bien lo que estaba haciendo, que Elsa tuvo que clavar las uñas la tapicería de cuero del deportivo y morderse fuerte los labios porque aquello era irresistible.

—Córrete, preciosa. Llevo tanto tiempo deseando verte así, entregada a mis caricias y desbordada por el placer...

Elsa pensó que y tanto que estaba desbordada, porque de repente sucumbió a un orgasmo brutal que hizo que tuviera que llevarse la mano a la boca para no gritar como una loca.

Después, Liam se llevó el par de dedos con el que la había estado estimulando a la boca, los chupó como si fuera un manjar delicioso, la agarró por el cuello y la besó con lengua, con ganas, devorándola.

Y despertando un deseo tan grande en ella, que solo pudo farfullar:

—Dios mío. Creo que voy a estallar en llamas. Quiero sentirte dentro, Liam. Necesito que te hundas dentro de mí...

El señor Byrne con unas ganas tremendas de hacerle el amor hasta que gritara su nombre, desesperada y colmada, arrancó el coche y le recordó:

—Soy asquerosamente puntual. No pienso llegar tarde a la cena.

—Pero ¿cómo vas a quedarte así? Con eso... Así...

—Mi polla siempre salta en los pantalones cada vez que te ve. Así que tranquila, estoy acostumbrado...

Elsa se llevó las manos a la cara porque no creía que le estuviera pasando eso:

—No me puedo creer que el estirado del señor Byrne hable así...

—¿Y qué pensabas que decía en la intimidad? ¿Pirulí?

—No sé... Yo qué sé... Estoy desbordada... Qué orgasmo... Y qué manera de conocer mi cuerpo, ¡si pareciera que llevaras toda la vida haciéndomelo!

—Tienes un coño apretado y jugoso que me muero por tener en mi boca... Pero de momento, tendremos que esperar...

—Señor Byrne, tú no puedes hablar así. O sea, tú no...

—Liam, joder, ¡llámame Liam! Y ¿cómo que no puedo hablar así?

—Porque eres un pijo del Upper East Side, que va a la ópera y juega al golf...

—Y me la cojo con papel de fumar... ¡Venga ya, Elsa! Soy un hombre que te desea y punto. Y de pijo no tengo nada. Soy el hijo de un albañil de Rochester, soy un chico de barrio, que se ha hecho a sí mismo. Nada más.

Elsa le miró perpleja porque desconocía los orígenes sencillos del señor Byrne...

—Pues yo pensaba que eras un pijo de toda la vida.

—¡Qué va! Yo no tenía donde caerme muerto, pero valía para estudiar y para trabajar muy duro. Así que me esforcé como una bestia y llegué a Harvard donde conocí a Miranda... Ella sí que era una niña bien, su padre era un prestigioso banquero y su madre una cardióloga eminente que convinieron que yo era muy poca cosa para su hija. De hecho, en cuanto les contó que estaba embarazada con diecinueve años y con la carrera apenas empezando, le retiraron la palabra y le cortaron el grifo. Pero ella siguió conmigo, trabajamos más duro todavía, y en un cuchitril enano comencé con el proyecto de lo que hoy es mi empresa... Desarrollé mi primer software financiero, con el que tuve un éxito tremendo, y desde ahí comenzó el despegue. La pena fue que Miranda se fuera tan pronto... Fue una putada tremenda. Pero sé que ella es mi ángel y la culpable de que me haya convertido en un tipo asquerosamente rico. Ella vela desde arriba por nosotros...

Elsa muy emocionada con la historia, se llevó la mano al vientre y confesó:

—Caray, no sabía nada de tu historia. Uf. Es admirable todo lo que me cuentas. Tú esfuerzo, tu tesón y luego tu historia de amor es tan bonita...

Liam con los ojos llenos de lágrimas, le confesó sintiéndose muy bien:

—No suelo hablar de Miranda con las mujeres con las que salgo. Pero contigo...

—Habla de lo que quieras, Liam.

—No puedo quitarme la alianza... A Fiona no le gustaba que la llevara...

—Yo entiendo perfectamente que la lleves.

Liam se paró en un semáforo y decidió contarle lo que le había pasado con Fiona... y es que con Elsa era tan fácil abrirse:

—Me equivoqué con ella. Nunca he estado enamorado de Fiona, pero sí teníamos una amistad y una complicidad que pensé que sería suficiente como para que se convirtiera en mi esposa.

Elsa con los ojos abiertos como platos, preguntó porque no daba crédito:

—¿Y qué pasó?

—Se me cayó la venda de golpe con ella y me quedé muerto. Es una mujer fría y egoísta, que no tuvo empacho en sugerirme que metiera a mi hijo en un estricto internado en Aspen.

Elsa dio un respingo en el asiento y exclamó moviendo nerviosa las manos:

—¡No me lo puedo creer! Mira que Killiam es listo... ¡Porque se lo olía! Él sabía que esa mujer quería internarle en un centro así...

—Mi hijo es muy sensible y muy lúcido, ha salido a su madre. Lo pilló todo al vuelo. Y sabe perfectamente quién le quiere de verdad y a quién le importa una mierda. Y a Fiona la caló desde

el principio... Pero yo no le hice caso... Y la pifíé. Porque tenía toda la razón. Es una harpía de gustos exquisitos... Me engañó. Menos mal que pude darme cuenta a tiempo y la mandé bien lejos...

El semáforo se abrió y Elsa que estaba muy interesada en el tema reconoció:

—Killiam me contó que ya no teníais relación... Y también sospechaba que había sido por su culpa.

—Yo no es que quiera suplir a su madre, porque eso es imposible. Su madre siempre será Miranda, pero sí quería darle una familia, calor de hogar, en fin, todo eso... Pero elegí a la mujer equivocada... Tú serías perfecta, pero me detestas. Así que...

Liam se encogió de hombros y Elsa se echó a reír porque no era así.

—Ni yo soy la mujer perfecta, ni tampoco te detesto.

—Sí, que lo eres. Eres una chica estupenda y mi hijo te adora. Pero yo sé que me tienes un gato que no puedes ni verme. Dilo, si hay confianza...

—Al principio no podía ni verte, pero el baile en la boda de mi hermana lo cambió todo. Bueno, seguía odiándote igual, pero empecé a verte de otra forma.

—Joder, no me hables del baile que desde ese día tengo unos sueños tan sucios que te sonrojarías.

—¡Señor Byrne! Compórtate...

—Te estoy diciendo la verdad.

—Me hago una idea, porque me sucedió lo mismo. Es más, lo mismo eras tú el que te sonrojabas si te contara mis sueños.

El señor Byrne, con una cara de diablo tremenda, arqueó una ceja y musitó:

—¿Ah sí?

—Sí, pero vamos que no te odio. Somos totalmente incompatibles, pero ahora lo llevo bien.

—Y lo más importante es que Killiam te adora. Por eso, te digo que tú serías la candidata perfecta... Tú y la señora White...

Elsa se echó a reír porque la señora White, aparte de tener sesenta años y tener aspecto de abuelita adorable, estaba requetecasada.

—Jajajajajaja. No seas malo. Que la señora White es imposible que opte al puesto...

—Ya, está casada. Pero es un amor de mujer. Esta noche me ha hecho el favor de quedarse con Killiam hasta que regrese. Él se ha enfado muchísimo, dice que no necesita niñera. Ya sabes cómo es. Ah, y ha insistido mucho en que te trate bien, que sea romántico, que te haga reír y que solo te hable de cosas bonitas. Tienes bien entrenado a tu pupilo...

—Jajajajajajaja. Le adoro.

Liam la miró divertido, asintió y reconoció:

—Lo sé. Qué pena que nos desquiciemos mutuamente, podríamos formar una familia bien maja.

Elsa se encogió de hombros, resopló y replicó risueña:

—¡Qué le vamos a hacer!

Capítulo 10

Ya en los postres, Elsa por poco no se atragantó con el tiramisú, cuando él le propuso en un tono de voz que no pudo resultar más arrebatador:

—Ahora te quiero a ti.

—¿A mí? —replicó Elsa, a la que la sangre le ardió de golpe.

Liam, que acababa de terminarse su postre, replicó:

—Quiero tu sexo en mi boca. Ahora.

Elsa le miró alucinada y tras dar un sorbito a su copa de vino, replicó pestañeando muy deprisa:

—¿Cómo qué ahora?

Liam llamó al camarero, le pidió la cuenta y tras pagar cogió a Elsa de la mano y la arrastró hasta el fondo de la sala.

—La salida se supone que está al otro lado. ¿O piensas llevarme a que lo hagamos en los aseos? —le preguntó Elsa con una excitación tan grande que le palpitaba el sexo.

Liam no dijo nada, tan solo se limitó a abrir una puerta donde ponía “No pasar”, atravesar un largo pasillo en cuyo final había una especie de despacho que abrió y la hizo pasar:

—Aquí vamos a estar tranquilos...

Elsa entró y él cerró la puerta con pestillo detrás de ella...

—No me puedo creer que esté haciendo esto. ¡Y contigo! Tú que parecías tan serio y tan formal y resulta que haces estas locuras que yo no he hecho en mi vida...

—El restaurante es de un amigo. Sabía de la existencia de este despacho. Hoy está de viaje, otro día te lo presentaré... Así que digamos que esto es un riesgo absolutamente controlado... Aunque te confieso, que me tienes tan loco que, aunque el restaurante no hubiera sido de mi amigo, me habría colado aquí igual. No aguanto un segundo más sin tus besos...

Liam la agarró por la cintura, la pegó contra él y la besó metiéndole la lengua hasta el fondo.

Luego siguió por el cuello, mordisqueándolo de una manera deliciosa, mientras le decía:

—Me he pasado toda la cena pensando en tu coño desnudo. Ábrelo para mí, quiero devorártelo hasta que te estremezcas entera...

Elsa se sentó en la mesa de madera maciza que tenía detrás y, muerta de deseo, abrió las piernas porque tenía la misma necesidad que él de que lo hiciera...

—Me vuelves loca, señor Byrne... Completamente loca...

Liam la agarró por el cuello, la besó otra vez con fuerza y pasión en la boca, mientras que descendía una mano hasta el sexo mojado de Elsa.

Luego, hundió un par de dedos en su interior y ella gimió clavando los dedos en la espalda fuerte de ese hombre que estaba haciéndole sentir un deseo salvaje que no había conocido en su vida.

—Estás tan mojada y tan caliente...

Elsa cerró los ojos y se dejó invadir por las sensaciones de esos dos dedos penetrándola, duro

y fuerte, sin concesiones...

—Sigue, por favor. Sigue...

Liam acarició con el pulgar el clítoris y Elsa arqueó la espalda porque aquello ya era demasiado.

—Llevo tanto tiempo soñando con esta estrechez. Sabía que era así... Apretada, jugosa y ansiosa por mis caricias...

Y tras decir esto, retiró los dedos y acercó su boca ávida al sexo dulce de Elsa que enterró los dedos en el pelo de Liam y empezó a gemir.

Porque ese hombre era tan exigente y tan implacable con sus caricias, que ella creyó que no iba a poder resistirlo.

Lamía, chupaba, mordisqueaba, hundía su lengua, la devoraba, la excitaba, la estimulaba como nunca, como nadie...

Ese hombre le estaba haciendo conocer un placer que jamás había experimentado, que ni sabía que se podía sentir...

Un placer único, intenso, fuerte, exigente, duro...

Liam se lo hacía de una manera tan salvaje, tan implacable, tan certera y tan abrasadora, que solo tuvo que succionarle el clítoris unas cuantas veces para que estallara en un orgasmo feroz.

Estremecida, jadeante, sudorosa y con los ojos llenos de lágrimas porque aquella había sido la experiencia más intensa que había tenido en su vida, solo pudo musitar:

—Gracias, Liam... Gracias...

Liam la besó en los labios, sonrió y la despojó de la chaqueta que dejó sobre la mesa. Acto seguido, la fue desabotonando lentamente la camisa, hasta que se la quitó tirando de las hombreras hacía atrás.

—Tienes unos pechos preciosos...

Liam le apretó los pechos de una manera deliciosa y luego acercó la boca hasta el pezón que mordisqueó a través de la tela del sujetador.

Si bien, Elsa quería más y se liberó del sujetador para que hiciera con ella lo que quisiera.

Claro que lo que no esperaba era que él fuera a quitarse la corbata y le preguntara:

—¿Te gusta que te aten?

Elsa se quedó mirándole atónita porque en la vida habría imaginado que el señor Byrne fuera así...

—Liam solo he tenido dos novios... Y he tenido un sexo muy convencional... De hecho, es la primera vez que me han hecho tales cosas con la lengua... A mí el sexo oral siempre me había parecido aburrido, pero esto que me has hecho ha sido impresionante.

—A mí el sexo oral me vuelve loco. Dar y recibir. ¿A ti te gusta dar placer con tu boca?

—Lo he hecho alguna vez, pero...

Liam dio unos tironcitos con ambas manos de los pezones para ponerlos más duros todavía y le preguntó:

—¿No te gustó?

Elsa se mordió los labios de puro placer y le confesó, mientras él seguía castigándole los pezones de esa manera exquisita:

—No fue algo que me gustara demasiado. Pero me muero de ganas por hacértelo...

Liam la besó en los labios y loco por perderse en su boca, le aseguró para que estuviera tranquila:

—Estoy sano. Siempre he practicado el sexo seguro. Y me hago controles periódicos.

—Yo también estoy sana...

—Y todo lo que hagamos es para que disfrutemos los dos. Si en algún momento algo no te gusta, paramos... ¿Estamos?

Elsa se bajó de la mesa, muerta de deseo, asintió, y Liam entonces la agarró por las manos por detrás y se las ató con la corbata de una forma muy suave.

Después, se bajó los pantalones y los calzoncillos y le pidió a Elsa que se arrodillara frente a él.

Y ella lo hizo...

Cayó de rodillas frente a ese miembro grueso, grande y duro y él colocó la punta sobre la boca jugosa de Elsa.

—Me muero por follarte esta boca preciosa...

Elsa al escuchar esas palabras tan procaces se excitó más todavía...

Quién se lo iba a decir.

Ella que estaba acostumbrada a que sus novios fueran correctos en la cama, de repente se sorprendió al descubrir que esas palabras soeces la estaban erotizando como nunca.

Tanto que entreabrió los labios y dejó que ese hombre la penetrara como no lo había hecho nadie.

Porque sabía con una maestría insuperable llevarla hasta el extremo, y hacerla alcanzar cotas de placer que no había conocido en la vida.

Y es que Liam era duro, era exigente, era implacable, le pedía más y más, y ella para su asombro se lo daba...

Aceptaba, se entregaba, se esforzaba y poco a poco sus mandíbulas fueron cediendo hasta que lo sintió muy dentro.

Y se dejó llevar, en tanto que Liam la agarraba por el cuello y marcaba el ritmo y la intensidad de las penetraciones.

—¿Todo bien? ¿Te gusta así?

Elsa asintió con la cabeza y, aunque le habría encantado tener libres las manos para aferrarse a las nalgas duras y redondas de ese dios del sexo, la sensación de estar atada y a merced de él, era nueva y terriblemente excitante.

Él tenía el mando, pero el placer de él dependía de ella, de su boca, de su aceptación, de su entrega, de su necesidad...

Y así estuvo dándole placer y más placer, hasta que le notó tan dentro y tan duro que supo que ya estaba próximo a estallar.

Como así fue, pues de repente se salió de la boca dulce y jugosa y acabó derramándose en los pechos redondos y altos de Elsa, que estaba con el rímel corrido por el esfuerzo realizado...

Y también por la emoción...

Porque lo que acababa de hacer con ese hombre superaba todas sus expectativas.

Es que ni en sus sueños más húmedos se habría imaginado haciendo semejante cosa.

Pero ahí estaba...

Con las esencias de ese hombre en su cuerpo y su mirada salvaje clavada en la suya.

—Tendrías que verte, estás preciosa...

Liam se arrodilló frente a ella, la besó en la boca con auténtica pasión, y luego le acarició los pechos extendiendo sus esencias.

Elsa cerró los ojos, dejándose llevar por esas caricias tan morbosas y luego gimió cuando él tironeó de sus pezones.

—Tienes una boca maravillosa... Me has dado tanto placer...

Liam la liberó de la atadura de las muñecas, mientras ella confesaba sintiendo que esa había sido la experiencia sexual mejor de su vida:

—Y tú a mí...

Liam la besó otra vez y luego le ayudó a levantarse para que fueran al aseo que había en el despacho.

Allí se situó detrás de ella en el lavabo, y le limpió los pechos de tal manera, entre caricias y pellizquitos en los pezones que Elsa se puso otra vez al borde del orgasmo.

Pero lo mejor llegó cuando él descendió con la mano hasta el sexo hinchado y mojado de Elsa y hundió un par de dedos dentro.

Ella se envaró, aceptó la invasión y él comenzó a acariciarle un punto que jamás le había encontrado nadie.

Sin embargo, estaba visto que su cuerpo no tenía misterios para ese hombre que comenzó a estimularle esa zona, penetrándola cada vez más fuerte con los dedos, hasta que ella sintió que no podía más.

Y él se lo dio.

Golpeteó con el pulgar el clítoris, le arrancó un orgasmo sublime, que Liam sintió perfectamente mientras le exigía:

—Córrete, déjate llevar... Dámelo todo...

Elsa se lo dio. Y al sentir el último de los espasmos orgásmicos, él retiró los dedos y ella por primera vez en su vida, se derramó entera.

—¡Dios, Liam! ¿Esto qué es?

Liam le acarició con la palma de la mano los muslos mojados y respondió sintiendo un deseo infinito y voraz por ella:

—¿Nunca te había pasado esto?

—Jamás, es la primera que me pasa.

Lim le dio la vuelta, la pegó contra él, la besó hundiendo la lengua hasta lo más profundo y luego musitó:

—Me alegro de que haya sido conmigo.

—Es que jamás he deseado a nadie como a ti. Solo contigo podía lograr esto...

—Ni a mí tampoco me han tentado jamás unos besos como los tuyos. Ni una mirada. Ni una sonrisa. Ni una caricia.

Elsa le acarició el rostro con la mano y le recordó:

—Pero no nos soportamos...

Liam sonrió, recorrió los labios sedosos y jugosos con el dedo índice y susurró:

—Así es, señorita Taylor...

Capítulo 11

Ya en el coche, cuando se dirigían a casa de Elsa, ella le confesó:

—Si me llegan a decir que iba a vivir esta locura contigo, te juro que no lo habría creído.

Liam la miró de soslayo y preguntó sin entender bien a qué se refería:

—¿Locura?

—Sí, locura... Yo no estoy acostumbrada a que me rompan la ropa interior, a colarme en los reservados de los restaurantes y hacer esas cosas...

—Para mí eso es algo normal... Locura es tu boca. Locura son tus besos. Locura es tu sexo sobre mi boca...

Elsa se llevó las manos a la cara, porque es que tenía que pellizcarse para creer que eso pudiera ser cierto:

—Te escucho decir esas cosas y es que...

Liam la miró muy serio, se encogió de hombros y luego habló:

—No sé qué imagen tenías de mí. Pero estoy empezando a mosquearme...

—Caray, eres tan serio y tan formal que imaginaba que lo hacías de manera convencional. A ver, yo intuía que eras bueno en la cama, pero esto de hacer estas cosas...

—Esto no es nada, pequeña. Soy un hombre muy sexual, me gusta experimentar y soy muy imaginativo.

Elsa sintió de nuevo una punzada de deseo en la entrepierna, juntó fuerte los muslos y musitó:

—Yo es que no soy de tríos, ni de cosas raras...

—Cuando Miranda partió, estaba tan perdido que tuve una vida un tanto caótica. Participaba en tríos, orgías, salía con unas y con otras... Pero acabé sintiéndome tan vacío que decidí dejarlo... Y entonces, llegó Fiona. Con ella me serené y pensé que por fin mi vida estaba en orden... Pero ya sabes lo que pasó. Y ya me importa un bledo. Ahora todo lo llenas tú. Y nadie más que tú...

Elsa suspiró, miró por la ventana cómo la ciudad hervía un sábado por la noche y replicó:

—Yo igual. Quiero decir que no me acuesto con nadie más que contigo.

—Conmigo no te has acostado aún —dijo Liam, con la mirada encendida de deseo.

—Es verdad... Pero me muero por hacerlo.

—Estamos a unas manzanas del grupo hotelero Pinewell del que soy accionista. Puedo disponer de la suite presidencial en cualquier momento...

Elsa sintió de repente un vértigo tremendo porque aquello estaba yendo muy deprisa, pero al mismo tiempo deseaba tanto estar con él, que le confesó:

—Jamás he hecho esto... Soy una romántica empedernida y antes de irme a la cama con un chico, suelen pasar unas cuantas semanas...

—Ya... No te preocupes, que te llevo a casa... No hay problema.

—Sí que lo hay, porque yo deseo estar contigo. No quiero que la noche acabe.

Liam posó una mano en el muslo sedoso de Elsa, lo recorrió deseando hacérselo hasta quedar absolutamente saciados y replicó:

—Ni yo tampoco.

—Llévame a ese hotel. Y que la locura sea ya total.

Liam llamó con el manos libres a la recepción del hotel, pidió la suite y se dirigió a ese lugar, mientras le decía a Elsa:

—No sé qué me está pasando contigo, pero desde aquel baile fue muy especial. No te puedo prometer una noche romántica, con velas y todo eso, pero sí que voy a follarte como nadie te lo ha hecho.

Elsa apretó fuerte los muslos, de la punzada de deseo que sintió, y solo pudo susurrar:

—Lo sé. No hay nadie como tú, Liam. Nadie.

Y minutos después, estaban entrando al aparcamiento del hotel, desde donde subieron en ascensor a la última planta donde les esperaba una suite de ensueño con vistas a los rascacielos de Manhattan.

Una vez allí, se besaron desesperados, las ropas volaron y Liam la empujó a la cama donde ella cayó completamente desnuda.

Liam entonces le abrió las piernas y enterró la cabeza en el sexo que devoró hasta que la llevó al orgasmo otra vez.

Después, se enfundó un condón, se hundió dentro de ella hasta el fondo, arrancándola nuevos espasmos orgásmicos.

—Eso es, preciosa. Apriétame bien. Quiero sentir tu placer. Dámelo...

Elsa se aferró a la espalda grande y fuerte de ese hombre que la llenaba como nadie lo había hecho en su vida, y terminó de correrse entre jadeos agónicos.

Luego, él empezó a penetrarla suave y lento, pero Elsa quería más...

—Sé duro conmigo. Muy duro.

—Lo seré. Pero tienes que dilatarte más... Tienes un coño divino, pero es muy estrecho.

—Me encanta cuando dices la palabra “coño”. Es tan vulgar y *sexy* a la vez... Mis novios no solían utilizar esas palabras...

—No sé usar otras —masculló con la mirada encendida de deseo.

Y siguió penetrándola, de ese modo, hasta que la notó ya mucho más preparada y empezó a hacérselo tal y como le había pedido.

Le hizo el amor duro, implacable, con penetraciones profundas que la hicieron gemir, gritar, sollozar...

Liam entonces le levantó las piernas, las puso sobre sus hombros fuertes y siguió haciéndoselo así...

Y Elsa de la sola fricción se corrió otra vez y él la recompensó besándola apasionado.

Luego, Liam se puso de pie, tiró del brazo de ella, la levantó por las caderas, Elsa rodeó el cuerpo fornido con sus piernas y así la llevó contra la pared de enfrente, donde se clavó hasta el fondo otra vez.

Elsa al sentir esa invasión gimió, cerró los ojos y él le lamió la boca con lascivia.

Después, empezó a hacérselo, sin dejar de mirarla, de besarla, de sentirla, de dárselo absolutamente todo, hasta que sintió que ya no podía más.

Entonces, descendió con una mano hasta clítoris, le dio unos golpecitos con el pulgar, ella estalló en un orgasmo brutal y él fue detrás corriéndose entre jadeos agónicos.

Elsa sudorosa, emocionada, agotada y saciada se quedó mirando a ese hombre y sintió una cosa muy rara en el estómago, pero no dijo nada.

Él tampoco...

Él la miró, la besó dulce en los labios y la dejó sobre la cama, donde se tumbó a su lado.

—Me pasaría la noche contigo —musitó Liam, mordisqueándole el cuello.

—A mí con una noche no me basta. Yo quiero más...

Elsa le besó en la boca, entregada al placer como jamás lo había hecho, y Liam tras recorrerle la espalda con las manos, aseguró:

—Las tendremos. Pero ahora debo irme. Tu pupilo quiere que le lleve a los lagos Finger y mi despertador va a sonar a las cinco y media.

—Me lo contó. Le encanta ir de excursión contigo...

—Podrías venirte.

Elsa frunció el ceño, porque aquello ya era un tanto extraño:

—¿En calidad de qué? Y perdona la pregunta, pero es que después de esto la cosa se complica un poco. ¿O no?

—Yo pienso que se ha puesto todo mucho más interesante —masculló Liam, con un brillo increíble en su mirada.

Pero Elsa de repente se sintió un tanto incómoda, le apartó la mirada y confesó:

—No quiero ser la amante del jefe. Ese papel es tan cutre...

Liam la tomó por la barbilla, para forzarle a que la mirara y preguntó:

—¿Y quién es el jefe?

—¿Quién va a ser, Liam? Eres el principal patrono del colegio, doy clases a tu hijo...

Liam no encontraba ningún problema en ello, así que se encogió de hombros, la besó en los labios preguntó:

—¿Y?

—Que esto va a ser un lío de pelotas. Si fuéramos dos amigos que follan cuando les apetece, genial. Pero esto ¿qué es? No somos amigos, tú eres mi jefe y siento por ti un maldito deseo que no he sentido en la vida.

—¿Crees que yo no siento ese deseo?

—Sí, pero tú eres un hombre experimentado. Has vivido esto en infinidad de ocasiones. Yo solo he tenido sexo por amor... Sexo aburrido, pero por amor. Quiero decir que esto es completamente nuevo para mí. No sé qué es ni entiendo lo que me está pasando contigo.

Liam sonrió, la abrazó y le dijo mientras sentía una paz y una felicidad que hacía mucho tiempo que no conocía:

—Déjate de llevar, y ya está... Como la primera vez que bailamos nuestra canción. Nos dejamos llevar, y todo fue perfecto. No hay que hacer nada más.

Elsa levantó la cabeza, le miró y le preguntó con un mariposeo extraño en la barriga:

—¿Tú crees?

—Claro que lo creo. Puedes venir con nosotros a la excursión en calidad de amiga de Killiam y puedes follar conmigo cuando te apetezca. Porque te deseo como no imaginas... Y no, tú no tienes nada que ver con mis otras aventuras. Tú eres especial para mí, Elsa. Muy especial.

—Y tú también eres especial para mí. Esto que he hecho contigo no habría podido hacerlo con nadie. Pero ya sabes, nos aborrecemos... Uf. ¡Madre mía, si es que esto es increíble! ¿Tú sabes cuál es el apodo que te puse después del primer encontronazo que tuvimos?

—El que fuera, seguro que me lo merecí con creces —respondió divertido.

—La Bestia Byrne —reconoció Elsa, temiendo que se enfadara.

Sin embargo, Liam rompió a reír, la pegó más contra él todavía y confesó:

—Me encanta.

—¿De verdad? —preguntó Elsa, mordiéndose los labios.

—Joder, Elsa, si estoy muerto de risa. Eso no puede fingirse. Y te repito que lo merezco. Desde que perdí a mi esposa me convertí en un tío hosco, frío, borde y desagradable. Lo asumo. Lo sé. Y contigo he sido tremendo... Pero es que tú también... Qué forma de tocarme las pelotas. En serio te lo digo, jamás he conocido a una tía tan irritante como tú. Solo hay que decirte Elsa Taylor no vayas por ese camino, y tú: para allá que vas.

—Soy Tauro. Soy terca como una mula. Pero también te digo que tú no siempre tienes la razón, ni atiendes a razones.

Liam enarcó una ceja, se encogió de hombros y también reconoció:

—Soy Leo. Me encanta mandar.

—Jajajajajaja. Pues sí que estamos bien... ¡Ahora lo entiendo todo!

—Me encanta cuando ríes a carcajada limpia... —habló Liam que se lo estaba pasando como nunca.

—Debería ser más comedida.

—¡Ni se te ocurra! No seas comedida en nada...

Elsa se llevó las manos a la cara, porque de repente le entró un pudor que Liam encontró de lo más encantador y farfulló:

—¡Ay no me recuerdes! Que esta noche me he soltado bien la melena...

Liam le bajó las manos de la cara y mirándola con una mezcla de fascinación y deseo musitó:

—No voy a dejar de pensar en esta noche... Hasta que venga la próxima, que será mucho mejor...

Elsa tragó saliva, porque aquello de verdad que resultaba imposible de mejorar:

—Yo es que no imagino cómo se podría superar esto, te lo juro, Liam.

—Pues se puede. Confía en mí, preciosa.

Y tras decir esto, besó la boca de esa mujer que le ponía como nadie, devorándola, saboreándola, absorbiendo todo su fuego...

—Dios mío, Liam. ¡Me matan tus besos!

—A mí me resucitan. Joder, ¡Elsa, me fascina tu boca!

Y justo en ese instante, Elsa notó la dureza de Liam en su vientre y creyó que le daba algo:

—¿Estás otra vez?

Liam no dijo nada, tomó un preservativo de la cartera que había dejado sobre la mesilla de noche, se lo enfundó, y dio la vuelta a Elsa que estaba temblando de deseo.

Luego cogió un par de almohadones, los colocó debajo de las caderas de esa chica y le acarició lento las nalgas redondas y perfectas.

—¿Te gusta el sexo anal?

—Nunca lo he probado...

—Si quieres, otro día lo probaremos...

Pero esa noche, se hundió de nuevo en su sexo, hasta el fondo y dándole otra vez tanto placer que, de la fricción de las caderas contra la almohada, tuvo un orgasmo feroz.

Luego, se puso en la postura del perrito y Liam siguió mientras le pellizcaba los pezones y le tiraba sutilmente del cabello largo y sedoso...

Y así estuvo, penetrándola implacable, tan él, hasta que se derramó por completó.

—Ahora sí que tienes merecido el mote de Bestia Byrne... —musitó Elsa, saciada como nunca.

—¿He sido demasiado duro? ¿No te ha gustado?

—¡Has sido perfecto! El mejor polvo de mi vida y no exagero. Ni miento. Créeme... Ha sido

bestial...

—Si lo deseas, siempre seré tu Bestia particular... —murmuró, mirándola de una forma muy dulce.

—No hay nada que desee más, señor Byrne. Nada...

Capítulo 12

Al día siguiente, Elsa no solo fue con ellos de excursión, sino que desde ese momento no paró de apuntarse a los planes de los Byrne.

Escapadas al campo, cines, musicales, museos, partidos de baloncesto, hamburgueserías...

Elsa no se perdía una y ellos estaban encantados de poder compartir ese tiempo con ella.

Y aparte de esos bonitos momentos de ocio, tampoco dejó de disfrutar de otros de intimidad con Liam, en la suite del hotel donde estaba descubriendo los secretos del buen sexo.

Y así siguieron teniendo encuentros de alto voltaje en ese lugar increíble, hasta que un viernes de primeros de diciembre, aprovechando que Killiam estaba de excursión con el colegio, Liam le propuso a Elsa que se fuera a pasar el fin de semana a su casa.

Y ella aceptó.

No quería perderse la ocasión de disfrutar de un montón de horas metida en la cama con ese dios del sexo, que la tenía absolutamente loca.

—Y yo veo boda, nena. Pero es que lo veo tan claro, que voy a ir encargándome un traje... — le dijo su madre, en cuanto le contó que iba a pasar el fin de semana a solas con Liam.

—No tenía que haberte dicho nada, mamá. Liam y yo somos solo...

—Novios. ¿Qué vais a ser? —replicó la madre porque aquello era más que obvio.

—Mamá, eso está pasadísimo de moda. Liam y yo estamos a gusto juntos, nos lo pasamos bien y ya está. No nos complicamos la vida.

—Sí, eso mismo decía tu hermana y ahora mírala: ¡está requetecasada con Harry!

—Ya, bueno, pero nosotros somos distintos. Liam y yo pasamos de esas convenciones sociales.

—Tiempo al tiempo, tesoro... Y disfruta mucho de tu fin de semana... ¿Adónde vais a ir? No me lo has dicho...

Elsa se mordió los carrillos para no echarse a reír, porque no pensaba salir de la cama de ese hombre durante todo el fin de semana.

Ese era su plan.

Pero no se lo iba a decir a su madre...

—Es que es una sorpresa. Pero, tú tranquila que voy a estar bien.

—¿Bien? Hija, con ese pedazo de hombre vas a estar en la gloria.

Elsa se ruborizó como una pava porque su madre tenía unas salidas que la dejaban siempre a cuadros:

—Mamá, por favor...

—Digo lo que pienso, dudo que os vayáis a pasar el fin de semana en camitas separadas... ¿O no?

Elsa cogió la maleta donde había metido unas mudas y poco más, porque para lo que iban a pisar la calle, luego dio un beso a su madre en la mejilla y le dijo:

—Mamá, me da un corte tremendo hablar de estos temas contigo.

—Ya, sí, bueno, pero tú disfruta y aprovecha mucho, antes de la boda. Que luego vienen los

críos y demás y ya no se tiene tiempo de nada.

—Jajajajaja. ¡Mamá, por Dios! ¿Nos ves con niños y todo?

—Sí, claro es lo más normal. Y Killiam estará encantado con tener hermanitos.

—Me voy antes de que sigas con tus inventos...

Y tras despedirse de sus padres, Elsa se instaló en el apartamento de Liam de donde por supuesto que no salieron de la cama más que para lo estrictamente necesario.

Como cuando el domingo por la noche, se levantaron para zamparse unas pizzas que habían pedido, tumbados frente a la chimenea:

—¿Sabes que me propusieron ir a la excursión a la nieve con el colegio? —le comentó Elsa, despeluchada y feliz.

Liam la miró y pensó que no podía estar más preciosa, con el pelo revuelto, ni una gota de maquillaje y su camisa de rayas puesta encima.

Le quedaba enorme... pero de un *sexy* que no tenía más que mirarla para erotizarse otra vez.

Él también solo llevaba puesta una camisa, cosa que hizo que la vista de Elsa se fuera derecha a la abultada parte de la anatomía de ese hombre:

—Lo siento, Elsa. Es que te miro y mi polla...

—Ya veo, ya. Y no digas esas palabras que ya sabes que me pongo...

Liam se fijó en los pezones disparados de Elsa, se lamió los labios con la de la lengua y confesó:

—Me encanta que te excites así... Y yo también no sabes cuánto me alegro de que no hayas ido a esa excursión.

—Me lo propuso Thomas, el profesor de gimnasia, y el instructor de esquí de los chicos...

—Ese Thomas me fulmina con la mirada cada vez que me ve. Le caigo fatal y creo saber la razón.

Elsa no quiso delatar a su amigo, por lo que prefirió preguntar a Liam con suma curiosidad:

—¿Cuál?

—Está enamorado de ti. Y se huele que entre tú y yo hay algo. Por eso me detesta.

Elsa dio un buen mordisco a la pizza barbacoa, negó con la cabeza y replicó:

—¿Thomas? ¡Qué va! Thomas tiene a todas las profesoras del colegio locas de amor por él. Y él pasa de todas...

—De todas menos de ti.

—Que no, de verdad. Te equivocas. Él y yo solo somos amigos.

—Tú le ves como un amigo, pero él me temo que no. Por eso, me odia...

Llegados a ese punto, Elsa creyó conveniente aclararle algo:

—A ver, no es que te odie, es que al principio yo le contaba todas las cosas que me decías, lo borde que eres conmigo y demás... Y te cogió algo de manía...

—¿Algo solo?

—Bueno, bastante manía, pero porque es mi amigo. Y no quiere que nadie me haga daño...

Liam dio un sorbo a su copa de vino y le preguntó muy serio:

—¿A ti te gusta ese chico?

—Me parece un tío muy atractivo, pero nada más. ¿Y para qué demonios me haces esa pregunta? ¿Estás celoso?

—Siempre que os he visto juntos he pensado que se nota a la legua que hay mucha complicidad entre vosotros. Pero él te mira con ojos que no son de amistad.

—No creo, de verdad. Yo no debo ser su tipo. Él es muy deportista y yo mira cómo tengo el

cuerpo...

Liam le lanzó una mirada de infinito deseo y dijo con un tono de voz que no podía ser más *sexy*:

—Tienes un cuerpo precioso.

—Gracias, Liam. Pero seamos honestos, yo no tengo el cuerpo trabajado como tú o como él. Monto en bici, doy largos paseos, pero no soy una chica fitness...

—Tú eres una diosa y no repliques más...

Y tras decir esto, Liam se llevó otro trozo de pizza a la boca, pero se dobló la porción y acabó con la nariz manchada de tomate.

Y Elsa al verle, no pudo evitar partirse de risa...

—Jajajajajajaja. ¡Pareces un payaso, señor Byrne! Jajajajajajajaja.

Liam se miró en el espejo que tenía enfrente y soltó una carcajada contagiado de la risa de esa mujer que estaba volviendo del revés su mundo.

—¡Soy el payaso Byrne! ¿Cómo están ustedes? —canturreó fingiendo la voz de un payasete.

Elsa llorando de la risa, cogió una servilleta de papel, se la tendió y respondió:

—Pues estamos partiéndonos el culo de la risa, señor Payaso... Jajajajaja.

Liam tomó la servilleta, se limpió la nariz y sin parar de reír, le confesó:

—Gracias por hacerme reír, Elsa. Hacía tanto que no me doblaba de la risa, que pienso que a lo mejor lo mío tiene remedio y voy a poder volver a ser, aunque sea ratos, el que tío que era...

—No sé cómo eras antes, Liam. Lo único que sé es que admiro al tío que tengo enfrente...

—Yo sí que te admiro, te admiro tanto que tengo una sorpresa para ti.

Elsa bebió un poco de vino, cogió otra porción de pizza y preguntó convencida de que ese hombre le había comprado un juguetito sexual:

—Estoy deseando probarla...

Liam la miró con una cara de diablo tremenda, negó con la cabeza y replicó:

—Esa es mi chica, abierta y entregada al placer... Pero la sorpresa no es de ese tipo, aunque te prometo que te voy a comprar algo que sé que te va a derretir de placer.

—Vale... Estaré encantada de probarlo. Y ahora dime ¿de qué tipo de sorpresa estamos hablando? —preguntó tras mordisquear la porción pizza.

—De que tengo un amigo que tiene una fundación y todos los años organiza una gala benéfica por Navidad. Este año había contratado a un pianista checo muy bueno, pero resulta que ha tenido un accidente casero y no va a poder volar por esas fechas a Nueva York. Entonces, a mí se me ha ocurrido que tú...

Elsa se puso rígida de repente y, negando con la cabeza y agitando lo que le quedaba de pizza al aire, replicó rotunda:

—No, Liam. Ya sé por dónde vas, pero no... ¿Cómo pretendes que sustituya a un concertista profesional y virtuoso?

—Porque te escuché tocar a Chopin aquella noche y tú eres otra virtuosa. Así que, aprovecha esta oportunidad y haznos por Navidad el regalo de que te escuchemos...

—¿El mismo día 25 de diciembre? —preguntó muerta de los nervios.

—Sí. Nosotros siempre acudimos a esa cita... La fundación de mi amigo se dedica a construir escuelas en África y está haciendo una labor magnífica.

—Qué bueno. Pero entonces, ¿la gente paga para asistir a ese concierto?

—La entrada cuesta 500 dólares, al concierto suele asistir la flor y nata de Manhattan... Pero yo no acudo porque sea una cita obligada. Ya sabes que paso de esas convenciones sociales.

Acudo porque he visto *in situ* lo que mi amigo está haciendo por esos niños y merece todo nuestro apoyo.

Elsa admiraba la faceta altruista de Liam, pero ella tenía muy claro que no iba a aceptar la propuesta:

—Me parece genial la labor de tu amigo. Pero yo no creo que sea la persona ideal para suplir al concertista checo. ¡Yo no soy nadie! No tengo ningún poder de convocatoria. Una causa tan maravillosa como la de tu amigo, merece a un artista talentoso y brillante. Y no yo, que apenas aporreo las teclas del piano...

Liam le retiró la copa y la pizza, la abrazó con fuerza y luego le dijo clavándole su mirada de hombre que siempre conseguía lo que se proponía:

—Eres una pianista muy buena, Elsa. Y el mundo tiene que conocer tu talento. Ya no es tiempo de esconderse. Tuviste una mala experiencia, sufriste un calvario tremendo, pero no debes permitir que ese ex tuyo condicione el resto de tu existencia. Dios te dio un don y tienes la obligación de desarrollarlo y potenciarlo. Olvídate de los miedos, olvídate de las tonterías que ese tío te metió en la cabeza y céntrate en lo importante. Tú don, tu talento, tus ganas... Has nacido para la música, preciosa. Y sé que vas a realizarte completamente cuando vuelvas a subirte a un escenario.

Elsa, sintiendo una ansiedad tremenda, le preguntó porque lo que acababa de escuchar no le había gustado para nada:

—¿Estás insinuando que soy una mujer frustrada?

—Eres una docente maravillosa, pero tu vocación es ser concertista. Créeme, Elsa, yo te vi tocar aquella noche, te escuché, y fue tan mágico que es una pena que el mundo se pierda todo lo que puedes dar.

Elsa con los ojos llenos de lágrimas, confesó abrazándose fuerte a él:

—Joder, Liam, tengo tanto miedo...

Ella apoyó la cabeza en el pecho firme y duro de ese hombre, que le acarició el cabello y le dijo:

—Va a salir todo bien, preciosa. Te lo prometo. Y puedes ensayar aquí, en casa...

Elsa levantó la cabeza para recordarle a Liam que...

—Pero Killiam tiene que practicar y...

—Él tocará el Boston y tú tocarás el Steinway&Sons...

Elsa le miró alucinada porque sabía lo que significaba ese piano para Liam:

—No puedo, Liam. Es el piano de Miranda y tú...

Liam la agarró de la mano, la acarició el dorso con el pulgar y confesó:

—Miranda tocaba el piano por placer... Su vocación era ser cardióloga como su madre, y en ello estaba cuando pasó lo que pasó. Era una estudiante de Medicina brillante y se relajaba tocando el piano. Cuando se vino a vivir conmigo lo echaba mucho de menos. Y yo le juré que le compraría el mejor. Como así fue... No imaginas lo duro que trabajé para darle lo mejor, para demostrarle a su familia que podían confiar en mí, que iba a darle una buena vida a su hija. Y tuve muchísima suerte, porque con apenas veinte años, me forré con el software financiero que desarrollé y le compré el piano a Miranda...

—Sus padres se quedarían alucinados...

—Qué va. Estaban convencidos de que solo había sido un golpe de suerte y de que iba a dilapidar lo ganado en tres meses. Nunca confiaron en mí y eso a Miranda le reconcomía por dentro. Nunca me lo dijo. Siempre disimuló y me aseguró que todo se arreglaría. Pero nunca se

solucionó la situación. Ellos nunca me aceptaron. Y el día del entierro, fui muy duro con sus padres. Les reproché que le hubieran amargado a su hija los últimos años de vida y les juré que jamás volverían a ver a su nieto.

Elsa sintiendo una pena tremenda se llevó la mano al pecho y musitó:

—Qué momento más difícil...

—Estaba roto de dolor. Pero no me arrepiento de mis palabras. Detesto a los Ramsay...

—¿Killiam no conoce a sus abuelos?

—El padre murió al año de que Miranda lo hiciera... Estaba enfermo y la pérdida de su hija agravó aún más la enfermedad. Y su madre, intentó contactar conmigo muchas veces hasta que le dije que no me tocara más las pelotas, que como intentara acercarse a mi hijo iba a destrozarle la vida. Y ya no he vuelto a saber más de ella...

Elsa conmovida con lo que le estaba contando murmuró:

—Madre mía.

—Sé que estás pensando que fui muy duro, pero tenía que proteger a mi hijo, Elsa. No quiero que los Ramsay hagan pasar a Killiam por el mismo tormento que pasó Miranda. Son gente clasista, altanera, soberbia y prepotente de la que mi hijo no va aprender nada bueno.

—Pero esa señora es su abuela...

Liam apretó las mandíbulas, se le nubló la mirada y replicó con el semblante muy serio:

—No quiero que mi hijo crezca con gente tóxica. ¿Estamos?

Luego, se puso de pie, tiró de la mano de Elsa para que se levantara también y ella musitó:

—A ver quién te replica algo cuando te pones así...

—No soy un tirano, Elsa. Solo soy un padre que quiere lo mejor para su hijo. Y no sé si lo hago bien o mal, pero...

—Eres un gran padre, Liam. Eso ni lo cuestionas. Y un gran hombre. Eso que llamas suerte, no es más que tesón y talento puro y duro. Te admiro tanto, señor Byrne.

—No es para tanto... Solo trabajo como una bestia. Como la Bestia Byrne que soy... Y ahora... Ven, déjeme que te muestre el piano... —dijo cogiéndola de la mano.

Elsa, nerviosa, se mordió los labios y farfulló apretando fuerte la mano de Liam:

—Yo no sé si debo...

—Claro que debes. Ese piano lleva demasiado tiempo callado y ya es hora de que vuelva a sonar. Es más, sé que Miranda estará encantada de que así sea... Ven, preciosa...

Capítulo 13

Elsa con sumo respeto se sentó frente a esa maravilla de piano y, con los ojos llenos de lágrimas, miró a Liam...

—¿De verdad que quieres que lo haga?

Liam se sentó en la otra punta del salón, en un sofá de cuero de color café, la miró y respondió convencido:

—Toca para mí, Elsa.

Elsa respiró hondo, dos lágrimas corrieron por su rostro de la tensión y musitó desbordada por tantas emociones:

—No sé si podré, Liam.

—Claro que puedes. Solo tienes que dejarte llevar, como haces cuando nos amamos... Entrégate igual. Con la misma pasión y la fuerza... Tú sabes hacerlo, Elsa. Toca para mí... Ámame con la música... Llena la sala de notas, envuélveme con ellas y llévame muy lejos... Como haces con tus besos, hazlo, pequeña... No tengas miedo...

Elsa se apartó las lágrimas con el dorso de la mano, cerró los ojos y colocó los dedos sobre las teclas del piano, pensando exactamente en lo que Liam le había dicho.

Iba a hacer música para él, para tocarlo, para acariciarlo, para estremecerlo, para llevarlo muy lejos...

Y así, llevada por esa emoción y por las ganas que tenía de amar otra vez a ese hombre que siempre le hacía descubrir que con él no había límites, comenzó a tocar las primeras notas de su canción.

De la de él y de la de ella...

Y aquello sonó tan perfecto, tan mágico y tan divino, que Liam rompió a llorar como no lo había hecho en todos esos años.

Lloró por el amor que sintió por una mujer que le dio lo mejor que tenía, lloró por el duelo largo y duro que tuvo que hacer y lloró porque ahora la vida le daba el regalo de Elsa.

Y era tal la emoción que le embargó, que tuvo que llevarse la mano a la boca para soportarlo, se mordió fuerte los nudillos y cerró los ojos.

Entonces, miles de imágenes asaltaron su mente...

El primer beso con Miranda, la primera noche juntos, las risas, las fiestas, las noches en vela de estudio...

Y luego, la feliz noticia de la llegada de Killiam...

Su tesoro, su vida entera...

Y después el vacío más absoluto...

La vida sin Miranda...

De solo recordarlo, Liam sintió una punzada de dolor en el estómago que le hizo abrir los ojos.

Y ahí estaba ella.

Elsa.

Tocando para él, bañada en lágrimas, y disipando de un plumazo esa angustia, ese vértigo y esa tristeza.

Porque solo tenía que mirarla para sentir algo muy profundo, algo que le invadía de paz, de equilibrio, de armonía...

Algo que se parecía demasiado al amor...

Y que estaba ahí, para devolverle a la vida, para darle esperanza, sosiego, quietud...

Y ganas, siempre ganas... Y es que la deseaba tanto que en ese mismo instante ya estaba anhelando arrebatarse la camisa y hacérselo ahí mismo.

Y cuando estaba con esos pensamientos, Elsa abrió los ojos, le miró y así acabó de tocar la canción con todo el sentimiento y la fuerza que llevaba dentro.

Interpretando como mejor sabía para tocar el corazón de ese hombre que la miraba como nadie lo había hecho, ese hombre que había logrado lo que era impensable.

Había vuelto a la música...

Había vuelto a su esencia...

¿Pero sería capaz de hacer lo mismo ante muchísimas personas que iban a pagar un pastón por verla actuar?

Elsa se mordió los labios y, cuando el miedo estaba a punto de asolarla otra vez, él la sonrió...

La sonrió de una forma tan dulce, tan auténtica, tan sincera que logró espantar hasta el último de los fantasmas.

Y así terminó la canción...

Liam entonces se levantó, se situó a su espalda y la abrazó con fuerza.

Y ella estremecida... rompió a llorar como una niña.

Luego, él la giró, le besó las lágrimas y le devoró la boca con una fiereza salvaje.

—Eres maravillosa, Elsa. Haces magia con tu música... —musitó con los labios pegados a los de ella.

Elsa sonrió y se abrazó muy fuerte, reprimiendo las ganas que tenía de decirle a ese hombre que le quería.

Porque es lo que estaba sintiendo en ese momento...

Porque era lo que latía en su pecho...

Porque no podía sentir otra cosa hacia él después de todo lo que estaba haciendo por ella.

Le estaba devolviendo la seguridad, la confianza, gracias a él estaba volviendo a confiar...

Como para no quererle...

Pero no era el momento de hacerle semejante confesión...

Era demasiado pronto...

Aunque bien pensado, a lo mejor ese momento no llegaba nunca, porque el corazón de Liam pertenecía a Miranda...

Así que mejor callar... y musitar un lánguido:

—Gracias, Liam. De todo corazón.

Él la miró con el corazón rugiéndole en el pecho, la cogió en volandas y la llevó hasta el dormitorio donde la dejó sobre la cama.

Después, le arrebató la camisa, él hizo lo mismo, se enfundó un condón que tenía sobre la mesilla y se hundió hasta el fondo, arrancándole un gemido.

—Me ha llegado tanto tu música, Elsa...

—Tocar para ti es fácil...

—En Navidad tocarás para mí. Qué importa que haya más personas. Da lo mismo. Lo

importante es que estaremos tú y yo.

Liam entonces se salió y volvió a entrar duro y exigente, provocando que ella le arañara la espalda con sus uñas.

—Dios, Liam... Cómo te siento... Me llenas por completo...

Y no solo se estaba refiriendo al mero acto sexual, es que Liam también la estaba llenando como persona.

Porque Liam además de gruñón, era una persona maravillosa que estaba ayudándola como nadie a superar sus miedos.

—Necesito que me sientas así. Ábrete para mí. Déjame que te colme otra vez...

Elsa tenía tantas ganas de darle lo que le pedía, que le suplicó temblando de deseo...

—Hazlo, pero creo que ya estoy preparada para ir un poco más allá...

Elsa se refería a que habían estado jugando con dildos anales y se sentía lista para ir hasta el final...

—¿Te apetece?

Elsa asintió, él la besó en la boca con verdadera lujuria y luego tras penetrarla y hacerla gemir de puro placer, se salió y abrió el cajón de la mesilla de noche para sacar un tubo de lubricante.

Luego, la agarró de las caderas, ella se puso a cuatro patas, y le ofreció sus nalgas que él acarició, palmoteó y después tras verter un generoso chorro de lubricante introdujo un dedo...

Y, como habían estado trabajando la zona, al poco hundió otro dedo más y Elsa arqueó la espalda derretida de gusto.

—Sigue, Liam, sigue... Aunque te prefiero a ti... Házme. Necesito sentirte a ti...

Liam se quitó el condón, se puso otro y tras poner más lubricante colocó la punta en la estrechez y empujó hasta la mitad.

Elsa al sentir esa tremenda invasión, creyó que no iba a ser capaz de pasar de ahí...

Se había equivocado, sentía que podía, que estaba preparada, pero una cosa eran los juguetes y otra Liam...

—¿Estás bien? —le preguntó, mientras deslizaba una mano hasta el clítoris y comenzaba a estimularla.

Elsa cerró los ojos, se concentró en esas caricias, tan sutiles, tan certeras, tan intensas y poco a poco su cuerpo cedió lo justo como para que sintiera que sí que podía continuar con aquello.

—Ahora sí...

Liam llevó la otra mano a los pezones duros, les dio unos tironcitos y masculló mientras empezaba a penetrarla suave y lento... Muy despacio, y sin demasiada profundidad...

—Estás muy dilatada. Siente, Elsa. Solo siente. Ábrete para mí y déjate llevar por las sensaciones...

Elsa lo hizo y se concentró en esas caricias en su sexo que la estaban llevando al séptimo cielo y a todo lo que estaba sintiendo en su estrechez que poco a poco iba abriéndose más para él.

Porque quería dárselo, quería entregarse, quería sentirlo por todas partes... Llenarse de él por completo...

Y así, después de estar amándose de esa forma durante un rato, Elsa le pidió que aumentara el ritmo...

—Dame más, Liam. Quiero más...

—¿De verdad que lo deseas? No hay necesidad de forzar nada...

—Quiero que lo hagas, Liam... Fóllame duro. Te lo ruego...

Liam al escuchar esa súplica, se excitó tanto que la agarró del pelo, tiró un poco de la melena y

se clavó enteró...

Elsa gritó, levantó la cabeza y se concentró más todavía en sentir, en dejarse invadir por esas sensaciones que estaban ya más allá de todos los límites.

Porque era algo tan intenso y tan profundo, era algo tan íntimo, tan excitante y tan fuerte, que estaba más allá del dolor o del placer.

Era algo que no había conocido jamás y necesitaba llegar hasta el final...

—Estoy dentro de ti, Elsa. Entero. ¿Quieres seguir?

—Por favor, Liam... Sigue...

Liam le soltó la melena, la agarró fuerte de la cadera con una mano y con la otra le dio un pellizquito sutil en el clítoris.

Elsa desbordada por las sensaciones, gritó otra vez, y él comenzó a penetrarla, a entrar y salir de ella, lento y profundo, dándole algo que ella no podía ya ni describir.

Jadeaba, gritaba, gemía... Pedía más y más. Y Liam se lo daba, cada vez más duro, más intenso, más contundente...

Elsa aceptaba, tomaba, se dejaba llevar por las sensaciones que no quería que acabaran. Y al igual que había pasado con la música, de repente todo se llenó de ellos, de sus ganas, de su deseo, de su pasión y se creó tal atmósfera de complicidad y magia, que cuando él sintió que ya iba a estallar, la estimuló el clítoris con el pulgar...

Lo justo, un par de toques sutiles, que hicieron que no solo ella explotara, sino que él fuera detrás derramándose entero.

Acto seguido, cayeron desplomados sobre el cochón, saciados, exhaustos y con la misma sensación de que aquello no había sido solo sexo.

Porque la fusión había sido tan intensa, tan íntima y tan auténtica que los dos habían llegado a sentir el mismo vértigo.

Y es que, a todas luces, lo que había empezado como un deseo sin más, incontrolable y salvaje, se estaban transformando en algo a lo que no se atrevían a poner nombre...

—Ha sido perfecto. Eres perfecta —le dijo Liam, acariciándole la espalda.

—Eres tú, que consigues que siempre sea mejor.

—Yo no hago otra cosa más que darme, entregarme a ti... Porque no deseo hacer otra cosa...

Elsa le besó en los labios, suspiró y se abrazó a ese hombre que siempre lograba que se sintiera plena:

—Ni yo. Lo de esta noche no lo voy a olvidar nunca. Esa canción al piano y luego esta preciosa primera vez...

—Ha sido maravilloso, gracias por regalarme esta noche. Que no pienso olvidar jamás. Y por favor, quiero que prepares tu concierto en ese piano, si es que decides aceptar... No quiero presionarte.

Elsa apoyó la cabeza en el pecho de Liam y, se sentía tan bien, que confesó:

—Estoy tan pletórica ahora mismo que siento que estoy preparada hasta para hacer una gira por el mundo entero. La euforia del orgasmo... Pero cuando pase, volveré a ser yo, la chica que tiene pánico escénico...

—Ya no eres esa chica, Elsa. No lo eres.

Liam se lo dijo con tal convicción que resultaba difícil no creerle, además él estaba en lo cierto. Últimamente las cosas habían cambiado tanto que ya no era esa chica... Para nada...

—He ganado en confianza en mí misma, reconozco que ahora creo más en mí, y tú eres muy culpable de que me esté pasando esto.

—Yo no hago nada. Eres tú, con tu fuerza, tu perseverancia y determinación.

—Madre mía, Liam, gracias por confiar tanto en mí, por apoyarme tanto... Me das tanta fuerza, me inspiras tanto que creo que he recuperado algo que había perdido: las malditas ganas de luchar.

—Eres una luchadora, preciosa. Nunca has dejado de serlo...

—Tengo miedo, no te lo voy a negar, pero voy a pelear, Liam. Y si todo sale fatal y me da otro ataque el día de la actuación... Al menos, lo habré intentado... Quien lo intenta, jamás pierde...

—Pero es que no va a salir fatal. Yo sé que esa noche vas a tocar para mí y va a ser perfecto. Ya lo verás. Recuerda mis palabras de este día...

Elsa suspiró y solo pudo susurrar:

—Ojalá...

Capítulo 14

Elsa estuvo preparando su concierto a conciencia y no solo tenía el apoyo del señor Byrne, sino que como no podía ser menos también contaba con Killiam que no paró de animarla y decirle que era la mejor:

—No soy la mejor, pero sé que me lo dices con cariño... —le dijo una vez más al niño, un día antes de la Nochebuena.

—No me voy a cansar de decírtelo. Tocas como los dioses...

—Con que toque, me conformo —musitó Elsa que a dos días del concierto estaba de los nervios.

—Vas a tocar y va a ser genial. Lo vamos a disfrutar todos, muchísimo.

Elsa le miró, porque ese “todos” le sonó rarísimo:

—¿Cómo que todos? Tú y tu padre, querrás decir...

—Y más gente, pero no me tires de la lengua, Elsi.

Elsa se revolvió en su asiento, frente al maravilloso piano Steinway&Sons y le exigió frunciendo el ceño:

—Te voy a tirar porque estoy atacada... Habla. Necesito saberlo... ¿A quién demonios ha invitado tu padre? Ay Dios mío, ¡me va a dar algo!

—Tranquila, a ver si te piensas que ha invitado al presidente o a figuras importantes de la vida social...

—Uf. ¡Solo me faltaba eso!

—Por lo que sé, pero no me delates, Elsi, que mi padre me va a dejar castigado hasta que me salga barba blanca, ha invitado a Kelly y a Harry, que van a venir desde las Bermudas para verte y a tus padres.

—¡No me lo puedo creer! ¡Menudas dos traidoras mi madre y mi hermana! ¿Te puedes creer que hablo a diario con ellas y no me han dicho absolutamente nada?

—Kelly y Harry van a pasar las Navidades con vosotros. Papá es que es muy amigo de Harry...

—Lo sé. Y Kelly es la hermana más traidora que podía haber tenido...

—No digas esas cosas, Elsi. Te quieren y solo desean estar a tu lado en un día tan bonito. Como papá y yo, que también te queremos...

Elsa se emocionó al escuchar las palabras de Killiam y replicó convencida:

—Y yo os adoro a vosotros.

—Ya, pero a mí no me quieres como a mi padre. Porque tú le quieres como un novio... ¿O no?

Elsa se mordió los labios, se encogió de hombros y solo pudo responder:

—No somos novios.

—¿Es tu *crush*? —replicó Killiam divertido.

—Tu padre puede ser el *crush* de cualquiera, es guapo, inteligente, trabajador, noble, generoso...

—Ya, pero papi solo tiene ojos para ti —dijo Killiam con una sonrisa enorme.

—Como tu padre nos escuchara teniendo esta conversación...

—¿Me va a castigar por decir la verdad? Pero si es que cuando estás en casa no mira ni a la tele. Solo está pendiente de ti, de todo lo que haces, de lo que dices, de lo que miras... Se queda como totili... Y yo sé lo que es eso porque me pasa con Sue... ¡Me quedo gilipollas cuando la veo!

Elsa tuvo que contener la risa mordiéndose los carrillos y luego le exigió al niño:

—Killiam Byrne, cuida esa boca, por favor. Nada de palabras feas.

—No es una palabra fea, es una definición exacta de cómo me siento. Y a papá le sucede igual... Lo que pasa es que es un poco cortito... Me da que como no le empujes, no se te va a declarar.

Elsa se echó a reír, porque lo de Killiam no podía ser más gracioso. ¿Cómo un mocoso podía estar haciendo de celestino?

—Tu padre y yo somos amigos. Y no es poco, si tenemos en cuenta de dónde partíamos.

—Jajajajaja. ¿Amigos? ¡Pero si os he pillado dándoos unos morreos cuando os despedís que lo flipas!

Elsa se puso roja como un tomate, porque era verdad que cuando se marchaba de casa cada día, ya no podían controlar más sus impulsos y se devoraban como si no hubiera un mañana.

—¡Qué vergüenza! Es que no sé ni qué decir...

—Jajajajaja. Lo único que tienes que decir es: ¡Liam, cómprame un anillo y déjate de rollos! —exclamó Killiam, muerto de risa.

—Calla, por Dios... ¡Eres un liante, jovencito!

—Solo quiero asegurarme de que mi padre no me trae a más señoras como Fiona. Yo te quiero a ti. Y tiene que aceptarlo. O tú o ninguna —habló Killiam muy serio, cruzándose de brazos.

—¿Pero tú dónde has visto que el hijo elija la novia al padre?

—Me importa un pepinillo. Yo sé lo que quiero. Y yo te quiero a ti. No creo que sea tan complicado de entender. Además, él está pilladísimo por ti... Lo sé porque ahora se pasa el día con una sonrisa tonta en los labios y todo el día canturrea canciones de amor... ¿Tú no has notado que ya no es tan ogro como antes? Ya no se enfada por cualquier tontería, ni se pasa el tiempo con exigencias absurdas. Ya no es tan estricto, ni tan plasta... Es otro señor...

Elsa claro que había notado que Liam estaba más relajado, es que hasta el semblante era diferente. Ya no tenía permanentemente ese rictus serio y grave, ese ceño fruncido, esas mandíbulas apretadas...

—Sí que está cambiado... Pero...

—A ti te gusta. Yo lo sé, porque también he visto las chispas en tus ojos cuando papá llega a casa.

—Tú vas a acabar siendo escritor... Pero ¿cómo puedes estar pendiente de esas cosas?

—Escritor de romántica... Jajajajaja. Con la que me tenéis liada en casa, con este romance vuestro que no acaba de estallar... Uf. Me estáis dando material para escribir miles de historias.

—No tenemos un romance al uso —repuso Elsa, negando con la cabeza.

—Es un romance moderno. La gente de hoy es así... Como vosotros. Pero vamos, se acaban casando igual y teniendo hijos... A mí no me importaría tener hermanos... No te preocupes que seré un buen ejemplo, delante de ellos no diré palabrotas, ni pegaré el chicle debajo del piano...

—confesó muerto de risa.

Elsa abrió los ojos como platos y replicó escandalizada:

—¿Qué haces qué con los chicles?

—Jajajajajaja. ¡Es broma, Elsi! Tranquila...

Y de repente, entró Dingo en la sala, moviendo el rabo, muy contento, como si también le hubiera hecho mucha gracia la broma:

—¡Qué gracia os hace! En cambio, yo estoy de los nervios, entre el concierto y esta conversación que estamos teniendo...

—Es normal, solo de pensar en que vas a pasar el resto de tu vida con mi padre, es como para ponerse histérica. Pero ya te digo que está cambiando, que desde que estás aquí es mucho menos arisco... Se nos está volviendo más gato viejo, así como más tierno y cariñoso...

—Mi gato de viejo era más arisco y más suyo que nunca. No sé de qué gatos me estás hablando, Killiam —repuso Elsa, divertida.

—Ni yo tampoco, pero...

Killiam no pudo decir nada más, porque de repente para sorpresa de ambos apareció el señor Byrne en la sala...

—Buenas tardes, ¿estáis hablando de gatos?

—Papi, ¿qué haces en casa a las siete de la tarde? ¿Tienes fiebre? —preguntó extrañado.

Dingo saltó luego encima de su dueño, Liam le hizo unas cuantas fiestas, después besó a su hijo en la mejilla y a Elsa también... bueno, aunque el de Elsa acabó en los labios...

—Vengo de hacer unas compras... —se justificó Liam, convencido de que Killiam no se ha percatado del beso.

—Y estás tan contento que has besado a Elsi en los labios —dijo Killiam como si tal cosa.

Liam miró a su hijo intentando ponerse serio, pero la verdad era que estaba que se partía de risa:

—Killiam Byrne puedo aceptar cualquier cosa, menos tener un hijo chismoso. ¿Estamos?

—Yo no soy chismoso. Solo comento lo que veo.

—Cierra el pico. O te quedarás castigado hasta que...

—Se me pongan canosas las cejas. Ya. Bueno, pero el caso es que ha habido beso —replicó Killiam frotándose las manos.

Liam apuntó a su hijo con el dedo índice y le recordó frunciendo el ceño:

—Aquí solo hay una tocapelotas oficial. No dos. Así que no quiero escuchar ninguna impertinencia más. Y en cuanto a mis compras... Toma. Son para ti...

Liam le tendió las dos bolsas que llevaba a Elsa y ella se quedó perpleja porque no esperaba ningún regalo.

—¿Y esto?

—Tómalo como un regalo adelantado de Navidad —dijo el señor Byrne.

Si bien, Killiam que no se callaba ni debajo del agua, replicó a su padre:

—Que lo tome como un regalo sin más. Porque para Navidad tendrá otros regalos en nuestro árbol. Elsi es una más de la familia...

Elsa sintió tal vuelvo al corazón cuando escuchó a Killiam decir eso, que le tendió la mano y le dijo muy cariñosa:

—Mi Killiam.

—Mi Elsi. Te adoro, y encima soy como tú. Tocapelotas y dicharachero. ¿Por qué no me adoptas y nos vamos bien lejos de este ogro?

El señor Byrne se llevó la mano a la cara, haciéndose el ofendido, pero realmente estaba que se moría de risa. Y luego, mordiéndose los labios para fingirse serio, repuso:

—Oye, pues yo me iba a quedar bien a gusto, sin escuchar vuestros pianos a todas horas.

—Sí, seguro, ¡pues anda que no te ibas a aburrir sin nosotros!

—Killiam Byrne te estás pasando ochenta pueblos. No sé cómo voy a tener que decírtelo ya: punto en boca. ¿Estamos? Elsa, por favor, mira lo que te he comprado...

—De parte de los dos. Porque yo también estoy en el ajo —apuntó Killiam que eso de ponerse puntos en la boca como que no iba con él.

—Pero es que no teníais que comprarme nada. No sé por qué os habéis molestado...

Y mientras hablaba, sacaba de una de las bolsas un vestido largo de tafetán de Carolina Herrera de color azul Klein que dejó a Elsa estupefacta:

—¡Es el vestido que vimos en la revista, Elsi! ¡El que dijiste que era un sueño! —le recordó Killiam, que estaba eufórico por hacer feliz a su profesora—. Y ahora abre lo otro que vas a flipar...

—¡Te quieres callar, hijo! Me estás poniendo de los nervios... —le exigió su padre.

—De los nervios estoy yo —musitó Elsa.

—Tranquila. Nos hemos tomado el atrevimiento de comprarte un par de cosas para que luzcas en la gala benéfica. Ya verás cómo te dan mucha suerte y sale todo a pedir de boca —le aseguró Liam.

—Más que el atrevimiento, yo me he pasado toda la semana enseñándote revistas para saber qué era lo que más te flipaba... Y he ido con el chivatazo a mi padre que ha ejecutado mi plan. Quiero decir con esto que yo soy el jefe de la operación. Mi padre es un mero mandado... —confesó Killiam, encogiéndose de hombros.

—Tu padre es ese señor que, como sigas tocándole las narices, no te va a llevar mañana a patinar...

—Estamos en Navidad, papi. Es tiempo de amor y de paz. Y tú Elsi, abre de una vez la bolsa...

Elsa se levantó, dejó el vestido sobre el asiento y abrió la otra caja que contenía unos zapatos fucsias de satén de Manolo Beatnik que pusieron a Elsa al borde las lágrimas.

—Es todo tan bonito... Pero ¡no puedo aceptar esto! Es demasiado... Y yo soy una chica de gustos sencillos. Con mi vestido negro y mis zapatos de la boda, voy que chuto...

—Tú eres una princesa, Elsi. Y tienes que vestir como tal. Además, mi padre tiene pasta para aburrir. ¡Deja que gaste!

Liam ya sí que no pudo más porque el niño se le estaba subiendo completamente a las barbas y le exigió:

—¡Sal de aquí, Killiam! ¡Acabas de agotar mi paciencia!

—¿Ya?

—Ya. Pero no vayas a tu habitación. Vete a la cocina y prepara unas tortitas con nata que tengo hambre —le dijo llevándose la mano a la tripa.

—¡Y yo! *Mmmm*. Elsi, ¿te preparo a ti también? Me salen de rechupete... —hablo Killiam feliz por el castigo que le había puesto su padre.

—Oh, sí, claro. Me encantan. ¡Espera que te acompañe!

—No te preocupes, que está la señora White en la cocina... Y tú, jovencito, ¡vete, a la de ya! —le ordenó Liam, señalando la puerta.

Killiam salió canturreando de la sala y a Liam le faltó tiempo para agarrarla de la cintura, pegarla contra él y darle un beso apasionado en la boca:

—Más que un padre severo, soy un tío que se moría por besar a la chica más *sexy* de la ciudad. Elsa rodeó el cuello de Liam con los brazos y le dijo divertida:

—Killiam sabe lo nuestro. Me ha contado que nos ha pillado besándonos un montón de veces...

—¡Es un cotilla de mucho cuidado! Pero gracias a eso también hemos acertado con los regalos. Acéptalos, por favor. Es nuestra manera de decirte que estamos contigo y que todo va a salir bien. Quiero que cuando salgas al escenario, te veas con este vestido y estos zapatos y pienses que nosotros siempre vamos a estar contigo. Pase lo que pase. Somos tus incondicionales.

—Muchas gracias, Liam. Es que no tengo palabras... Lo que estáis haciendo por mí, jamás lo voy a olvidar.

—Lo hacemos encantados. No hay nada que agradecer, preciosa.

Elsa emocionada, le besó otra vez y le pidió hablando completamente en serio:

—Claro que lo hay. ¡Menudo detallazo! Y en cuanto a la actuación... Prométeme que, si me da el ataque y me quedo rígida, vas a sacarme de ahí, Liam, por favor. Sácame y llévame a un lugar donde pueda llorar a moco tendido y ponerme hasta arriba de helado de arándanos.

—Helado de arándanos... —replicó risueño—. Has hecho bien en decírmelo porque ya sabes que tengo fobia a los helados. Pero mañana a primera hora iré a por él... Y luego, nos vamos a patinar... Contamos contigo.

Elsa asintió, porque le hacía una ilusión tremenda ir a patinar con sus dos chicos preferidos.

—¡Por supuesto! No concibo la Navidad sin una mañana de patinaje al sol... Y me va venir de perlas, para aliviar un poco los nervios del día antes del concierto. Y en cuanto al helado... Gracias.

Liam sonrió, le acarició el rostro y confesó sintiendo un mariposeo enorme en el estómago:

—Hacía mucho que no me hacía ilusión la Navidad... La celebraba por Killiam... Pero desde que estás tú... Tengo ganas hasta de volver a cantar villancicos... ¡Qué me estás haciendo, señorita Taylor, que ni me reconozco!

Elsa pensó que quererle como no había querido a nadie en su vida, pero en su lugar se echó a reír y le besó como solo puede besarse a alguien a quien se ama.

Capítulo 15

Llegó el día de Navidad y Elsa no recordaba haber estado más nerviosa en su vida.

Es que no daba pie con bola y tenía un mal cuerpo que apenas pudo probar bocado del succulento asado que había preparado su madre para el almuerzo.

Pero no pasaba nada...

Porque para eso estaba su cuñado Harry que se lo estaba comiendo todo.

Elsa pensó que la verdad era que su cuñado era un encanto y además hacía muy feliz a su hermana.

No había más que verla, estaba más guapa que nunca y no podía parar de hablar de su marido:

—No me puedo creer que esté en casa con Harry... —le confesó después de comer.

Elsa se había retirado a su habitación a echarse una siesta, pero al momento entró su hermana que se moría por cotorrear un poco...

—Es tu marido. Es normal que esté pasando las Navidades contigo —le recordó Elsa.

Kelly se tumbó en la otra cama, en la que siempre había ocupado de soltera y le confesó:

—Al principio me daba cosa traerle... Él vive en una mansión de ensueño y te juro que pensaba que se iba a agobiar en esta caja de cerrillas. Pero el tío está en su salsa... ¡Le he dejado jugando a las cartas con papá! Mamá se ha echado también, pero yo necesito hablar contigo...

—Ya sé que eres asquerosamente feliz, querida hermana. Así que, si no te importa, déjame que duerma un poco que tengo una buena esta tarde...

—¡Va a salir todo genial! Tú tranquila... Todo se supera, Elsa. Mírame a mí, después de lo que me pasó con mi ex, estaba convencida de que jamás volvería a amar. Y aquí estoy, casada con un hombre al que amo con locura. Tu sueño es tocar, ser concertista, y vas a conseguirlo. Lo que pasó aquella vez fue por la presión que te metió ese cretino... Pero ahora eres mucho más fuerte, más segura y sabes perfectamente lo que quieres.

—Sí, pero estoy cagada de miedo —le confesó Elsa, con una ansiedad tremenda.

—Es normal tener miedo, pero el amor siempre es más fuerte... Toca con el corazón, Elsa. Y todo saldrá bien.

—Eso me dice Liam... —confesó clavando la vista en el techo.

Kelly se levantó de la cama y se metió en la de su hermana dándole un empujón:

—¡Cuéntamelo todo! Porque sé que hay mucho tomate entre vosotros. Mamá dice que ve boda...

—Mamá siempre ve boda. Y vuelve para tu cama... ¡No seas pelma!

—Soy pelma porque eres mi hermana y deseo que seas feliz.

—Genial. Gracias por preocuparte por mí. Y ahora ¿me puedes dejar echarme una siesta?

Kelly miró a su hermana risueña y le confesó algo...

—Harry dice que Liam está enamorado hasta las trancas de ti. Sabes que conversan a menudo, y él solo habla de ti... Por él sé que salís juntos... Tú como no cuentas nada.

—Es que no hay nada. Salimos los tres por ahí, pero vamos...

—¿Desde cuándo te acuestas con él? —preguntó Kelly muerta de risa.

Elsa, perpleja, pestañeó muy deprisa y le preguntó con un agobio tremendo:

—¿Liam va contando que se acuesta conmigo?

—Jajajajaja. O sea que sí. ¡Has picado!

—¡Bruja!

Elsa le dio la espalda a su hermana, que se levantó y volvió a su cama:

—Ya en serio. Harry dice que Liam está volviendo a ser el de antes, que le nota más tranquilo, más centrado y ¡hasta se ríe a carcajadas como antes! Y tú eres la culpable de eso... Le estás haciendo mucho bien...

Elsa se giró y, con los ojos llenos de lágrimas, le confesó a su hermana:

—Y él a mí. ¿O por qué crees que voy a actuar en ese maldito concierto? Es él que me ha devuelto las ganas de pelear por mis sueños... Pero él sigue enamorado de su esposa... Lleva a Miranda tan dentro que jamás volverá a amar a nadie.

—¿Entonces por qué no para de hablar de ti a todas horas? ¿Por qué quiere lo mejor para ti? ¿Por qué lo ha dispuesto todo para que superes tus miedos y puedas al fin liberarte?

—Porque somos amigos...

Kelly negó con la cabeza, pues estaba convencida de que su hermana no tenía razón:

—Creo que es mucho más que eso. Pero todavía no lo sabéis...

—Yo sí que lo sé —reconoció Elsa tapándose la cara con las manos y sintiéndose una auténtica pava.

—¡Toma y yo! Si no hay más que ver cómo se te ilumina la carita con solo pronunciar su nombre. ¡Te recuerdo que os vi bailando el día mi boda!

Elsa se retiró las manos de la cara y se sinceró con su hermana:

—Tenemos una atracción brutal... Y te juro que, al principio, pensé que lo nuestro iba a ser solo sexo. Y nada más. Porque se supone que yo le detestaba... Pero cada día estoy sintiendo más y más por él... Y es un tío maravilloso, Elsa... Le admiro tanto y lo que es... peor: ¡le quiero!

—¿Por qué va a ser malo querer?

—Porque amo a un hombre que entregó su corazón hace mucho tiempo a una mujer. Él ya no puede amar a nadie más...

Kelly sonrió, tendió la mano para apretar fuerte la de su hermana y le aseguró:

—No solo puede, sino que ya lo está haciendo. ¿O por qué crees que habló por ti para que actuaras en la gala? Pues por amor, Elsa... No hay otra razón...

Elsa decidió no responder nada, puesto que ya tenía bastante con los nervios del concierto, como para ponerse a pensar en su relación con Liam...

Prefirió cerrar los ojos y dormir un poco...

Aunque no lo consiguió, curiosamente no por los nervios del concierto, sino porque no podía dejar de pensar en lo que Elsa le había dicho.

¿De verdad que Liam estaba enamorada de él?

No tenía ni idea, pero a las ocho menos cuarto de la tarde, cuando justo faltaban quince minutos para que empezara su actuación, Liam se plantó en el camerino con un ramo de rosas blancas gigantesco...

—¡Madre mía, Liam! Ahora entiendo por qué Killiam no paraba de preguntarme el otro día en la pista de hielo que cuál era mi flor favorita...

—Sí, se puso de un pesado que yo no sabía dónde meterme.

Elsa cogió el ramo de flores y sonrió agradecida porque era la primera vez que alguien le hacía

un regalo así:

—Es mi primer ramo de flores. Nunca me habían regalado uno.

Elsa olió el aroma maravilloso de las flores y Liam le ayudó a dejar el ramo sobre una mesita auxiliar...

—Killiam quería entrar a saludarte, pero le he mentado. Le he dicho que no dejan pasar a más de una persona. Porque te quería toda para mí...

Liam la agarró por la cintura, la estrechó contra él y la besó en la boca con todas sus ganas...

Obviamente, se llevó toda la barra de labios, pero a Elsa le dio igual porque necesitaba los besos de ese hombre como el aire.

—Perdona, pero ya sabes qué me pasa con tus besos... Me tientan y me vuelven loco...

—Y a mí los tuyos —le dijo Elsa con los ojos chispeantes.

Y entonces, Liam, la miró serio y le dijo en un tono de voz que sonaba más que nada a orden pura y dura.

—Todo va a salir bien. ¿Estamos?

Elsa arqueó una ceja y replicó risueña...

—¡Cualquiera te dice que no!

Liam volvió a estrecharla contra su cuerpo y tras mordisquearle el cuello, le recordó:

—Tengo el helado de arándanos en la nevera que pienso coger con una cucharita y untarlo bien sobre tus pezones...

Elsa tragó saliva porque lo que menos esperaba era que Liam fuera a salir con aquello:

—¿Qué?

—Que todo va a salir tan bien, que no vas a acabar llorando, sino follando... Y el helado... Ya sabes... Pero tendremos que esperar a mañana que es cuando Killiam se va a esquiar otra vez con el colegio...

Elsa le agradeció que le hiciera reír en ese momento, porque lo necesitaba para relajarse un poco.

Ahora bien, lo que menos podía imaginar era que Liam estaba dispuesto en ir un poco más allá en su afán de reducirle la ansiedad.

Y cuál no fue su sorpresa que coló una mano por debajo de la falda, ascendió acariciando los muslos y luego introdujo un par de dedos por debajo de las braguitas.

—No me puedo creer que...

—*Shhh*. Siente, tú solo siente Elsa... —musitó mientras empezaba a estimularla.

—Dios mío, Liam. Esto es una locura...

—Que te quitará de un plumazo la ansiedad y te hará sentir mucho más segura y confiada.

—Pero para eso ya me he tomado un ansiolítico... Y cuatro tilas...

—Esto es mucho mejor. Créeme.

Elsa no pudo decir más, porque Liam empezó a estimularla con tal pericia que al poco la puso al borde del orgasmo.

—Córrete, preciosa. Quiero ver cómo sucumbes al orgasmo...

Elsa le miró, le besó en la boca, devorándosela, y él la sintió ya tan preparada que solo tuvo que presionarle el clítoris con la palma de la mano, para arrancarle un orgasmo brutal... Pero la cosa no quedó ahí, porque después, tras unos golpecitos certeros sobre el clítoris, estalló en otros dos más...

Elsa jadeante, saciada y temblando entera, se abrazó a Liam y tuvo que morderse los labios para no decirle que le amaba.

Liam por su parte la abrazó fuerte y le habló:

—Va a salir todo bien, Elsa. Solo tienes que dejarte llevar, como acabas de hacer conmigo... Saca todo lo que llevas dentro, deja que fluya y llena toda la sala con tu magia.

Elsa se quedó mirando fascinada a ese hombre por el que sentía gratitud y amor, un amor como el que jamás había sentido por nadie y musitó:

—Te agradezco todo tanto, Liam...

—No tienes nada que agradecerme. Yo solo quiero que seas feliz...

Y se marchó, tras desearle otra vez toda la suerte del mundo...

Y al momento, entró el regidor para anunciarle que faltaban dos minutos para que empezara el concierto.

Elsa se pintó a toda prisa los labios, se santiguó, rezó y salió del camerino respirando lento y profundo...

Si bien, el miedo estaba ahí, en su mente, en sus tripas, en su piel...

Porque las imágenes de aquel día fatídico de repente asaltaron su mente, porque tenía un dolor de barriga muy fuerte, y porque empezó a sudar...

Y en esas estaba, cuando en el escenario irrumpió el presentador, dio gracias a los asistentes y la presentó sin más...

El público rompió a aplaudir y Elsa creyó que iba a caerse redonda al suelo, ya que la respiración comenzó a acelerársele, el corazón a latir con fuerza y sus músculos a tensionarse de un modo horrible.

Elsa se planchó el vestido con las manos de puro nervios y luego se miró la punta de sus zapatos.

Esos zapatos maravillosos que Killiam y Liam le habían comprado para que ese día supiera que no estaba sola.

Que pasara lo que pasase, ellos siempre iban a estar ahí...

Y eso le infundió tanta fuerza, seguridad y confianza, que de repente se dio cuenta de algo...

En su corazón no había miedo. Su corazón latía con fuerza, pero estaba más vivo que nunca. Y amaba...

Amaba a ese hombre que acababa de besarla como nadie, que creía en ella y que le había empujado a que volviera a luchar por sus sueños.

Y por eso estaba ahí...

Así que respiró hondo, se santiguó otra vez, y salió al escenario donde el público de nuevo rompió en aplausos.

Ella hizo una reverencia y se percató de que en primera fila estaban ellos.

Killiam y Liam... Mirándola con tanto orgullo y amor que no pudo evitar que dos lágrimas le recorrieran el rostro.

Y es que los quería tanto, que se sentó frente al piano y sintió que la mejor manera que tenía de agradecerles lo mucho que habían hecho por ella era tocar como Liam le había aconsejado...

Y así lo hizo.

Colocó los dedos sobre el piano, cerró los ojos y se dejó llevar.

Al principio, los dedos estaban un poco tensos, pero la fuerza de su corazón, su pasión y sus ganas eran tales, que en seguida empezaron a relajarse y aquello fluyó como nunca.

Ni en el mejor de los ensayos, el piano sonó como aquella noche...

Bach, Mozart, Chopin, Debussy...

Todo fluyó a la perfección y la sala se llenó de magia, de poesía, de belleza y de amor...

Porque era el amor lo que hacía que esa noche estuviera tocando como jamás lo había hecho en su vida.

Y tocó tanto los corazones de los asistentes que cuando el repertorio acabó estallaron en aplausos de gratitud y admiración.

Elsa se puso en pie, hizo una reverencia y después buscó la mirada de él.

El hombre que había logrado el milagro de que ella hubiera vuelto a tocar, y se percató de que estaba llorando...

Elsa entonces le lanzó un beso con la mano y él se lo devolvió con un orgullo que no le cabía en el pecho.

Luego, Killiam que estaba aplaudiendo a rabiar, tuvo la feliz ocurrencia de pedirle a gritos que tocara un villancico...

Liam apoyó a su hijo y luego lo hizo el resto del público...

Elsa entonces volvió a su piano y tocó *Noche de Paz*...

Canción que todos cantaron, en esa noche perfecta.

Esa noche en la que Elsa volvió a creer y a confiar.

Y así, volvió a ser la que siempre había sido, disipó hasta el último de los fantasmas y, sobre todo, amó como nunca al hombre que al que siempre le estaría agradecida por haber creído en ella y haberle empujado a enfrentarse a sus miedos...

Capítulo 16

Al día siguiente, tal y como Liam le había prometido, después de un almuerzo muy rico que había preparado él mismo, se levantó, fue a la cocina y apareció en el salón con la tarrina de helado.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Elsa, muerta de risa.

—¿Por qué no? Yo siempre cumplo mis promesas. Túmbate en el sofá, señorita Taylor. ¡Te lo has ganado!

—Pero a mí se me había olvidado lo del helado totalmente...

—A mí no. Y me ha ayudado muchísimo a superar lo de mi fobia. No en vano, no paro de pensar en ello desde que me he despertado esta mañana con unas ganas enormes de estar contigo. Para variar... Así que túmbate, por favor... No remolonees más. Sabías muy bien que hacer una actuación brillante iba a traerte consecuencias.

Elsa le sonrió y para fascinación de Liam no solo se despojó del vestido, sino que también se liberó de la ropa interior.

Y ya desnuda, se tumbó en el sofá mientras decía:

—Soy toda tuya, señor Byrne.

Liam se puso durísimo de solo verla tirada en el sofá, esperando a recibir su merecido.

Y sin más prolegómenos, cogió un poco de helado con la cucharilla y lo colocó sobre la boca jugosa de Elsa.

Ella sintiendo que se abrasaba por dentro, lamió el helado con la punta de lengua de un modo tan *sexy* que Liam gruñó.

Luego, siguió dándole más, mientras ella se pellizcaba fuerte los pezones de lo excitada que estaba.

Y Liam al ver esos pezones tan duros, sintió que había llegado el momento de darles lo que merecían.

Cogió una porción de helado y lo repartió por ambos pezones.

Elsa arqueó la espalda al sentir el frío sobre su piel, se erotizó mucho más pero ya se volvió loca cuando Liam tomó el helado con su boca, y le mordisqueó sutilmente los pezones.

Y así siguió poniéndole helado unas cuantas veces más, mordiendo y chupando, y luego hizo lo mismo sobre el ombligo.

Y fue igualmente excitante sentir cómo la lengua ávida de ese hombre se hundía en su ombligo, implacable.

Jadeante, deseosa de mucho más, Elsa tiró de la mano de Liam para que se tumbara sobre ella, para besarlo, para morderlo, para fundirse con él, si bien él lo que hizo fue coger un poco más de helado y ponerlo sobre el pubis.

—Dios, Liam, estoy a punto de correrme... —musitó Elsa, de solo sentir el lametazo de ese hombre, que le dejó el pubis limpio de helado.

—Y te vas a correr, porque ya he terminado mi helado y ahora te quiero a ti.

Liam le abrió las piernas, hundió su lengua en el sexo de Elsa y lo devoró con tal pasión y pericia que ella sucumbió a un orgasmo maravilloso.

Luego, se quitó toda la ropa, sacó un condón de la cartera, se lo enfundó y se tumbó sobre ella hundiéndose hasta el fondo.

Elsa le arañó la espalda al sentir esa invasión y le besó dulce en los labios:

—Y me lo quería perder, Liam Byrne...

Liam le lamió los labios y comenzó a hacerle el amor, suave y lento, mientras no dejaba de perderse en su mirada, de sentir tanto que aquello era mucho más que piel.

Eran dos personas que estaban fundiéndose y que, con el orgasmo, que llegó casi al unísono, porque de la fricción Elsa estalló otra vez y con los primeros espasmos, él fue detrás, los dos sintieron perfectamente lo mismo.

Que la fusión era tan perfecta, que no solo se habían unido las pieles y los cuerpos, sino también las almas...

Si bien, fue Elsa la que ya no pudo contenerse más, y se atrevió por fin a decir lo que llevaba tiempo latiendo en su pecho:

—Te amo, Liam.

Liam sintió un vértigo tremendo, se quedó mirando a esa chica que como siempre se lo daba todo, y solo pudo besarla en los labios.

Porque, aunque su corazón estaba rugiendo, aunque estaba sintiendo demasiadas cosas, de su garganta no brotó nada.

Y se sintió tan mal, que se revolvió el pelo y se excusó con Elsa:

—Preciosa, yo...

Elsa le acarició el rostro con la mano, mirándole con un amor infinito y le susurró:

—No tienes que decir nada, Liam. Yo te he dicho que te amo porque es lo que siento. De hecho, llevo días mordiéndome las ganas de decírtelo y ya no aguanto más. Perdóname, si te ha molestado o...

Liam negó con la cabeza, la besó en los labios y replicó negando con la cabeza:

—¿Cómo me va a molestar? Eres tan dulce, Elsa. Me haces sentir tantas cosas...

—Pero tu corazón pertenece a Miranda —le interrumpió, sin que hubiera reproche ni resquemor en sus palabras.

Liam se echó a un lado, clavó la vista en el techo y mientras se tocaba la alianza con el pulgar le confesó:

—Miranda siempre estará dentro de mí. La voy a amar hasta que me muera, pero lo que me está pasando contigo no lo esperaba. Y estoy un tanto descolocado...

Elsa apoyó la cabeza en el pecho de Liam y confesó mientras él la acariciaba:

—Yo tampoco esperaba enamorarme de ti. De hecho, te detestaba tanto que me vanagloriaba de que ni, aunque fueras el último hombre de la tierra, tendría algo contigo. Y aquí me tienes: enamorada hasta las trancas de ti.

Liam sonrió, porque para él era un honor que esa chica estuviera enamorada de él.

—Pero ya no soy tan gruñón como antes. Ya no estoy tan enfadado con la vida, ya me siento mucho más a gusto en mi piel y en este mundo que es jodidamente cruel, pero en el que a veces pasan milagros como este. ¿O cómo si no puede explicarse que la chica más luminosa y dulce se enamore del tío más ogro y más gris?

—Porque el ogro tiene un corazón de oro, porque es valiente, generoso, bueno, inteligente, amoroso...

Liam frunció el ceño y le preguntó con cierta retranca porque para nada se tenía por un tío amoroso:

—¿Amoroso yo?

—Eres exigente y duro en el sexo y me encanta... Pero si vieras cómo me miras cuando toco, cuando estoy con Killiam, o cuando acabamos de hacerlo... En tu mirada hay tanta ternura que conmueve... Y perdona si te suena demasiado cursi.

Liam suspiró puesto que, aunque sonaba rematadamente cursi, era cierto lo que estaba diciendo, en esos momentos a lo que se estaba refiriendo sentía que su corazón era un bizcochito esponjoso.

—No tengo nada que perdonarte porque es cierto. Contigo he vuelto a experimentar cosas que creía que no iba a volver a sentir. Y me estás ablandando de tal manera, que hasta me permito llorar. Y es que lloré tanto cuando perdí a Miranda, que me quedé sin lágrimas. Fue tan grande mi pena y mi dolor que me sequé por dentro. Su partida lo arrasó todo... Hasta que has aparecido tú, señorita Taylor, y mira cómo me tienes, hablando de esas cosas que siempre me han dado pudor, y llorando como un bobo el día del concierto.

—Me emocionó tanto verte así, eres un gran tío, Liam.

—Tú sí que eres grande, lo que hiciste anoche fue muy valiente. Te admiro muchísimo, preciosa...

—Y hay algo que no sabes —dijo Elsa con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué? —preguntó Liam arqueando una ceja.

—Esta mañana tenía cinco correos de fundaciones y centros culturales... Resulta que el concierto estaba lleno de gerentes y les gustó tanto mi actuación, que estarían encantados de que actuara en sus instalaciones. ¿Te lo puedes creer? ¡Ya tengo varias citas en mi recién estrenada agenda de concertista!

Elsa estalló en risas, de la alegría que tenía y Liam la abrazó porque estaba igual o más feliz que ella:

—¡Te lo mereces todo, Elsa! Eres muy buena. Eres la mejor...

—Solo sé que te debo tanto que no sé cómo te lo voy a agradecer.

Liam la miró sintiendo demasiadas cosas en el pecho y replicó hablándole con el corazón en la mano:

—No tienes nada que agradecerme. Eres tú la que has vencido tus miedos y has luchado por tus sueños.

—Sí, pero porque tú estabas ahí... ¡Si vieras la fuerza que me dio mirar la punta de mis zapatos! ¡Saber que estás ahí es un estímulo tan fuerte que me creo capaz de cualquier cosa!

Liam le retiró un mechón de pelo del rostro, y le recordó para que no lo olvidara nunca:

—Eres capaz de cualquier cosa. Grábatelo aquí —le dijo señalándole la frente.

—Estoy empezando a creerlo...

—Lo que te pasó aquella vez fue por la presión que te metió tu ex. Era un tío muy mediocre. Y esas personas siempre te tiran para abajo, no hacen que des lo mejor de ti... Hay que elegir a personas que sumen. Y huir de los tóxicos y de los que no nos instan a dar lo máximo de nosotros mismos. Por eso, estoy contigo... Tú haces que sea mi mejor versión, siempre. Tú has logrado que vuelva a ser a ratos el Liam que fui alguna vez...

Elsa le abrazó con fuerza porque tenía toda la razón, y por eso se estaba enamorando como nunca de ese hombre que estaba haciéndola florecer de esa manera.

—Y tú logras lo mismo conmigo...

—Tú eres tan grande, Elsa... Se lo dije a tus padres, que me parecieron encantadores... Les felicité por tener a una hija tan talentosa y tan buena... Bueno, la verdad es que estuve un montón de tiempo hablando maravillas de ti, cómo no sería la cosa que tu madre me confesó que veía boda...

—Jajajajajaja. ¡Mi madre siempre dice lo mismo! ¡Ve boda en todas partes! Es demasiado romántica...

—Sí, pero Kelly comentó que a ella le dijo lo mismo con Harry y mira cómo están de felices.

—Su caso era diferente. Ellos son tal para cual...

A Liam le puso un tanto triste escuchar aquello y replicó con un cierto sarcasmo:

—Y nosotros somos totalmente opuestos. No hay nada que hacer... Ya.

—Yo me he enamorado de ti —dijo Elsa con total sinceridad—. Y ya no eres el tío insoportable que conocí, solo a ratos... Pero... tu corazón es de otra persona. Y contra eso no puedo hacer nada.

Liam sintiendo un nudo en la boca del estómago enorme, le preguntó temiéndose lo peor:

—¿Eso qué significa? Quieres que lo dejemos...

Elsa negó con la cabeza, porque eso era lo último que deseaba:

—Para nada. Pero sé perfectamente lo que hay y no me hago ilusiones.

—Yo soy un hombre difícil, Elsa. Pero siento demasiado por ti... Es verdad que tengo a Miranda dentro, pero yo no quiero que te vayas de mi vida. No sé si me explico...

Liam le acarició el rostro, sintiendo tanto amor en su pecho que hasta le dolía y Elsa replicó:

—Perfectamente. Y no me voy a ir.

—¿Aunque de mi garganta no puedan brotar ciertas palabras? —preguntó con una pena tremenda.

—Yo solo sé que te amo, Liam. Te amo y es algo que ya no tiene vuelta de hoja.

—Es muy generoso por tu parte... Amas sin más.

—Es que amar es eso. ¿No te parece?

—Solo sé que vivimos en un mundo tan egoísta, donde solo se exige y exige, que me siento muy afortunado de haber topado con alguien tan puro y generoso como tú. Eres muy especial, señorita Taylor. Eres un ángel.

—Solo soy una chica normal. Nada más que eso.

—Una chica que tiene la generosidad de amar a un ogro que tiene el corazón congelado...

—Los ogros de corazón congelado no lloran cuando escuchan a una pianista panicoso dar un concierto de Navidad.

—Porque estás haciendo un gran trabajo conmigo, pero no sé si algún día podré llegar a darte lo que mereces. No lo sé, Elsa. Y eso me preocupa... —reconoció frunciendo el ceño.

—Tú me das todo a manos llenas, Liam.

—Todo no... Tú esperabas un “te amo” y yo...

Elsa le besó, posó el dedo índice en los labios y musitó:

—Yo solo te amo, Liam. Y eso es lo único que importa...

Capítulo 17

Los días siguientes, Liam hizo todo lo posible para volver pronto a casa y compartir el máximo de tiempo con Elsa.

Salieron a cenar, a bailar, a tomar copas e incluso fueron a ver *El Cascanueces*...

El ballet favorito de Elsa, aunque jamás lo había visto en directo porque era un espectáculo que por su economía no podía permitirse...

—Creo que me pasaría la vida entera viendo *El Cascanueces* —reconoció Elsa, sentada en la maravillosa alfombra persa frente a la chimenea.

Después del ballet, habían ido a cenar a un restaurante muy elegante y al llegar a casa, Liam había abierto una botella de champán francés.

—Y yo me pasaría la vida entera contigo —reconoció Liam tras dar un sorbo a su copa.

—¿Ah sí? —replicó Elsa, probando el champán que estaba delicioso.

—Por supuesto que sí. Tienes tanto entusiasmo que a tu lado da gusto vivir la vida. Todo es alegría, luz, magia, intensidad, pasión... Estos días contigo están siendo un sueño... Y aunque suene fatal, a padre malísimo, no me importaría que Killiam se pasara otra semanita más esquiando.

—Yo le echo mucho de menos. Menos mal que ya viene mañana... —repuso Elsa que se pasaba el día wasapeándose con él.

—Estoy loco por verle, pero estos días contigo de verdad que están siendo deliciosos. Es que hasta Dingo parece que está más contento...

—Jajajajaja. Todos lo estamos. No recuerdo habérmelo pasado mejor en la vida. Y encima me tienes como una reina... Me llevas a sitios exclusivos, me invitas al ballet, abres este champán tan rico...

—Y tú me invitas a perritos calientes y me llevas a ver las luces de Navidad. Estamos empatados.

Elsa resopló, apoyó la cabeza en el hombro de Liam y reconoció:

—Igualito es una cosa que otra.

—Para mí sí que lo es. No imaginas el placer que es para mí volver a disfrutar de cosas como comerse algo en un puesto callejero. Después de perder a Miranda, dejé de hacerlo... Perdí la ilusión por todo. Pero lo que peor llevaba eran estas fiestas... Aborrecía las luces de la Navidad... No soportaba esos escaparates llenos de gnomos y de elfos... Por no hablar de la decoración de la casa... Cada vez que veía el maldito árbol me entraban ganas de quemarlo. Pero contigo, todo me parece encantador... Te debo tanto, preciosa.

—¿De verdad que alguna vez pensaste quemar el árbol? —le preguntó mirándole divertida.

—Alguna vez, no. Muchas. El jodido árbol me traía tantos recuerdos felices con Miranda que sí... Que deseé quemarlo en una pira...

Elsa se entristeció, de solo ponerse por unos instantes en la piel de ese hombre que había sufrido tantísimo:

—Qué pena...

Liam en cambio le sonrió, le acarició el rostro con el dorso de la mano y le dijo:

—Ya no tengo esos pensamientos, así que tranquila que estoy viviendo la Navidad con una intensidad increíble. Por cierto, hablando de fiestas, ¿tienes planes para Nochevieja?

—Cenar con mis padres y luego Thomas da una fiesta en su casa y me ha invitado. Irá toda la gente del colegio...

Liam torció un poco el gesto, porque él tenía otros planes:

—Vaya...

Elsa le miró, arqueó una ceja y le preguntó con suma curiosidad:

—¿Por qué dices vaya? ¿Acaso tenías algún plan, señor Byrne?

—Que la pases con nosotros, aquí en casa... Y que luego estrenes el nuevo año en mi cama... Y estallando en infinitos orgasmos... Por supuesto...

Elsa dio un sorbo a su copa, porque de repente la garganta se le secó por el puro deseo y repuso:

—Pues no está nada mal tu plan...

Liam sonrió con su mejor cara de diablo y luego le propuso algo que llevaba días barruntado:

—Estos días que te estás quedando a vivir conmigo, para mí están resultando tan especiales que se me estaba ocurriendo que, con el nuevo año, podías venirte a vivir con nosotros.

Elsa se quedó mirándole estupefacta porque para nada se esperaba que Liam fuera a proponerle nada semejante:

—¿Qué? ¿Me estás proponiendo que me venga a vivir con vosotros? —preguntó Elsa, pestañeando muy deprisa.

—Primero es algo tremendamente práctico. Cada vez vas a tener más conciertos y vas a necesitar ensayar mucho. ¿Para qué vas estar perdiendo el tiempo en desplazamientos? Te quedas aquí y listo. Por las mañanas, te llevo con Killiam al colegio y se te acaba lo de llegar tarde... —habló con guasa.

—Oye, que no he vuelto a llegar tarde ni un solo día.

—Lo sé. Y aquel día confieso que solo quería tocarte las narices. Supongo que era por lo de atracción sexual no resuelta.

—¿Ah sí? ¿En esos días ya me deseabas? —le preguntó Elsa gratamente sorprendida.

—Me pareciste una chica preciosa desde el primer día que te vi. Pero el baile en la boda de Kelly y Harry hizo que el deseo por ti se disparara... Y así hasta hoy que me tienes loco, cada día más loco. Cómo no será la cosa que te estoy proponiendo que te vengas a vivir con nosotros...

Elsa apuró su copa de champán, se echó la melena a un lado y le preguntó haciendo también a la perfección su papel de tocapelotas:

—Pero ¿me lo propones por una cuestión práctica o porque me necesitas en tu cama?

—Las dos opciones son válidas.

—Genial. Y que sepas que te entiendo, porque estos días están siendo tan especiales que me está entrando un agobio tremendo de solo pensar que voy a tener con volver a mi cama XXS.

—O sea que te quedarías a vivir conmigo por mi cama XXL. Esa sería tu gran motivación —repuso con retranca.

—Una motivación de todo punto práctica. Y luego están los deliciosos platos de la señora White, las vistas desde tu terraza, la chimenea, el piano, tus invitaciones a sitios elegantes y exclusivos...

—Veo que eres un poquito interesada, señorita Taylor. Pero haré la vista gorda... Y por mis

besos y todo lo demás que puedo aportarte, ¿no te quedarías? Ya sabes, me refiero a mis gruñidos, bufidos y demás impertinencias propias del ogro que soy...

—Ogro a tiempo parcial. Porque ya te estás reconvirtiendo. Pues hombre, señor Byrne, déjame que lo piense...

—Ah, que te lo tienes que pensar. ¡Eso me llena de confianza!

—Jajajajajaja. Me quedaría por Killiam porque sabes que es mi ojito derecho. ¡Me lo paso tan bien con él! El otro día por poco no me hago pis encima con sus ocurrencias...

—¡Genial! ¡Ahora hasta el mocoso me come la merienda!

—Y Dingo... No te olvides de Dingo. ¡Amo a ese perro!

—Vaya, ¡pones a Dingo delante de mí!

—Jajajajaja. ¡Ay, Liam! Me encanta hacerte rabiar. Pero ¿de verdad que me estás hablando en serio? ¿Quieres que me venga a vivir con vosotros?

Liam la miró, apretó fuerte las mandíbulas como en sus mejores épocas de tío insoportable y gruñó:

—¡Joder, Elsa! ¿Me vas a obligar a que te haga un dibujo? No solo quiero, sino que me muero por follarte cada noche y luego volver a follarte por la mañana.

Elsa con los ojos como platos, le miró alucinada y repuso:

—Suenan tan romántico...

—Y entre polvo y polvo, te cubriré de flores, contrataré a violinistas y llenaré nuestra cama de peluches de unicornio.

—Jajajajaja. ¡Soy alérgica a los ácaros! Peluches, no. Gracias.

—¿Entonces te vienes o no? —preguntó con una cara de malas pulgas que no podía con ella.

—Cualquiera te dice que no, señor Byrne.

—No digas bobadas. Me conoces mejor que nadie. Sabes que soy un perro ladrador que no tiene ni dientes. Me estás convirtiendo en un puto perro desdentado...

—¿Yo? —replicó Elsa muerta de risa.

—Sí, tú. Que haces de mí lo que quieres y que estoy en tus manos. Así que si te parece una idea estúpida o loca o todo a la vez: dilo que no te voy a guardar rencor... Bueno, a lo mejor solo un poco y empiezo a hacer correr el rumor en el circuito pianístico de que eres una diva muy exigente.

—¿Y qué es lo que exijo?

—Que te masturbe el hombre que más te desea en el mundo antes de cada actuación.

Elsa se sonrojó de solo recordar lo que pasó ese día y le confesó:

—Pues te advierto que funcionó a las mil maravillas. El orgasmo me relajó más que el ansiolítico... Y ahora en serio, Liam Byrne, me encantaría venirme a vivir con vosotros. Sería un sueño para mí. No ves que estoy enamorada de ti...

Liam sintió un vuelco al corazón y para que no se hablara más le pidió en su tono de tío mandón que siempre se sale con la suya:

—Haz esta noche la maleta. Y vente mañana para casa, pasaremos esta Nochevieja juntos y todas las muchas que vendrán después.

—Jajajajajaja. Vas un poco deprisa ¿no crees?

—Si quieres hablo con tus padres. Les diré lo mucho que nos haces falta y lo mucho que vamos a cuidarte y protegerte. O mejor, vamos a invitarles en Año Nuevo a almorzar y yo les haré mi particular declaración de intenciones. Necesito que se queden tranquilos y sepan que estás en las mejores manos.

—No me puedo creer que estemos hablando de esto y más de esta forma tan precipitada. Muy al estilo Byrne...

—O al estilo Taylor, porque no paras de tocarme los pies...

—¿Yo?

—Sí, es tan fácil como decir sí o no. Punto —dijo Liam apurando su copa.

—Sí, pero esto de hacer las cosas de un día para otro me provoca una ansiedad tremenda.

—¿Cuánto tiempo necesitas para meter tus cosas en una maleta? Además, para qué vas a perder el tiempo con eso... Mañana mismo nos vamos de tiendas y te compro todo lo que se te antoje.

—No te pongas en plan señor triunfador que consigue todo lo que quiere con un chasquear de dedos porque no lo soporto.

—Ni yo te soporto en plan: señorita que se pone ansiosa porque tiene que meter cuatro trapos en una maleta.

Elsa le lanzó una mirada llena de rabia, negó con la cabeza y le recordó:

—No se trata de meter mis trapos en una maleta. Se trata de dejar atrás mi vida y empezar otra contigo que eres un puto grano el culo.

—Jajajajajaja. ¡Me encanta!

—Y lo peor es que estoy enamorada de ti. Y encima me muero por venirme a vivir contigo... Eso es lo terrible...

Liam la abrazó por la espalda, la pegó contra él y le preguntó:

—¿Y entonces por qué estás poniendo pegas?

—Pues porque no es normal irse a vivir con alguien de buenas a primeras...

—¿Quieres un anillo? ¿Te pido en matrimonio? —replicó él, completamente en serio.

Pero Elsa se lo tomó como una broma, se echó a reír y luego respondió:

—A mí madre le encantaría, desde luego... Pero yo con acoplarme en tu casa me conformo.

—¿Acoplarte? Y luego el poco romántico soy yo.

—Es una forma de hablar... —murmuró Elsa, echando las manos a volar.

—No se hable más. Mañana te vienes y te acoplas. Y en Año Nuevo te traes a almorzar a tus padres.

Elsa se revolvió con el pelo con la mano, resopló y replicó bastante ansiosa:

—A mí madre le va a dar algo... Y se va a tomar todo como que la boda es inminente. ¡Lo mismo hasta piensa que me has preñado!

—¿Qué dices?

—Es que esta precipitación no es normal.

—Elsa tienes veintiséis años, yo tengo treinta, un niño de once y un apartamento pagado. ¿Qué demonios vamos a esperar? A tu madre le parecerá lo más normal del mundo que te vengas a vivir conmigo. ¡Además si ya te pasas el día metida en mi casa!

—También es verdad...

—Quiero que tus padres me conozcan un poco más, que vean dónde vas a vivir, me parece que es lo correcto. Y estamos en Navidad, Elsa, son días para compartir en familia. A mí me habría encantado presentarte a mis padres, pero perdí a mi madre muy pronto y mi viejo falleció hace un par de años. Soy hijo único y la poca familia que me queda está en Irlanda... Solo tengo a Killiam y ahora a ti. No tengo a nadie más. Pero tú que tienes la fortuna de tener a tus padres, disfruta de ellos, Elsa. Además, me parecieron unas personas adorables. Y Harry solo habla maravillas de ellos...

—Es que le adoran. Le quieren como un hijo. Y tú les caíste fenomenal el otro día... Claro que

cuando mamá te pregunte para cuándo la boda ¿qué vas a decir?

Liam se encogió de hombros y, como si fuera lo más normal del mundo, replicó:

—Que será para cuando tú quieras... La verdad...

Elsa frunció el ceño y replicó porque no entendía nada en absoluto:

—¿Cómo que la verdad? La verdad es que yo estoy colgada de ti y tú tienes a Miranda dentro.

—Claro que la tengo dentro, pero también hay otra verdad. No concibo mi vida sin ti y te quiero cada noche en mi cama. Esas son razones de peso más que suficientes como para casarse. ¿No te parece? Yo al menos no tendría inconveniente en casarme contigo. Así que la pelota está en tu tejado, señorita Taylor...

Capítulo 18

Elsa pasó la mejor Nochevieja de su vida junto a sus chicos favoritos y luego, al día siguiente, la comida con sus padres resultó de lo más entretenida.

Sobre todo, cuando, en la sobremesa, su madre la cogió del brazo y la llevó hasta la biblioteca para cerrar la puerta y decirle:

—¡Qué contenta estoy! Si ya sabía yo que ibais a acabar juntos.

—Sí, pero no me preguntes por la boda porque...

La señora Taylor dio un manotazo a aire y replicó convencida:

—Estamos en el siglo XXI, cariño. Lo importante es que sois felices juntos.

—Vaya, ¡qué moderna te has vuelto!

—Si os apetece casaros, perfecto. Y si no, genial igual. Formáis una familia preciosa. Killiam es un amor de chico y Liam es tan educado, tan atento, tan gentil, tan ocurrente... Una joya. Yo no sé por qué le llamabas la Bestia Byrne si a ese hombre no se le puede poner ni un pero.

—Alguno se le puede poner, mamá. Como a todos. Pero ya no tiene nada que ver con el que era.

—Eso es el amor, tesoro. Tú tampoco eres la misma —le advirtió su madre con una sonrisa enorme.

—Desde luego, si pienso lo que ha cambiado mi vida en cuestión de meses me da hasta vértigo.

—Tienes lo que te mereces, hija. Por fin vas a retomar tu carrera con el piano y has encontrado un hombre bueno que te ama con locura.

Elsa pensó que eso de que le amaba con locura había que cogerlo con pinzas, pero prefirió que se quedara con el cuento rosa en vez de con la pura y dura verdad.

Liam jamás iba a amarla de esa manera...

Liam la quería en su cama, en su vida, eran amigos y amantes, pero él ya tenía el corazón ocupado y así iba a ser siempre.

Lo tenía más que asumido y lo llevaba más o menos bien...

Sobre todo, si no se alimentaba con el material romántico que solía consumir en cantidades ingentes ya fuera en forma de libros, películas y series.

Porque cuando pillaba un libro romántico o una película de amor, le entraba un agobio tremendo y se ponía a llorar como una mema de solo pensar que se tenía que tragar los “te amo” que se moría por decirle a Liam y que por supuesto jamás los escucharía de los labios de su hombre.

Y era tan triste que siempre hacía lo mismo, se secaba las lágrimas y se centraba en todo lo bonito que tenía.

En las noches divinas con Liam, en los besos, en las caricias, en las risas, en los paseos, en las puestas de sol agarrados de la mano... Y el cariño incondicional de su Killiam... al que quería cada día más y más.

Y a todo ello se aferraba con fuerza cuando le daban los malditos bajones que por supuesto que

no compartía con nadie.

Porque no la iban a entender...

De hecho, eso era lo que le había pasado con Kelly, porque cuando le había tratado de explicar lo que le sucedía con él, esta no le había dado ninguna importancia.

—Hay hombres que jamás dicen que te aman... Pero lo hacen... Las palabras se las lleva el viento, Elsa. Lo importante son los hechos. Y él está ahí, siempre. Te cuida, te ayuda, te protege... Eso es amor. ¿Qué más te da que no te suelte un “te amo” de vez en cuando? Quédate con los hechos, hermana —le dijo un día en que la notó tan apenada que ella se abrió en canal.

—Ya, pero no se trata de que tenga un problema para expresar sus emociones, es que Liam sigue enamorado de su esposa. Yo soy su amiga y su amante, pero a quien ama es a ella —confesó angustiada, porque ese tema cuando le daba fuerte, la dejaba destrozada.

—Es normal que lleve a su mujer en su corazón. Pero te aseguro que en ese mismo corazón también hay sitio para ti. Y uno bien grande y soleado... Nena, le tienes en el bote. Créeme...

Su hermana podría decir lo que quisiera, pero ella sabía muy bien cuál era la verdad.

Y no quedaba otra más que sobrellevarla con resignación. Y mira que odiaba esa palabra, pero era lo único que había.

Porque no pensaba a dejar a Liam por nada del mundo...

Así que tenía que aceptar la situación. Y punto.

Y con esa convicción, las semanas fueron pasando mientras no paraba de trabajar duro en el colegio y después ensayaba hasta la extenuación en casa para preparar todos los conciertos con los que se iba llenando su agenda.

Y es que el boca oreja estaba funcionando tan bien, que tenía casi todos los fines de semana repletos de conciertos hasta septiembre.

Y estaba encantada, la verdad...

Al ritmo que llevaba, iba a poder cumplir su sueño de vivir de la música. Y con todo el dolor de su corazón, iba a tener que dejar su plaza de profesora en el colegio.

Porque es que ya no daba para más...

—Pues si te vas, te vamos a echar mucho de menos, porque eres la profe más enrollada del colegio —le confesó Killiam una tarde soleada de primeros de marzo en la que salieron a recoger el vestido que Elsa había encargado en una tienda, para lucir en un concierto importante que tenía el sábado.

—Me temo que no me va quedar más remedio. Porque cada día tengo mi agenda más apretada... Pero por tus clases particulares no te preocupes, que siempre seré tu profesora de piano.

—No si yo aprendo de solo verte y escucharte... Tampoco quiero hacerte perder el tiempo, Elsi.

Elsa le miró emocionada, porque es que Killiam no podía ser más amoroso y replicó:

—Tú no me haces nunca perder el tiempo...

—No sé, es que te noto a veces un poco rara. Y no sé si es que estás agobiada por el trabajo o que mi padre la está cagando con algo.

Elsa se echó a reír, justo cuando estaba a punto de entrar en la tienda, y le mintió como una bellaca:

—Es por el trabajo. Pero tú tranquilo, que todo está bien...

—No estoy tranquilo, porque sé que te pasa algo. Y me huelo que es papá el culpable de que tengas esa cara de seta a ratos.

Elsa miró a Killiam con mucho cariño y le dijo la pura verdad porque él se percataba de todo:

—No sé si algún día tendré hijos, pero si los tengo: me encantaría que fueran como tú.

—Quita, quita... ¡Qué aburrimiento! Yo no quiero que mis hermanos sean como yo. Lo mejor es que cada uno seamos a nuestra manera.

—¿Tus hermanos? —preguntó Elsa, risueña.

—Claro, ¡tú eres la única que quiero que me dé hermanos! Mira, Elsa, yo no recuerdo nada de mi madre. Ni siquiera su olor... Pero la doy un beso todas las noches en la foto que tengo en mi mesilla y me imagino que huele a regaliz y rosas. Luego me despierto, y estás tú... Que me das un beso, que hueles jazmín y donuts, que siempre me dejas la mejor tostada, que me miras como si fuera el niño más listo y más genial del mundo, que te ríes con mis gracias y que siempre, siempre, estás a mi lado. Y eso es así, porque sé que mi madre te eligió a ti, para que hicieras todo eso que quisiera hacer ella y que no puede desde el cielo. Ella movió sus hilos, para que estés aquí, y que yo te quiera como a una madre. Aunque la tenga a ella, aunque sé que me cuida desde el cielo, pero mi madre en la tierra eres tú, Elsi. O por lo menos yo es como lo vivo... Bueno, no sé si me he explicado bien...

Elsa que estaba llorando, se llevó la mano al pecho y replicó:

—De maravilla, hijo.

Y le dio un abrazo que le hizo estallar en lágrimas, porque ya no podía más:

—Elsi, no llores... ¡Si esto que sentimos es para estar alegres! ¡No tristes! —exclamó Killiam sacando un pañuelo de su mochila y tendiéndoselo.

—No lloro de tristeza. Lloro de emoción —confesó enjugándose las lágrimas con el pañuelo.

—Y también porque te gustaría que mi padre te dijera algo parecido a lo que yo te he dicho, pero en su versión ogro. Que te dijera que te quiere como un novio y, aunque a mamá la tendrá en su corazón, tú vas a ser su esposa, a la que querrá para siempre jamás, hasta ser felices como lombrices.

Elsa que no podía parar de llorar, al escuchar lo de las lombrices soltó una carcajada...

—¡Tienes cada ocurrencia! Pero siempre me haces reír. No sé cómo lo haces que siempre me arrancas una sonrisa cuando más lo necesito, Killiam.

—Pues porque no me parezco nada a mi padre. Jojojojojo. Venga, Elsi, no te pongas triste. Ya verás como todo sale bien, tú solo tienes que tener paciencia. Y ya verás como mi padre acaba dándote lo que necesitas. Y ahora, vamos a pasar a la tienda y te vas a comprar todo lo bonito que veas. Como te he notado un poco pfof estos días, le he pedido a papá la tarjeta de crédito. Y me la ha dado sin rechistar, él no es tonto, él sabe que no lo estás pasando bien. Y te quiere recompensar... Así que, ¡vamos a fundir la maldita tarjeta!

—¡Dios mío, Killiam! Pero esto es... Y los problemas no se resuelven así, comprando compulsivamente...

—Lo sé. Pero una tarde de compras, no le viene mal a nadie...

Killiam cogió de la mano a Elsa y la empujó para que entrara en la tienda...

Dos horas después, salieron con cuatro bolsas en cada mano cada uno, y Killiam muerto de risa:

—¡Prueba superada! ¿A que ya te sientes un poco mejor, Elsi?

—Madre mía, no sé cómo has podido enredarme así... ¿Pero de verdad que hemos comprado todo esto?

—¡Y ni se te ocurra devolverlo! Necesitas ropas bonitas para actuar... No vas a salir en tu Instagram todo el día con el mismo vestido. La gente se fija mucho en esas cosas. Si tienes muchos

modelos, es porque te va bien, y si te va bien es porque eres buena. Y como eres buena, la gente te contrata... ¿Pillas de qué va el tema?

—Viéndolo así es una inversión... Pero me da mucho apuro gastar tanto dinero. Killiam yo soy una chica sencilla...

—Pero mi padre gana dinero por un tubo. ¿Qué le vamos a hacer? Sus softwares lo petan y la gente paga mogollón de dinero por tenerlos. Tú no sufras por eso. Además, mira cómo se han quedado de contentas las de la tienda. Estas señoras también tienen que ganarse el pan. ¿No te parece?

—Lo que me parece es que eres un embaucador de primera. Pero tienes razón...

Los dos se echaron a reír y se fueron caminando hasta casa...

Si bien, cuando estaban a punto de entrar en el portal, cuando Elsa ya tenía la mano en el pomo del portón, apareció una mujer de unos sesenta años, guapa, elegante y esbelta que se dirigió a ella para decirle:

—Disculpe, señorita, ¿podríamos hablar un momento? Se trata de algo importante.

Elsa la miró extrañada y Killiam también porque ninguno conocía a esa señora de nada. Claro que como en su edificio nadie apenas se hablaba con nadie, igual podía ser hasta una vecina.

—Algo relacionado con qué... Y perdone, pero ¿quién es usted?

La señora, de pelo canoso, moño bajo, ojos verdes y un poso de tristeza enorme en la mirada, se mordió los labios y respondió:

—Soy la señora Ramsay...

A Elsa le dio un vuelco al corazón, cogió a Killiam del hombro, le pegó a ella, abrió el portal y empujó al niño para que entrara.

—Señora Ramsay, lo lamento mucho, pero tengo órdenes que me impiden hablar con usted. Si quiere algo, hable con el señor Byrne, se lo ruego.

La señora Ramsay con los ojos llenos de lágrimas, miró a su nieto que era igual a su hija y temblando entera, le suplicó:

—Por favor, señorita, con ese hombre es imposible hablar. Me detesta. Y lo entiendo porque nosotros no hicimos bien las cosas, pero no podemos seguir así. Ya han pasado muchos años y me encantaría que mi nieto me conociera.

—¡Hola abuela, soy tu nieto, Killiam! —exclamó el niño, mirándola con preocupación.

La señora Ramsay le sonrió, levantó una mano y dos lágrimas enormes recorrieron su rostro.

—Eres igual que tu madre. Como dos gotas de agua...

Killiam asintió con orgullo y luego le pidió a la señora Ramsay:

—Sí, pero no llores, abuela, que no soy tan feo...

—¡Y además tienes su mismo sentido del humor! —exclamó la señora Ramsay, llevándose la mano al pecho.

—Me encantaría tanto poder tomarme un café contigo y que habláramos un poco...

—Yo no tomo café, pero me tomaría un batido de chocolate ahora mismo. Vengo sediento... En la cafetería de la esquina sirven unos riquísimos y el café dicen que no está nada mal.

La señora Ramsay miró a Elsa, suplicándole con la mirada, que le dejara pasar un rato con su nieto, pero ella se mostró firme:

—Ya, pero no podemos. Hable con el señor Byrne, yo no estoy autorizada para permitir que el niño se marche a merendar con usted. Espero que lo entienda...

—Pero es que Liam jamás va a permitir que yo conozca a mi nieto. Tiene demasiado rencor dentro, nunca nos va a perdonar. Y yo estoy desesperada, yo también padecí la pérdida de mi hija.

No solo él. Para mí fue un palo muy duro. Y después, vino la enfermedad y muerte de mi marido. Fue terrible. No tenía más hijos que ella. Y la familia que tengo, unas primas, viven en Europa. Pero bueno, tengo amigos muy buenos en los que me he refugiado estos años, tengo una profesión a la que me dedico en cuerpo y alma... Y a eso me aferro... Pero no hay noche en que no piense en mi Killiam y que bese su foto, de cuando era un bebé gordito y guapísimo, y le diga que algún día nos daremos un abrazo enorme.

La señora Ramsay rompió a llorar y Killiam salió disparado para abrazar a esa mujer que hasta ese momento era una desconocida, pero que no iba a permitir que padeciera de esa forma:

—¡Aquí está el abrazo, abuela! ¡No te quedes con las ganas, hombre ya!

Killiam se aferró fuerte a la señora Ramsay que lloraba y reía partes iguales...

—Mi niño, no sabes cuánto he soñado con esto... ¡Qué bendición más grande, Señor! ¡Qué regalo de la vida!

Killiam sacó otro pañuelo de la mochila, se lo tendió a la señora y le pidió a Elsa:

—Elsi, vámonos a tomar algo con mi abuela. No podemos dejar a la pobre sola en este estado en el que se encuentra. Papi no llega hasta dentro de dos horas y no se va a enterar de que nos hemos visto.

Elsa se llevó la mano a la frente de la ansiedad porque la situación era más que delicada:

—Killiam necesito la autorización de tu padre. Entiendo tu petición, pero no puedo concedértelo. Las normas de tu padre son muy claras al respecto. Mejor hablemos con él primero... ¿De acuerdo?

—Liam no quiere saber nada de mí. Va a poner todas las trabas del mundo para vernos... Y yo ya no puedo más... No quiero judicializar esto porque esta familia no se merece más dolor. Me encantaría que todo fluyera de forma natural y amistosa... Por eso, se lo estoy pidiendo a usted, señorita Taylor.

Elsa la miró sorprendida de que conociera su nombre y le preguntó:

—¿Nos conocemos de algo?

—Necesitaba saber de mi nieto y contraté a detectives. Por ellos tengo informes y sé bastantes cosas. Como que Liam ha perdido la cabeza por usted...

—¡Toma ya! ¡Hasta los detectives lo saben! ¿Ves Elsi? Si ya te digo yo que mi padre está pillado, pilladísimo —le dijo Killiam, levantando las cejas.

—Por favor, Killiam, no es el momento de hablar de esto —cuchicheó Elsa, muerta de la vergüenza.

—Usted es mi única esperanza, señorita Taylor. Todo el mundo habla maravillas de usted, dicen que es una persona razonable, generosa, abierta, comprensiva, empática... Por favor, se lo ruego, póngase por un momento en mis zapatos. Llevo muchos años luchando por ver a mi nieto, y Liam me lo impide. No es justo, señorita Taylor. Y yo ya no puedo más. Como todo siga así, me va a forzar a ir por la vía legal. Y es una pena. Cuando las cosas podrían ser mucho más sencillas. Pero él se niega. Y yo pido muy poco. Me conformaría con una merienda a la semana. Los tres. Killiam, usted y yo.

—Por mí genial, abuela. Yo quiero conocerte... —aseguró Killiam, llevándose la mano al pecho.

—Killiam, por favor... Tenemos que hablar con tu padre.

—Mi abuela tiene razón. Como le cuentes que vamos a merendar con ella, se va a cabrear muchísimo y nos va a mandar a freír espárragos. Yo le he preguntado por ti, abuela, muchísimas veces. Pero me dice que me olvide, que yo no tengo abuelos... Pero yo sabía que tú estabas

viva... Y quiero saber lo que es tener una abuela... Todo el mundo habla de lo chulo que es tener abuelos y no me lo quiero perder. Anda, Elsi, si solo será un ratito... *Por fa, por fa, por fa...*

Capítulo 19

Elsa estaba hecha un lío. Por un lado, sabía muy bien lo que tenía que hacer. Las normas de Liam eran clarísimas y ella le había prometido que jamás iba a contravenir ninguna de las reglas importantes.

Pero, por otro lado, entendía perfectamente a la otra parte...

Tanto a la señora Ramsay que llevaba tantos años luchando por ejercer de abuela, como a Killiam que se merecía no perderse algo tan importante en la vida de una persona.

Que se lo dijeran a ella que había adorado a su abuela y que no había día que no la echara de menos.

¿Cómo Killiam iba a perderse ese amor tan especial y único?

Además, esa mujer parecía tan arrepentida de su actuación en el pasado y había sufrido tanto que se merecía tener el cariño de alguien tan increíble como Killiam.

No obstante, la señora Ramsay tenía razón cuando decía que Liam iba a poner todos los obstáculos del mundo, porque no estaba por la labor de que su hijo se relacionara con la familia de Miranda.

Los detestaba y no pensaba perdonarlos en la vida.

Así que todo apuntaba a que la cosa iba a acabar en los tribunales y eso tampoco era bueno para nadie.

Que la cuestión de los afectos acabe dirimiéndose en un juicio era una de las cosas más duras a las que tenía que enfrentarse alguien.

Y ella no quería que sus chicos pasaran por eso...

Sobre todo, Killiam...

Liam ya era un adulto que podía sobrellevar el coste emocional, pero Killiam no.

Killiam era un espíritu noble y puro que no se merecía a sus once años encontrarse de bruces con las miserias del mundo.

Prefería que creciera con amor, con cariño, con respeto, prefería que aprendiera que siempre es mejor tender puentes... Y no volarlos...

A ella le habían educado en esos valores y no pensaba traicionar el legado que le habían dado sus padres.

Y eso que entendía a Liam con toda su alma...

Entendía su sufrimiento, su dolor, su pena... Todo. Hasta su rabia y su dolor...

Pero no podía obligar a su hijo a cargar con todo eso.

Killiam era un chico bueno y generoso, que tenía una capacidad de amar tan grande que le había faltado tiempo para acercarse a su abuela.

Aunque la acabara de conocer...

Porque había hablado el amor.

Y no el odio, ni el rencor, ni la pena...

Solo el amor.

Y si el amor había hablado, ¿quién era ella para ponerle trabas?

Bien era verdad que Liam le había puesto unas normas y ella las había aceptado de buen grado.

Pero en ese mismo instante, frente a esa abuela y ese nieto que solo deseaban pasar unos momentos juntos, consideró que había algo mucho más importante por encima de todas las normas del señor Byrne.

Y era el amor.

Era todo lo que había aprendido en su casa...

Y era todo lo que se merecía Killiam, al que quería como si fuera su hijo. Y ella se lo iba a dar...

Tan solo se trataba de ser consecuente...

Aunque sabía el gran riesgo que corría, porque como Liam llegara a enterarse de que había tendido un puente a la señora Ramsay, se lo iba a tomar de la peor la manera.

Como una deslealtad, como una traición, y podía perderlo para siempre.

Sin embargo, asumía el riesgo, por Killiam y porque confiaba en que como le había enseñado su abuela: si se guiaba por el corazón, todo acabaría saliendo bien.

Así que miró a Killiam y le dijo asintiendo con la cabeza:

—Está bien. Vamos, con la señora Ramsay...

Killiam le dio un beso agradecido y luego le prometió tras hacer la cruz con los dedos y besarla:

—Te prometo que este será nuestro secreto, Elsi. Ni mío a mi padre. Chitón. Punto en boca. Seré una tumba.

La señora Ramsay muy emocionada, le habló a Elsa llevándose la mano al pecho:

—Se lo agradezco en el alma, señorita Taylor, que sepa que voy estar eternamente en deuda con usted.

—Solo hago lo que creo que es correcto. Nada más.

—Yo lo que sé es que Liam tiene un ojo increíble para elegir pareja. Mi hija era una criatura muy especial, un ángel, lo tenía todo. Y veo que usted es igual... Otro ángel, otro ser generoso y bueno...

—Lo único que hago es guiarme por el corazón. Y el corazón me dice que estoy haciendo lo correcto. Nada más, señora Ramsay.

—¡Y nada menos! Si la gente se guiara por el corazón, el mundo no estaría como está. Es muy valiente y muy justa.

—Solo pienso en lo mejor para Killiam. Pero sé que me la estoy jugando con Liam... Él confía en mí y yo, en estos momentos, estoy contraviniendo una de sus normas inquebrantables. Que, por supuesto que no comparto, pero que debería respetar...

—Por eso le digo que usted una mujer muy valiente, señorita Taylor. Sé muy bien a lo que se enfrenta. Conozco mejor que nadie la ira de ese hombre y de lo que es capaz cuando se siente herido...

—Ya, pero mi abuela me enseñó a guiarme por el corazón. Las abuelas son sabias. Y Killiam tiene que crecer con una abuela a su lado... Ahora mismo tal y como están las cosas, Liam no está por la labor de facilitar el encuentro. Por eso, creo que la mejor opción es esta... Y cruce los dedos para que todo salga bien.

—¡Claro que va a salir bien! Y ahora, dame tus bolsas, que se las voy a dejar a Albert, y vámonos ya mismo, que no hay tiempo que perder.

Killiam le dejó las bolsas a Albert, el portero, y se fueron a la cafetería donde pasaron un rato

delicioso.

Porque Killiam era tan adorable y divertido que lo hizo todo muy fácil.

Es más, al cabo de una hora, es que parecía que abuela y nieto se conocían de toda la vida.

Y Elsa estaba encantada.

Porque, aunque esa mujer hubiera cometido muchos errores en su pasado, como abuela lo estaba dando todo.

Escuchaba con atención a Killiam, se interesaba por sus cosas, estallaba en carcajadas con sus ocurrencias y sobre todo le miraba con tal cariño que Elsa se acabó de convencer de que estaba haciendo lo correcto.

Y el paso de los días no hizo otra cosa más que ratificar esa primera impresión, porque en las sucesivas meriendas que fueron compartiendo, la complicidad entre abuela y nieto se fue haciendo cada vez más grande.

Se recomendaban libros, series, películas, se rían con ganas de todo y de nada... Killiam le mostraba los videos con sus evoluciones al piano... Y hasta hablaban de baloncesto, porque daba la casualidad de que la señora Ramsay también era una gran aficionada.

Y por encima de todo, ejercía de abuela...

Una abuela que no paraba de repetir que su nieto era el mejor, que le quitaba los churretes de chocolate de las mejillas, que le regañaba por masticar chicle con la boca abierta y que no cesaba de decirle lo mucho que lo quería.

Y Killiam feliz, devolvía a su abuela todo el amor y todo el cariño, porque aquella mujer era adorable...

Y así se lo hizo saber dos meses después, recién estrenado mayo, una tarde en que Killiam se levantó a pedirse otro refresco, y ella le confesó:

—Es usted un encanto de mujer.

La señora Ramsay le sonrió, la agarró de la mano y le dijo emocionada:

—Tutéame, Elsa, por favor. Cuántas veces tengo que decírtelo. Yo solo soy una abuela chocha, Killiam me tiene loca... Dios, ¡no sabes cuánto lamento el tiempo que hemos perdido! Pero mi marido forzó esta situación. Era un hombre conservador, duro y severo que tenía otros planes para su hija. Él quería que se casara con alguien de su círculo... Pero Miranda se enamoró de un chico humilde que no tenía dónde caerse muerto. ¡Y encima se quedó embarazada de él con apenas diecinueve años! Para mi marido fue un golpe durísimo. Lo vivió como una terrible decepción, porque el señor Ramsay había imaginado otra vida totalmente distinta para nuestra hija. No te puedes figurar cuánto sufrí en aquellos días, cuánto discutí con él, para que aceptara que Miranda debía hacer con su vida lo que le diera la gana. Y que, si se había enamorado y estaba esperando un hijo, nosotros no teníamos nada que opinar. Solo aceptar y apoyarla... Pero él se negó... Y le retiró la palabra. Y no solo eso, me amenazó con que como tuviera el más mínimo acercamiento a Miranda, iba a destrozarme la vida.

Elsa con los ojos llenos de lágrimas, apretó fuerte la mano de esa mujer y musitó:

—Dios mío, Daisy, ¡cuánto lo siento!

—Mi marido era un hombre muy poderoso y sabía que hablaba en serio. Podía arruinarme la reputación como cirujana, podía hacer cualquier cosa... Yo le temía, Elsa. Le tenía verdadero pánico porque había visto las cosas que había hecho con sus enemigos. Y créeme, era un hombre implacable... Pero con todo, me enfrenté a él. No pensaba dejar a mi hija sola en eso... Y el día que le pedí el divorcio, sucedió el accidente horrible en el que perdí a mi pequeña, y me hundí en una pena de la que estoy empezando a salir. Gracias a ti y gracias a mi nieto, al que quiero más

que a mi vida.

Elsa llorando, estremecida, por todo lo que había pasado esa mujer, le habló con cariño:

—Y él te quiere a ti, Daisy. Ya estáis juntos. Y ya nada va a separaros.

La señora Ramsay sacó un pañuelo de su bolso porque no quería que su nieto la viera llorando y le confesó:

—Tengo mucho miedo, Elsa. Liam me amenazó con lo mismo que mi marido... Y es cierto que podría destrozarme la vida, porque como me arrebate a mi nieto, te juro que me muero. No podría soportarlo...

—Eso no va a suceder. Liam es un bruto, pero tiene un corazón de oro. Y adora a Killiam... Te contaré algo, al principio él y yo nos detestábamos... De hecho, si no me puso de patitas en la calle fue porque Killiam me adora... Y él lo da todo por su hijo. Jamás haría nada que pudiera hacer daño a su hijo. Por eso te aseguro que, si descubriera la relación que os une, lo importante que eres para Killiam, no le quedaría más remedio que aceptarlo.

—¡Qué pena que todo sea tan complicado!

—Ya. No paro de darle vueltas al asunto, a cómo hacer para normalizar esta situación. A que tú puedas ejercer de abuela, sin necesidad de estar escondiéndonos.

La señora Ramsay suspiró, echó las manos a volar y reconoció:

—Yo me aferro a estas meriendas, que me dan la vida entera. Sería bonito que todo fluyera, pero soy consciente de lo que hay, Elsa. Y...

La señora Ramsay, de repente dejó de hablar porque vio que Killiam desde el mostrador donde le estaban sirviendo su refresco estaba haciendo gestos muy raros.

Elsa también se fijó y le comentó a la señora Ramsay:

—No sé qué diablos le pasa a Killiam...

—Es como si nos estuviera haciendo gestos de algo...

Y la señora Ramsay ya no pudo decir nada más porque de lo que se percató junto con Elsa fue de que acababa de entrar en la cafetería el mismísimo señor Byrne en persona.

—¡Ay Dios, mío! ¡Tienes que salir de aquí como sea, Daisy! Liam no puede verte...

Y tras decir esto, la señora Ramsay cogió su bolso muerta de los nervios, se levantó a toda prisa y farfulló:

—Pobre Killiam. Solo quería advertirnos de que su padre estaba aquí... Pero tranquila que voy a salir por la puerta de atrás...

O esa era su intención, porque en un visto y no visto, Liam se plantó delante de ellas...

Y él que iba con una sonrisa de oreja a oreja de solo pensar que se iba a encontrar con su Elsa, de repente se percató de que ella estaba acompañada de la mujer que más daño le había hecho en su vida.

Y se desató toda su furia...

Capítulo 20

—¿Me puedes explicar qué broma es esta, Elsa? —preguntó Liam, apretando fuerte las mandíbulas.

—¡Elsa no tiene culpa de nada! Yo fui el que le pedí que merendáramos con la abuela. Y como ella es tan buena, pues...

Liam miró a su hijo con un cabreo tremendo y le exigió apuntándole con el dedo índice:

—¡Cierra el pico, Killiam! ¡Y vete con Elsa a casa!

—Pero es que no estamos haciendo nada malo. No juntamos con la abuela a merendar desde hace un par de meses y...

Liam bufando y sin dar crédito, replicó echando a Elsa una mirada furibunda:

—¿Qué? ¿Lleváis dos meses juntándoos a mis espaldas?

Elsa con una angustia tremenda, al ver a Liam tan desatado, se explicó:

—Quería contártelo, Liam. De hecho, llevaba días barruntado cómo hacerlo....

—Ah, que querías contarme que te has pasado por el forro mis normas. Perfecto. Pues que sepas que me has decepcionado profundamente, pero ya hablaremos en casa... Ahora ¡desapareced! ¡Apartaros de mi vista! —exclamó señalando la puerta con la cabeza.

—Te estás equivocando, papi. Elsa lo que ha hecho es que triunfe el amor —le dijo Killiam cogiendo de la mano a Elsa.

—La vida real no es una novelita romántica de las que ella devora. Y lo único que ha logrado con su feliz idea ha sido acabar con mi confianza para siempre.

Elsa con los ojos llenos de lágrimas, puesto que tenía una pena infinita dentro le aseguró:

—Entiendo tu reacción, Liam. Pero deja que te expliquemos y lo entenderás todo.

Liam, frunciendo el ceño y con la mirada cargada de ira, le recordó:

—Cuando pasó lo de las bicicletas, te advertí de que era la última vez que hacías lo que te daba la gana. Pero a ti te da igual todo... Y has agotado mi paciencia, señorita Taylor. No soy un tipo que conceda segundas oportunidades a nadie. Y mucho menos a alguien como tú, que ya no merece más que mi desprecio.

—Papi que...

—¡Cállate, Killiam! Claro, que cómo no vas a ser así de descarado, si he cometido el error de meter en mi casa a una mujer a la que le importa todo un bledo.

Elsa cogió su bolso, se lo colgó del hombro y le pidió a Killiam luchando por no llorar:

—Vámonos a casa, Killiam. Ya hablaré a solas con tu padre...

El señor Byrne estalló en un bufido, aplaudió y luego dijo con cinismo:

—¡Por fin vas pillándolo! ¡A casa, ya!

Killiam y Elsa se marcharon y Liam se quedó frente a frente con la señora Ramsay que le miraba sin dar crédito:

—Pensaba que ya no tendrías tanto odio dentro, Liam. Y no sabes cuánto me apena.

Liam se revolvió el pelo con la mano, agarró una silla y le pidió a la señora Ramsay:

—Siéntate, Daisy. Tenemos que aclarar esto de una vez por todas.

La señora Ramsay se sentó frente él, triste, pero al mismo tiempo manteniendo el control de la situación:

—Me siento porque somos dos personas civilizadas. No me ha gustado nada lo que acabas de hacer. Esos gritos, esos aspavientos, son de todo punto...

Liam con la vena del cuello hinchada, frunció el ceño y replicó muerto de rabia:

—Barriobajeros, ¿es eso Daisy? ¿Es lo que te parezco? Veo que sigues tan clasista como antaño...

La señora Ramsay dio un manotazo al aire, negó con la cabeza y le aclaró:

—Se trata de respeto y de cariño. Killiam y Elsa no se merecían que les hicieras pasar por ese bochorno. Gritarles así, como si hubieran hecho algo terrible...

Liam le clavó la mirada, llena de odio, se aflojó un poco el nudo de la corbata y exclamó:

—¿Es que lo han hecho! ¡No quiero que mi hijo tenga trato contigo! ¿Estamos?

Daisy negó con la cabeza y sin en el más mínimo titubeo, pues sabía que tenía la razón, replicó:

—Yo estaba de vuestro lado, Liam. Intenté explicártelo, pero nunca hubo forma. Estabas lleno de dolor y de rabia. Pero ahora déjame que te cuente que yo tuve unas discusiones terribles con mi marido para que aceptara lo vuestro. Que yo solo quería que mi hija fuera feliz y yo sabía que contigo lo era. Y cuando se quedó embarazada, yo la apoyé... Pero mi marido, ya sabes cómo era, y me amenazó con destruirme si no cortaba los lazos con Miranda y contigo. Él era muy poderoso, tú sabes que tenía contactos en todas partes y que no le iba a temblar la mano, aunque fuera con su propia esposa. Pero con todo, me rebelé, y el día que por fin le pedí el divorcio, perdimos a Elsa. El resto de la historia ya la sabes... Intenté por todos los medios que me escucharas, pero lo que tuve que soportar otra vez fue la misma amenaza: tú también querías destruirme. Y entre el duelo de mi hija y lo horrible de la situación, caí en una depresión severa, de la que salí hace un par de años. Y si salí fue porque soy la abuela de Killiam... Y sé que me necesita...

La señora Ramsay ya sí que no pudo contenerse más y rompió a llorar, mientras Liam replicó sin conmoverse lo más mínimo por las lágrimas:

—Sé que apoyaste a Miranda, pero un día, de buenas a primeras, le retiraste ese apoyo... Y eso no te lo voy a perdonar en la vida. Le rompisteis el corazón... Y murió con esa pena. Fuisteis unos desgraciados y yo os voy a maldecir toda la vida.

—Tuve que hacerlo así para que Miranda no descubriera que su padre me había amenazado. De haberse enterado, se habría liado mucho más gorda, y mi marido nos habría hecho muchísimo daño a todos. Yo soy otra víctima del señor Ramsay, no su cómplice... No tuve otra opción, Liam.

—¿No tuviste más opción que retirarle la palabra a tu hija? ¿Pero qué me estás contando, Daisy?

—Lo hice así para ganar tiempo. No se me ocurrió mejor forma de alejarla de nosotros. Si le contaba la verdad, era obvio que Miranda iba a enfrentarse duramente con su padre. Y yo sabía lo que iba a pasar... Iba a hundirle la carrera, la vida entera. Y a ti igual... A todos. Mi marido era terrible, frío, radical, despótico... Iba a ser capaz de todo. Así que decidí fingir que le apoyaba, mientras me asesoraba bien y preparaba mi divorcio. Puedes hablar con mis abogados que te lo confirmarán todo. De hecho, hasta mis primas de París, me habían conseguido una plaza en un hospital... Mi plan era mudarme a París, y desde allí retomar mi relación con Miranda, contarle todo y pedirlos que os viniereis a Europa conmigo. París, era un lugar seguro, allí jamás nos habría alcanzado la ira del señor Ramsay. Pero todo mi plan se truncó cuando Elsa murió... Luego, mi marido enfermó gravemente y me quedé con él hasta el final. En su agonía me pidió perdón... Pero

ya es Dios el que tiene que hacer ese trabajo...

Liam se apretó fuerte la sien, porque toda esa información le tenía desbordado:

—Daisy, te juro que como me estés mintiendo...

La señora Ramsay le agarró de la mano, le miró a los ojos y le preguntó:

—¿Tú crees que esta es la mirada de una mujer que miente?

Liam apartó la mano, le retiró la mirada y murmuró:

—Lo que sé es que quiero que mi hijo crezca feliz. Los Ramsay destrozaron la vida a mi esposa y no pienso consentir que hagan lo mismo con mi hijo.

—Killiam es alegre y generoso como ella... Miranda no era para nada Ramsay, mi hija salió a los míos, es una Clarke. Como Killiam. Mi padre era un hombre maravilloso, entregado, familiar, cariñoso, amable, divertido... Es como tu hijo... Yo no soy una Ramsay, me casé con ese hombre, pero yo no tengo nada que ver con él. Desgraciadamente, cometí el error de enamorarme de él y mi vida fue un auténtico infierno. Habla con mis primas de París, habla con mis compañeros de trabajo, habla con mis abogados, Liam, si no me crees...

—Miranda me hablaba mucho de su abuelo Robert Clarke. Decía que era una de las personas que más había querido y admirado en su vida. Y que ella era idéntica a él. Miranda siempre decía que era una Clarke... Y mi hijo es muy Clarke... —confesó Liam, bajando la vista para que Daisy no viera que estaba a punto de llorar.

—Te suplico que me perdones por el daño que le pude hacer a Miranda, pero tenía una razón y quería contártela. Llevo tanto tiempo para hacerlo...

—No quería hablar contigo. Estaba lleno de odio y de resentimiento. De hecho, no sé si algún día llegaré a sentir otra cosa que no sea eso.

—Te entiendo. Pero en aquel momento, pensé que estaba haciendo lo correcto. Que era lo mejor por el bien de todos. ¿Y crees que no fue sacrificio para mí apartarme de Miranda? ¿Tú sabes lo que yo quería a mi hija? ¿Tú sabes el dolor que sentí en mi corazón cuando tuve que gritarle que me olvidara? Ese día creí que me moría...

La señora Ramsay rompió a llorar, pero Liam esta vez cogió una servilleta de papel y se la tendió, porque estaba destrozado:

—Joder, esto es una auténtica mierda.

La señora Ramsay se enjugó las lágrimas, le miró y le recordó:

—No lo es, porque tienes un hijo maravilloso y una mujer que te ama con locura. Tienes mucha suerte, Liam. Mi hija era un ángel y ahora Dios te ha mandado a otro. De hecho, pienso que ellas habrían sido muy buenas amigas. Y espera que no sea la misma Miranda la que te haya mandado a Elsa. Esa chica vale oro. Quiere a Killiam como si fuera su hijo, le cuida, le protege, y le educa como la mejor de las madres. Y mi nieto la adora, la quiere de la misma manera... Hay un vínculo muy fuerte y muy bonito entre ellos, que ya nadie va a romper. Te pongas como te pongas. Y ella te ama... Bebe los vientos por ti. Así que recapacita y no estropees esto tan bonito y bueno que tienes. Es un regalo de la vida, Liam. Valóralo.

Liam se revolvió el pelo con la mano, bufó y reconoció:

—Tengo un cabreo tremendo. No estoy para valorar nada.

—Quiero que sepas que me planté en tu casa hace un par de meses, porque ya no podía más. Los informes de los detectives que tengo contratados desde hace años me decían que ahora estabas con alguien... Y pensé que era el momento perfecto...

Liam dio un respingo en la silla, porque aquello le cabreó más todavía:

—¿Nos has estado espiando?

—Quería saber de mi nieto. Tú habrías hecho lo mismo estando en mi lugar. Pero eso ya me sabía a muy poco, me planté en el portal de tu casa y me presenté sin más. A Killiam le faltó tiempo para abrazarme y Elsa se conmovió. Elsa adoraba a su abuela... Y su abuela siempre le aconsejaba que cuando no supiera qué hacer, que se guiara por su corazón. Así que eso hizo... Y dejó que el amor hablara... Justo lo que deberías hacer tú. Vuelve a casa, Liam Byrne y habla a esa chica con el corazón. No se merece que hagas otra cosa.

La señora Ramsay entonces se levantó y Liam le preguntó antes de que se marchara:

—¿Y ahora qué? ¿Qué va a pasar con mi hijo? ¿Cuáles son tus intenciones?

Daisy movió la cabeza, pestañeó muy deprisa y después inquirió:

—¿Tú no escuchas, Liam? Ahora tenemos que hacer las cosas con amor. Yo no pienso judicializar esto... Yo solo quiero que nos relacionemos desde el amor. Y no pienso permitir que esto se haga de otra forma.

Liam también se puso de pie, se ajustó el nudo de su corbata y negando con la cabeza, habló:

—Han pasado demasiadas cosas, Daisy, como para que de repente los arcoíris y los unicornios floten en el aire.

La señora Ramsay puso la mano en el pecho de ese hombre y le pidió:

—Solo tienes que escuchar a tu corazón. Cuando lo hagas, llámame... Pero nunca olvides que Killiam es mi nieto. Y que nos han bastado dos meses para unirnos tanto que esto ya no lo rompe nada ni nadie...

Capítulo 21

Liam llegó a casa con tanta información que iba a estallarle la cabeza. Lo que le había contado Daisy era terrible... Y lo peor era que sabía en el fondo de su corazón que no estaba mintiendo.

Miranda siempre le había hablado de la nobleza y de la lealtad de su madre, de su generosidad y amor, por eso le había sorprendido tantísimo que le retirara la palabra de una manera tan cruel y brusca.

Y sobre todo le había dolido de una manera que no estaba escrita.

Porque de su padre lo esperaba todo, pero de su madre no. Y había sufrido tanto con su desprecio que él había jurado no perdonarla jamás.

Pero claro, ahora era todo diferente, ahora que sabía la verdad de Daisy de repente lo entendía todo.

Si bien, necesitaba tiempo para procesarlo...

Y ya tomaría una decisión.

Porque él desde luego que no se iba a dejar guiar por el corazón. Y mucho menos cuando se trataba de lo más importante de su vida.

Todo lo relacionado con Killiam era tan serio y trascendente que lo que exigía era cabeza. Muchísima cabeza...

Y eso era lo que iba a hacer...

Por eso, entró en casa con la cabeza bien fría y se encontró con Elsa que estaba sentada en el sofá del salón, con una cara que era un poema:

—Killiam está en su habitación —le informó, clavándole la mirada.

Y Liam sintió una cosa tan horrible el estómago, que tuvo que carraspear y apartarle la mirada:

—Qué raro, que hagas lo que debes... —masculló con la vista clavada en el ventanal.

Elsa se levantó, se situó detrás de él y le dijo con la voz quebrada por la emoción:

—Lamento mucho lo ocurrido, Liam. De verdad que lo siento. Pero yo te juro que he hecho todo por el bien de Killiam. Daisy apareció de repente, se presentó y ya sabes cómo es tu hijo. Es muy sensible, empático y cariñoso... Y la vio tan triste, porque tenías que haberla visto, que se abrazó a ella. Y ante esa verdad ¿qué podía hacer?

Liam se giró, la miró con un cabreo tremendo y, apretando los puños, replicó:

—Llamarme. Y contármelo todo. Yo te habría dicho cómo proceder. Pero con cabeza...

—Sabía que tenía que ponerte al corriente, pero tú habías cerrado las puertas a Daisy. Y sabía que ibas a seguir negándote a escucharla... Tú actuación con cabeza habría implicado alejarla para siempre de Killiam. Y no tienes derecho a hacer eso...

—Derecho... Ajá. ¿Eres abogada? ¿Juez? ¿Quién eres tú para hablar de derechos, Elsa Taylor? ¡Tú no te puedes hacer una idea del daño que nos hicieron!

Elsa, que no pensaba dejarse amedrentar, replicó:

—Tu suegra fue una víctima de su marido. Como todos.

—Me lo ha contado... Tengo la cabeza que me va a explotar. Y me pide ahora que me guíe por

el corazón... Siguiendo tu ejemplo. Joder, Elsa, ¡yo confiaba en ti! ¡Maldita sea!

Liam se apartó de ella y se fue a la otra punta del salón con una rabia y una frustración tremendas:

—¿Crees que no calibré las consecuencias? Pero antepuse la felicidad de Killiam a todo. Aun a riesgo de que lo nuestro se fuera a la mierda.

—Oh, ¡qué buena y generosa eres! ¡Te felicito! —exclamó con un sarcasmo que a Elsa le dolió en el alma.

—Tú no ibas a entrar en razón. Al final ibas a forzar a Daisy a ir por la vía penal... Y yo no quería eso para Killiam. Él es un chico bueno, dulce y cariñoso que se merece que todos hagamos el esfuerzo para que siga creyendo que este jodido mundo aún tiene remedio.

—¡No seas ridícula! ¿Qué remedio tiene? Este mundo es una puta mierda... Te contaré una historia... Había una vez un hombre que perdió a la mujer de su vida y quiso morirse... De hecho, lo intentó... Pero cuando estaba a punto de ponerse el cinturón de sus pantalones en el cuello, para colgarse de una viga, le llamó su padre... Y como no lo cogía, su padre insistió y volvió a insistir... Y a ese hombre desesperado, no le quedó más remedio que coger el teléfono y escuchar a su viejo decir: “¿Estás bien, hijo? Es que he sentido un escalofrío y...”.

Elsa se dejó caer en el sofá y, llevándose la mano a la boca, horrorizada por el relato confesó:

—¡Dios mío, Liam! ¡Qué pena más grande!

—A nuestro hombre se le partió el corazón al escuchar a su viejo, se sintió más miserable que nunca y decidió seguir viviendo. O sobreviviendo más bien, porque nuestro hombre había perdido la ilusión y las ganas... Pero tenía que luchar por los suyos... Así que se centró en el trabajo con tanto empeño, que sus negocios le hicieron un hombre rico... Aparentemente, ese hombre lo tenía todo, éxito, mujeres que querían acostarse con él... Pero él estaba vacío por dentro. Tan vacío y seco que ya ni le salían las lágrimas. Tan solo tenía dentro amargura, rencor, odio, rabia, asco... Y entonces, apareció ella... La tocapelotas de la profesora de música de su hijo. Irritante, petarda, pelma, la mayor mosca cojonera del todo el estado de Nueva York. Pero mira tú por dónde un día bailó con ella, en la boda de su mejor amigo... Y... Algo pasó, y esa chica empezó a encender una chispa en el corazón congelado de nuestro hombre. Y aquello que se encendió ese día poco a poco fue creciendo, hasta que él le pidió que se fuera a vivir con ella. Porque la necesitaba en su cama y en su vida... Porque esa chica se estaba metiendo tan dentro, que estaba empezando a creer que había esperanza para él. Que, por fin, había vuelto de entre los muertos. Y que de nuevo tenía una vida...

Elsa llorando se tapó la cara con las manos y le suplicó porque sabía que ahora iba a ser terrible con ella:

—Liam por favor... No seas duro, conmigo. Te lo suplico. No voy a soportarlo.

—Yo quería regalarte una historia con un final feliz, como las que te gustan. Pero resulta que no puedo porque esa chica, después de traicionar una vez la confianza de ese hombre, y jurar que no se iba a volver a repetir: lo hizo de nuevo. Y propició el acercamiento de su hijo, lo que más quiere ese hombre del mundo, con la única mujer a la que no debería haberse acercado en la vida. Y él de nuevo, en ese mismo instante, volvió a sentir que se moría. Porque la decepción y el dolor es tan grande, que de nuevo nuestro hombre siente que el mundo es una auténtica mierda.

Liam se acercó a la camarera que estaba junto a la librería, se sirvió un whisky, mientras Elsa suplicaba:

—No sigas, por favor.

—No, si no hay más que decir. El cuento ha terminado. ¿Estamos? —preguntó tras trasegarse el

whisky del tirón.

Elsa se levantó, se acercó a él y preguntó muerta de pena:

—¿Cómo que ha terminado?

Liam le clavó la mirada, y sintiendo una pena infinita, replicó:

—Es muy sencillo, Elsa. He perdido la confianza en ti. Lo has echado a perder todo. Así que sal de mi casa, no te quiero en mi vida.

Elsa recortó la distancia que los separaba y le habló muy emocionada:

—Entiendo lo de la confianza, pero lo hice porque pensé que era lo mejor. En cualquier caso, en ningún momento quise traicionarte, ni serte desleal...

Liam dio un par de pasos atrás, con todo el dolor de su corazón, porque lo que realmente tenía ganas de era abrazarla.

Pero no podía hacerlo, tenía que reprimir todos esos impulsos y dejarse llevar por la razón pura y dura.

Así que la miró con desdén, se cruzó de brazos y le habló como si fuera su empleada, como si entre ellos no hubiera habido algo profundo y muy intenso que él no se había atrevido a llamarlo amor, pero que se parecía demasiado:

—Lo has sido, señorita Taylor. Y ya no hay vuelta de hoja. Te lo advertí cuando pasó el otro incidente. Y ya no hay nada más que hablar. No quiero volver a verte por aquí. Te pagaré un buen finiquito por las clases de Killiam y en cuanto al colegio, termina tu curso, apenas quedan unas semanas, y renuncia a tu puesto. Me encargaré de que te compensen bien por los servicios prestados...

Elsa se sintió tan mal, al escuchar al hombre que amaba hablarle con semejante frialdad, rota por la tristeza, farfulló:

—Yo ya pensaba renunciar, tú lo sabes... No puedo compaginar mi carrera de pianista con la docencia.

Liam entonces le dio la espalda y se dirigió a la ventana, porque es que no podía sostenerle la mirada. No podía verla así de afligida, así de hundida, así de rota...

Pero sus normas eran sus normas. Y ella las había contravenido todas. Era duro, sí. Muchísimo. Tanto que seguramente le estaba doliendo a él más que a ella, pero se vio obligado a decir:

—Solo sé que ya me importa un bledo lo que hagas con tu vida.

Elsa, rompió a llorar y, en su desesperación, se abalanzó sobre él y se abrazó a su espalda:

—Liam, por favor, perdóname. Te lo suplico...

Liam sintió que iba a romperse también, además se moría por darse la vuelta y abrazarla, besarla, hacerla suya. Decirle que todo estaba bien, que esa noche después de sus ensayos, cenarían la lasaña que tenían en la nevera y verían los dos últimos capítulos de la serie que les tenía enganchados.

Luego, se meterían en la cama y con la luz apagada, como les gustaba a ellos, se podrían a hablar de todo y de nada, y a reír, porque con Elsa, las risas siempre estaban garantizadas.

Y después...

Después iba a poseerla, a amarla, a hacerle amor desesperado y ardiente hasta fundirse en un solo ser.

Sin embargo, reprimió todas sus ganas y decidió que lo correcto era seguir con su forma de ver y entender las cosas.

Él era un hombre recto y firme que no transigía ni un pelo con las deslealtades ni las traiciones.

Y aunque Elsa decía que lo suyo no había sido tal cosa, que había actuado buscando lo mejor

para Killiam, la realidad era que esa mujer le había mentado.

Y eso no lo podía consentir...

Porque si había algo que Liam no soportaba era la mentira. Así que se apartó de ella, y le exigió en el tono más gélido y desagradable que encontró:

—No te humilles, ten al menos la decencia de no seguir haciendo el drama. No sé qué lloriqueas tanto, cuando sabías que esto era lo que iba a ocurrir. Yo nunca te engañé, Elsa. Te advertí de que esto iba a pasar. ¿O pensabas que por revolcarte en mi cama iba a ser diferente?

Elsa se retiró las lágrimas con el dorso de la mano, triste pero cada vez más enojada, porque el Liam que tenía frente a ella no le estaba gustando nada:

—Tú no eres así, Liam. Entiendo que estés dejándote de llevar por el enfado, pero sé que lo nuestro es mucho más que un revolcón.

Liam pensó que claro que lo era, pero no podía dejarse llevar por sus sentimientos. Tenía que ser racional y consecuente, era lo que había...

—Eso que llamas lo nuestro podía haber sido demasiadas cosas. Pero tú te has encargado de mandarlo todo al infierno. Así que, ¡disfruta tu pifia, señorita Taylor!

Llegados a ese punto y viendo hasta dónde ese hombre estaba dispuesto a llegar en su inflexibilidad, le preguntó:

—Y con Killiam ¿qué vas a hacer? ¿También vas a ser tan severo y punitivo con él? ¿Vas a cometer el terrible error de separarle de su abuela?

Liam ansioso por terminar con ese momento tan amargo cuanto antes, decidió ser más duro todavía para que Elsa se fuera de una vez. Y a ser posible odiándole tanto que ni intentara retomar el contacto dentro de algún tiempo:

—Lo que haga al respecto a ti te tiene que dar lo mismo. No sé qué parte no entiendes de la frase: “estás fuera de mi vida”.

Elsa respiró hondo, cogió su bolso y mirándole con una pena infinita, concluyó:

—Así que esto es lo que quieres... Está bien. Yo ya me voy. Empaca mis cosas y mándalas con un mensajero. Yo no tengo fuerzas para hacerlo...

Y Liam para asegurarse de que iba a odiarle para los restos, la remató diciendo:

—Tranquila, yo lo haré gustoso. No quiero nada que me recuerde a ti. Pero se me pasará pronto... Me has decepcionado tanto que va a ser muy fácil olvidarte... Y a ti seguro que te pasará lo mismo, supongo que no tardarás mucho en revolcarte con otro... Es lo que tiene ser una desleal y una traidora... Podrás irte con cualquiera sin problemas...

Elsa que no pensaba soportarle ni una impertinencia más, salió disparada de la casa en la que había sido tan feliz, dando un portazo tremendo...

Capítulo 22

Una semana después, Elsa triste y ojerosa, paseaba por Central Park junto a Thomas que se había empeñado en sacarla a que le diera el aire un poco después de las clases.

—Me tienes muy preocupado últimamente. Estás apagada, te vas arrastrando por los pasillos, apenas abres el pico... ¿Me quieres contar qué te pasa?

—¿Para esto querías sacarme? —replicó Elsa, que no tenía ganas de hablar de sus problemas.

—Es que se te ve tan pálida y apenas debes dormir, porque tienes unas ojeras que no te las había visto en la vida.

—No pego ojo. Pero estoy bien. Tú, tranquilo... —mintió Elsa, mientras caminaba a buen ritmo a su lado.

—No estoy tranquilo. Y más cuando sabías que esto iba a pasar. Porque tú estás así por culpa de la Bestia...

Elsa arqueó una ceja, puesto que le sorprendió que fuera algo tan evidente:

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque ya no vienes a clase en un coche con chófer... Porque ya no esperas a Killiam para regresar con él... Porque os he visto a los dos hablar y estáis tan tristes que es muy fácil inferir que ese tío te la ha liado y bien parda. ¡Y te lo dije! —exclamó revolviéndose el pelo y lleno de rabia.

—Ya sé que me lo dijiste. No obstante, he sido yo la que la ha pifiado... Contravine una de sus normas y sigo pensando que hice lo correcto, pero él es inflexible con eso. Y ese mismo día me pidió que me fuera de su casa. Ya no le doy clases a Killiam y luego también me pidió que renunciara a mi puesto. Cosa que pensaba hacer porque me es imposible compatibilizar los dos trabajos...

Thomas se paró de golpe, pues lo que acababa de escuchar le estaba haciendo que se le subiera la bilis a la boca:

—¡Ese tío es un auténtico hijo de puta! Pero lo que me parece más increíble es que tú le estés justificando. ¿Cómo que fuiste tú la que la pifiaste?

—Hice algo que no tenía que hacer, pero me pareció que era lo correcto por el bien de Killiam.

—Entonces, ¿qué problema hay?

—No quiero hablar del tema con más detalle, porque es un asunto muy íntimo. El caso es que él se lo ha tomado como una deslealtad y una traición. Y ha actuado en consecuencia...

—Se lo ha tomado así, porque abusa de su poder, es un tirano y un prepotente. Tienes que denunciarlo...

Elsa le miró alucinada, ya que para nada pensaba pasar por eso:

—Está todo bien como está. Me ha dado un generosísimo finiquito por las clases particulares y en cuanto al colegio me ha asegurado que será igual. Además, yo voy a ser la que va a presentar la baja voluntaria. No puedo seguir dando clases, independientemente de lo que ha pasado con Liam.

Thomas se arrancó otra vez a andar, a grandes zancadas, y replicó sintiendo un odio terrible por ese hombre:

—Pero no puedes permitir que te trate como a un gusano. Porque eso es lo que ha hecho contigo: aplastarte. Tienes que pelear por lo que es tuyo. Tienes que luchar con uñas y dientes por tu puesto de trabajo.

—Te estoy diciendo que no voy a poder compatibilizar los dos trabajos.

Thomas sin parar de hacer aspavientos con las manos, replicó para que esa chica entrara en razón....

—¿Y por qué tienes que renunciar al trabajo fijo y seguro? Porque seamos serios, amiga, lo de ser concertista es muy bonito, pero lo tienes todo en el aire. No me vas a comparar un puesto fijo en un colegio de élite, con ser concertista de piano...

Elsa sin embargo lo tenía todo tan claro, que replicó convencida:

—Porque es lo que soy, Thomas. Me refugié en la enseñanza, después de fracasar como concertista. Pero gracias a Liam recuperaré la confianza en mí misma y hoy puedo tener un presente y un futuro como concertista. Estoy en el circuito, mi agenda está llena. Tengo conciertos apalabrados con instituciones y fundaciones de todo el país.

—¿Y eso cuánto te va a durar? ¿Un año? ¿Dos?

—Toda la vida. Voy a pelear duro y sé que lo voy a lograr.

Thomas con un cabreo monumental se sentó en un banco y, negando con la cabeza, explotó:

—¿Tú estás tonta, amiga? ¿Pero tonta de remate? ¿Cómo ese tío te ha podido convencer de que sigas un sueño efímero, cuando tenías el pájaro en tu mano? ¡La gente mata por entrar en nuestro colegio! Ganamos bien y el puesto es para toda la vida. ¿Vas a cambiar eso, por estar dando tumbos por todo el país tocando tu pianito?

Elsa que en la vida había visto a su amigo así de furioso y descontrolado, le miró alucinada y replicó:

—¡Te estás pasando, tío!

—No, el que se ha pasado es ese cerdo que te ha lavado tan bien el cerebro que todavía lo defiendes. ¿Cómo que Liam hizo que recobraras la seguridad en tí? Ese tío lo que hizo fue ponerte el caramelito en la boca, para sacarte del colegio porque le sobras. Siempre le has sobrado. ¿Pero es que no te das cuenta? ¡Lleva queriéndote expulsar del colegio desde siempre! ¡Y tú lo sabes! — le recordó, preso de una furia horrible.

—Lo sé. Pero nuestra relación cambió y todo empezó a fluir...

—Vamos que te pegó cuatro polvos...

Elsa, que no estaba dispuesta a que la conversación siguiera por esos derroteros, se plantó:

—No pienso seguir por ahí. Lo lamento mucho. Pero hasta aquí hemos llegado.

—Soy tu amigo. Te tengo que decir la verdad. Esa que no quieres escuchar. ¿Cómo no puedes darte cuenta de que todo ha sido una estrategia de ese hijo de puta para hundirte y machacarte? ¿Por qué te crees si no que es un tío de éxito? Pues porque es un hijo de puta. ¿Conoces a alguno que no lo sea? Están ahí arriba porque son capaces de vender hasta su madre...

—Liam es un tipo decente —afirmó Elsa.

—Tan decente que para conseguir su objetivo ha sido capaz de seducirte, convencerte de que debes abandonar por ti misma tu puesto de trabajo y después mandarte a tomar viento fresco. ¿No te das cuenta de que es una estrategia perfecta urdida por ese cabrón?

Elsa sabía que no, por mucho que dijera su amigo, ella sabía que lo que había habido entre ellos había sido de verdad.

Que la atracción abrasadora, los besos, las caricias, las noches de pasión eternas, la complicidad, las risas, las confidencias...: todo había sido verdad.

Era imposible que pudiera fingirse lo que ella había visto en los ojos de ese hombre cuando le había rozado la piel, cuando le había dicho que le amaba o cuando se había derretido con sus caricias.

—Lo que ha sucedido entre nosotros ha sido otra cosa. Ya te lo he dicho. Todo ha saltado por los aires porque tenemos punto de vista dispares —aseguró Elsa, con una pena tremenda en el corazón.

—¿Y qué clase de persona saca a otra de su vida, así, de cuajo, porque no comparte su punto de vista? ¡Yo te lo diré! Ese hombre es un ser perverso, narciso y tirano que menos mal que te has quitado de encima. Esa es la buena noticia...

—Liam no es así.

Thomas se levantó de un respingo, se plantó frente a ella y replicó:

—Te ha abducido. Pero yo me voy a encargar de que abras los ojos. Y voy a estar a tu lado. Vamos a pelear juntos y no vamos a permitir que ese cabrón se ría de ti. Porque yo sí que te amo de verdad...

Elsa se quedó de piedra porque para nada se esperaba que saliera con eso:

—¿Qué? —preguntó pestañeando muy deprisa.

—Que yo te amo, Elsa. Estoy enamorado de ti. Es algo muy profundo y muy meditado. No es algo que te diga por decir... Es algo que llevo sintiendo hace tiempo y que es muy grande. Te amo y solo deseo lo mejor para ti. No imaginas lo que he sufrido estos días viendo cómo ese gilipollas jugaba contigo. Era tan triste... Porque yo sí que te puedo dar amor a manos llenas, yo soy como tú, vengo de abajo, soy un chico humilde, decente, trabajador... Yo soy el que te conviene, el que va a estar siempre a tu lado, el que jamás te dará una patada porque opines distinto a mí... Pero tú no me veías, tú solo tenías ojos para ese tío... Y sabía que te equivocabas. Sabía que solo era cuestión de tener paciencia y acabarías viniendo a mí a que recompusiera tus pedazos...

Elsa que estaba alucinada escuchando todo aquello de lo que no tenía ni la más mínima sospecha, repuso para aclararle unas cuantas cosas:

—No tenía ni idea de que te gustaba, pero te vuelvo a repetir que te equivocas con Liam. Es un hombre hecho a sí mismo, que ha trabajado muy duro para tener lo que tiene. No se lo ha arrebatado a nadie... Está ahí por méritos propios... Y viene de abajo, no es un niño de papá de vida regalada... Y en cuanto a lo de mis pedazos... Tú eres el que ha insistido en que demos el paseo, no te estoy pidiendo que recompongas nada.

—Porque estás perdida, porque ese tío te ha sorbido el seso y ya no sabes ni lo que quieres. Pero para eso estoy aquí... Mi amor es sincero, Elsa. Mi amor es el más puro y verdadero con el que te vas encontrar en tu vida. Y ahora si me permites...

Thomas recortó la distancia que había entre ellos, cogió a Elsa de los hombros y le plantó un beso en los labios.

Elsa rígida, al sentir esos labios fríos sobre los suyos, sintió tal rechazo que se apartó y exclamó:

—No, Thomas. No puede ser. No siento nada por ti. Nunca lo he sentido y nunca lo voy a sentir.

Thomas sonrió porque al fin había abierto su corazón y le aseguró:

—Yo te ayudaré a que sane tu herida y te enseñaré lo que es la verdadera felicidad.

—La música será la que lo haga. Pienso centrarme en mi trabajo de concertista que es lo único

que me importa en este momento.

Thomas bufó, dio una patada a un árbol de pura rabia y replicó:

—¡Y dale con eso! ¡Escúchame maldita sea! Yo no te digo que no te des el capricho de tocar de vez en cuando, pero es eso un capricho de pija... Tú no eres eso. Tú eres una chica humilde que tiene que pensar en encontrar algo seguro que te garantice que vas a vivir sin sobresaltos. Tienes deudas, Elsa, luego querrás comprarte un apartamento, querrás tener hijos... Para eso necesitas un trabajo estable. No dejes tu puesto en el colegio. Eres feliz dando clases, tienes amigos y sobre todo me tienes a mí. Yo puedo darte una estabilidad emocional, puedo amarte como nadie, en un par de años podríamos comprarnos un apartamento en las afueras, tener hijos... Joder, Elsa yo te lo puedo dar todo.

Elsa respiró hondo y, más convencida que nunca de la decisión que había tomado, replicó:

—Pero es que yo deseo otra cosa... Y mi vocación no es un capricho. Es mi vida entera. Y no tengo miedo a tomar el camino más difícil. Al contrario, elijo correr riesgos, elijo seguir a mi corazón, elijo dedicarme a lo que más amo. Y en cuanto a nosotros... No siento nada por ti que no sea amistad... Aunque con esta conversación, si te soy sincera, me estás haciendo dudar de que seas un amigo. Porque un amigo te apoya y te acepta... No te alienta para que abandones tus sueños...

—Yo no puedo aceptar locuras... Yo lo que estoy haciendo es lo que haría cualquier persona sensata. Nada más. Y si no lo entiendes, es que estás mucho peor de lo que pensaba.

Elsa le miró con pena, porque Thomas había sido un apoyo importante, pero ahora es que ni le reconocía:

—Si tener una vocación te parece una locura, me temo que el que tienes un problema eres tú.

—Recapacita, reflexiona, piensa... Yo voy a estar esperándote.

Elsa se limitó a encogerse de hombros y a darle un consejo:

—Vive tu vida, Thomas. Seguro que encuentras a una chica que se adapte a tu guion de vida. Pero conmigo no cuentes... Yo voy a seguir mis sueños... Y no voy a permitir que nadie me haga cambiar de idea...

Y sin más, se dio la vuelta y caminó de regreso a casa sintiéndose tan segura de sí misma, tan confiada y orgullosa, que a pesar de toda la pena que tenía por Liam, sonrió de oreja a oreja.

Porque se tenía a ella.

Y si algo tenía claro era que ya no se iba a traicionar a sí misma nunca más...

Capítulo 23

Días después, Elsa se reía con su hermana de lo sucedido con Thomas:

—¡Es que no se puede ser tan guapa, hermanita! ¡Vas rompiendo corazones! —bromeó Kelly.

—Uy sí. Ya ves. Ahora me río, pero me quedé muerta cuando se me declaró. Yo es que no tenía ni idea de que le gustaba. No emitía ni la más mínima señal...

—O tú no lo captabas, porque solo tenías ojos para la Bestia Byrne.

A Elsa le dio un vuelco al corazón al escuchar su nombre, y se puso de repente muy triste:

—No le llames así. No me gusta.

—No se merece otro nombre, después de cómo se ha portado contigo. Harry lleva intentando comunicar con él desde que rompisteis, pero no hay manera... Así que se puso en contacto con Sandra, su secretaria, y le ha contado que no está para nadie. Que lleva así unos días... Que ha anulado todas las reuniones y viajes y se pasa el día encerrado en su despacho.

A Elsa se le llenaron los ojos de lágrimas, porque aquello no estaba siendo fácil para nadie:

—Pobrecillo.

—Tía, ¿cómo que pobrecillo? ¿Después de lo que te hizo? ¡Se merece lo que le está pasando! Ahora que recapacite y pida perdón... Tan fácil como eso.

—Esta situación es durísima. Yo lo estoy pasando de pena. Apenas pruebo bocado, no duermo, estoy con unas pintas horribles y no te cuento hasta dónde me llegan las ojeras. Por eso me sacó Thomas a dar un paseo... Pero en qué hora... Y encima me besó.

—Jajajajajajaja. ¿Y qué tal?

—Mal. Rematadamente mal. Uf. Liam me ha puesto el listón tan alto... Nadie besa como él...

—Hermanita: tú estás pillada hasta las trancas.

Elsa se tumbó en la cama de su cuarto y con la vista clavada en el techo replicó:

—Sí, no te lo voy a negar. Me ha hecho mucho daño, me dijo cosas muy duras, pero le quiero. Lo que siento por él es tan fuerte que no va a desaparecer de un día para otro.

—Ya, pero es que deberías odiarle. De hecho, te recuerdo que tú detestabas a este tío...

—Ya, pero eso era antes de conocerlo. Ahora que sé su historia, su vida, lo que ha sufrido, lo que ha luchado, lo que lleva pasado... lo entiendo todo. Y qué quieres que te diga... no puedo odiarle. Es más, entiendo su reacción, su desprecio y su abandono. Lo comprendo perfectamente —dijo mientras un par de lágrimas le caían por el rostro.

—Tía, qué empática eres.

Elsa se retiró las lágrimas con los dedos y masculló con un deje de tristeza en la voz:

—Pero estoy sufriendo como una condenada. Porque le extraño tanto, siento tal vacío en mi corazón, me duele tanto su ausencia. Joder, Kelly, lo estoy pasando de pena...

—Me puedo hacer una idea. Y mamá está tan preocupada por ti. Bueno, todos lo estamos...

—No me quedó más remedio que contarle la verdad. Cuando me vio llegar a casa, la pobre estuvo toda la tarde llorando conmigo. A ella le cayó muy bien Liam... De hecho, dice que no me preocupe, que esto es pasajero, que volverá más pronto que tarde. Y Killiam piensa igual,

hablamos todos los días en el colegio y me ha contado que apenas ve a su padre. Que llega tardísimo a casa y le ve francamente mal. Según él es porque está arrepentido y no sabe cómo pedirme perdón. Yo creo que no...

—Es su hijo, y le conoce mejor que nadie. Si el crío piensa eso, es por algo.

—Porque me adora y me echa mucho de menos. Como yo a él. Pero me temo que esto se ha roto para siempre y es tan duro... Porque sé que jamás voy a amar a nadie como a Liam Byrne... Lo sé...

—Siento tanto que estés pasando por esto, Elsa. Pero no puedes seguir así, porque vas a enfermar... Tienes que empezar a comer y a dormir... Así que el viernes te coges un avión y te vienes a vernos a las Bermudas. El sábado es tu cumpleaños y lo vamos a celebrar por todo lo alto...

—No tengo ganas de celebrar nada... Pero te agradezco la invitación... —replicó Elsa, que lo que menos le apetecía era volar a una isla paradisíaca.

Ella solo quería estar metida en su habitación, ponerse música bien triste, leer novelones más tristes todavía y llorar, llorar y llorar...

Sin embargo, Kelly no pensaba claudicar y, como fuera, iba a sacar a su hermana de ese pozo infinito de tristeza:

—No es una invitación. Es una orden. Te acabo de mandar el billete. En primera. Ha costado un pastón y no se puede anular. Así que te vienes sí o sí... Tengo un cocinero que ya ha preparado un menú de chuparse los dedos, supercalórico, y el fiestón del sábado va a ser antológico...

Elsa se puso la almohada en la cara de la desesperación, pues es que si se veía incapaz de ir al baretito de la esquina, como para plantarse en las Bermudas:

—Kelly que no... Que estoy fatal. Que no puedo con la vida, Que me duele todo. Por dentro y por fuera. No me apetece nada más que estar en mi cuarto, con mi pena y mi dolor...

—Perfecto. Rumia todo tu dolor hasta el viernes y después... ¡A celebrar tu cumpleaños como Dios manda! Solo se vive una vez, Elsa. Ya sé que es muy duro lo que te ha pasado, pero tienes que empezar a salir. Y qué mejor salida que venir a vernos...

—De verdad que te lo agradezco, pero yo es que...

—¡Piénsatelo, anda! Solo es un fin de semana y me apetece un montón verte. No nos vemos desde Navidad... Y nuestros padres se pondrán muy contentos de ver que sales un poco... Ellos tampoco lo están pasando nada bien de verte sufrir así.

—Lo sé. ¿Por qué crees que me paso el día recluida en mi cuarto?

—Venga, ánimo...

—¿Sabes que este fin de semana lo dejé libre porque Liam me lo pidió? Anulé una actuación que tenía prevista porque él quería que pasáramos mi cumpleaños juntos. Hasta tenía pensando darme una sorpresa... No sé qué sería, pero no paraba de decirme que me iba a encantar... Tenía tanta ilusión con mi cumpleaños... Y ahora mira, todo se ha ido a tomar viento...

—Tiempo al tiempo, nena. Mientras tanto, aprovecha que tienes el fin de semana libre y vente a verme. A mí también me hace una ilusión enorme celebrar tu cumpleaños. Anda, guapa, enróllate.

Y mientras las hermanas conversaban, y sin que ellas tuvieran la menor idea, Harry y Liam también lo estaban haciendo...

Y es que cuando Harry estaba a punto de abandonar su oficina, recibió una llamada a su teléfono móvil y vio que era él:

—¡Tío! ¡Ya era hora! ¿Tú sabes la de días que llevo intentando hablar contigo?

Liam que también estaba en su despacho, se revolvió en el asiento, se aflojó el nudo de su

corbata y replicó con un tono de voz muy triste:

—Lo siento. No he tenido cuerpo hasta hoy para hacerlo. Estoy hecho mierda. Ya sabrás por tu esposa hasta qué punto he sido capaz de pifiarla.

—Estoy al tanto. Elsa está destrozada...

—Lo sé. Mi hijo me lo recuerda cada noche. Me siento tan miserable, pero es que ya sabes cómo soy. Intransigente, severo, estricto, inflexible... Y un gilipollas integral. Porque resulta que lo que ha hecho Elsa por mi familia ha sido sencillamente maravilloso. Ha logrado lo que parecía imposible: que yo hable con la madre de Miranda y que descubra que ella también era otra víctima del señor Ramsay. He sido también tan injusto con esa mujer que me siento tan canalla, tan mala persona, tan insensible, tan cabrón... que cada vez que me miro al espejo siento un asco infinito.

Harry conocía tanto a su amigo que se imaginaba que estaba pasando por algo parecido:

—Como sé que te encanta fustigarte, llevo desde el día 1 llamándote para que no hagas la bola más grande todavía.

—¿Y por qué crees que no te cogido el teléfono?

—Porque te encanta refocilarte en la mierda... —respondió Harry con sorna.

—Joder, ¡me daba vergüenza hablarlo hasta contigo! Y eso que tú me conoces como si me hubieras parido.

—Pues sí. En cuanto Kelly me contó, pensé: “este ahora está arrepentidísimo y sintiéndose el peor ser humano de la tierra”.

—Así me siento. Ni más ni menos. Es que ni me atrevo a mirar a mi hijo a la cara. Dios ¡menudo ejemplo de padre! Un tío que es injusto, cruel, colérico, intolerante perdido...

—Para, por favor.

—Ni puedo parar ni sé cómo salir de este marronazo en el que estoy metido. Te juro que no tengo ni idea... Me paso el día encerrado en la oficina, pero apenas trabajo y cuando llego a casa, evito a Killiam porque no cesa de hablarme de Elsa y de su abuela y quiero morirme del bochorno —reconoció sintiendo una garra de puro asco en la boca del estómago.

Harry resopló y, aunque él no era de dar consejos, decidió por una vez darle uno a su amigo:

—La verdad es que tienes razón. Has liado una buena. Pero te diré algo, lo primero que debes de hacer para salir de este embrollo es perdonarte a ti mismo. Y una vez hecho ese ejercicio de generosidad contigo mismo, debes pedirles perdón a ellas.

—Yo no me voy a perdonar en la vida por lo que he hecho. Pero a Daisy la llamé al día siguiente de que fuera tan grosero y tan estúpido con ella. Y no me guarda rencor... Esa es la suerte que tengo... Sin embargo, con Elsa, está todo tan mal que ni me atrevo a llamarla. Fui durísimo con ella. Y ella no se merecía que la echara de casa de la manera que lo hice. Fui tan frío y tan mezquino que entendería que no quisiera hablarme en la vida. No merezco más que su desprecio, te lo juro.

—Lo hiciste fatal. No te voy a decir que no. Pero Elsa sabe cómo eres.

—Sí, un necio sin corazón... —repuso Liam, sin dudarlo.

—No tienes un pelo de necio. Y a corazón no te gana nadie. Lo que pasa es que eres un bruto y un cabezota. No ibas a ser perfecto...

—Nadie es perfecto. Pero lo mío es como para salir por piernas.

—¡Y dale con eso! Que sí, amigo, que metiste la pata hasta el fondo. Pero estás arrepentido y eso es lo que importa. Así que perdónate de una puñetera vez, habla con ella con el maldito corazón y ya verás cómo todo se arregla.

Liam resopló y le confesó a su amigo algo de lo que se arrepentía profundamente:

—Aquel día lo que hice fue todo lo contrario. Fui todo cabeza. Pensé que era lo que tocaba. Lo sensato. Lo prudente. Lo correcto. Así que silencié a mi corazón que me estaba pidiendo a gritos abrazar a Elsa, decirle que no pasaba nada, y que ya no concebía mi jodida vida sin ella, y en su lugar fui durísimo con ella.

—Pues ya sabes qué es lo que tienes que hacer para la próxima. Corazón y solo corazón. Y en cuanto a ti, se me ocurre algo... ¿Por qué nos venís los dos a pasar el fin de semana con nosotros? Va a hacer bueno, podíamos ir a navegar, a bucear, a jugar al tenis... Te vendrá bien cambiar de aires...

—Si me vieras... Tengo unas ojeras horribles, estoy pálido, he debido perder ocho kilos, es que no hago ni deporte...

—Vente a casa. Comerás bien, te dará el sol, harás ejercicio, sacarás de tu mente toda esa basura que impide que veas las cosas con claridad y volverás a Nueva York como nuevo.

Liam suspiró, convencido de que lo suyo ya no tenía ningún tipo de enmienda:

—Te agradezco el ofrecimiento, amigo. Pero es que no tengo ganas de nada.

—Vas a caer en depresión como sigas por ese camino. Así que espabila, que tienes un hijo que te necesita y una chica preciosa que te quiere.

Liam dio un respingo en el asiento, tragó saliva y sumamente impactado, replicó:

—¿Lo sabes de buena fuente? Porque Killiam también me dice que Elsa me quiere, pero yo no me lo creo. Al crío le dice eso para que no sufra, pero yo sé que me odia. Me aborrecía cuando apenas le había hecho nada, imagina ahora que le he mostrado mi peor rostro.

—Ahora le has mostrado tu peor rostro y te sigue queriendo igual. Vente y hablaremos al respecto...

—Pero dime por favor, eso de que me quiere ¿es una suposición tuya o se lo ha confesado Elsa a su hermana?

—Si quieres saber la respuesta: ¡vente a vernos a Bermudas!

Liam gruñó y replicó tras dar un manotazo al aire:

—¡Eres un liante y un manipulador!

Harry pensó que por un amigo en horas bajas era capaz de eso y de mucho más. Así que soltó una carcajada y aseguró:

—Jajajajajaja. ¡Y me encanta! Os esperamos...

Capítulo 24

Cuando Harry llegó a casa y le contó a su esposa que había invitado a Liam y a Killiam a pasar el fin de semana, ella se partió de risa:

—¡No me lo puedo creer! Porque ¿sabes a quién he invitado a pasar el fin de semana?

Harry la miró alucinado y replicó muerta de risa también:

—Dios, ¡van a pensar que lo hemos hecho a posta!

—¡Ni a propósito nos hubiera salido mejor! ¿Cómo está él?

—Fatal. No levanta cabeza. Se siente muy culpable y se odia a sí mismo por lo que hizo.

—Uf. Es que se pasó veinte pueblos, pero mi hermana está loca por él.

—Y él por ella. ¡Quién me iba a decir que Liam acabaría siendo mi cuñado!

—¿Tan claro lo ves? —le preguntó Kelly, divertida.

—En cuanto le dije que Elsa le quería no veas cómo le cambió la voz.

—¡Harry! Se supone que eso me lo contó mi hermana en secreto. ¿Cómo se te ocurre irle con el cuento a Liam?

—Se lo dejé caer de una forma vaga... Como que podía ser una suposición mía o algo que me había dicho un pajarito... Fue lo mejor que se me ocurrió para que se venga a pasar un par de días con nosotros. Ese hombre necesita salir de su agujero y ver las cosas con perspectiva...

—Como mi hermana... Están pasando los dos un infierno... Solo espero que todo salga bien.

Harry abrazó a su esposa, la miró con una cara de enamorado que no podía con ella y replicó:

—Este sitio es mágico y en esta casa hay tanto amor que acabará saliendo todo bien...

—Y tanto que es mágico. A mí me atrapó por completo...

—¿La isla o yo? —replicó Harry, cogiendo a su esposa por la cintura y estrechándola contra él.

Kelly hizo como se lo pensaba un poco y luego le besó en los labios:

—Todo. Pero sobre todo tú, Harry, tú y solo tú...

Y precisamente a esa casa llena de amor, a eso de las doce de la mañana, de un viernes soleado, llegó Elsa...

Su hermana y su cuñado estaban en sus respectivos trabajos, pero la recibió la madre de Harry que era una mujer cariñosa y adorable y que la ayudó a instalarse en una habitación con vistas maravillosas al mar y luego la invitó a que se diera un chapuzón en la piscina, mientras ella salía por un par de horas a hacer unas gestiones en la ciudad.

Así fue como Elsa, de repente se encontró tumbada en una colchoneta con forma de sandía, bajo un sol que pegaba bastante, y estrenando un escueto bikini fucsia con el que se sentía ridícula.

Estaba tan blanca, tan triste y tan desganada que no podía parar de pensar en que había sido una pésima idea ir a Bermudas.

Aquel paraíso no era el lugar más indicado para una chica con el corazón roto.

Había tanta luz, todo destilaba tanta alegría y tanta felicidad, que ella se sentía totalmente fuera de juego.

No pintaba allí nada...

A esas horas estaría mucho mejor en su habitación, escuchando música depresiva y sin parar de pensar en que ya no volvería a besar a Liam.

Ni a perderse en sus ojazos preciosos, ni a sentir su piel abrasándola, ni a escuchar sus risas, ni a tirarse hasta las tantas hablando de todo y de nada.

Había tocado la felicidad con los dedos y ya no tenía nada.

Solo el recuerdo de que sus almas no solo habían caminado juntas, sino que se habían fundido en una sola tantas y tantas noches...

Y a ese recuerdo se aferraba con la certeza de que jamás iba a vivir nada igual.

Estaba segura...

Porque Liam era su hombre.

El único al que había amado y el único al que iba a amar...

Y esa era una suerte infinita porque no todo el mundo tenía la dicha de conocer un amor así, tan grande y profundo.

Pero había durado tan poquito...

Y ahora dolía tanto su ausencia, tenía tal vacío dentro y le echaba tanto de menos que a veces creía hasta su escuchar su voz, llamándola:

Elsa, Elsa, Elsa...

Su nombre sonaba tan bonito en sus labios...

De hecho, estaba a empezando a gustarle su nombre desde que lo escuchaba en boca de él...

Pero eso ya era historia... y jamás volvería ya a escuchar su nombre con la fuerza y la intensidad con que lo había pronunciado ese hombre.

O sí...

Porque, de repente, escuchó una voz como la de Liam, exclamar:

—¡Elsa!

Elsa abrió los ojos, se incorporó en la colchoneta y para su más absoluto pasmo se encontró con Liam que venía cargado con un par de maletas y Killiam, al que le faltó tiempo para quitarse la camiseta y los pantalones y lanzarse sin más en calzoncillos al grito de:

—*Elsii.*

Elsa se arrojó de la colchoneta y con la misma emoción que Killiam nadó hasta él y se fundieron en un abrazo que los hizo llorar a los dos.

—¡Dime que no estoy soñando! ¿De verdad que estás aquí, Elsi?

—¿Qué hacéis aquí? Kelly no me ha dicho nada...

—Nos ha invitado Harry, a ver si a mi padre se le quita un poco esa cara que tiene de higo pocho.

Elsa le miró de soslayo y la verdad era que estaba hecho una calamidad. Tenía unas ojeras tremendas, estaba pálido, había perdido peso... Claro que ella tampoco es que estuviera mucho mejor...

—A mí me ha invitado mi hermana. El sábado es mi cumpleaños...

—¡Lo sé! Si te iba a llamar y te tengo el regalito comprado. Lo que pasa es que lo tengo en Nueva York. Como no sabía que ibas a estar aquí...

—Ni yo. Y me temo que esto no es casualidad...

Killiam con la mirada chispeante, bajó la voz y le preguntó:

—¿Tú crees que esto lo han tramado Kelly y Harry para que os reconcilies?

—No sé, pero me parece que no hay nada que hacer. Tu padre me odia... Espérate que no se

quiera dar la vuelta al verme...

Y no dijo nada más, porque de repente Liam se acercó hasta donde estaban ellos y le saludó con una cara de pena que era un poema:

—Buenos días, Elsa. ¡Qué sorpresa!

—Lo mismo digo. No sabía que estabais también invitados.

—Esto huele un poco raro... —masculló Liam que pensó que a pesar de que Elsa estaba más flaca, ojerosa y pálida, estaba preciosa con ese bikini rosa que realzaba todos sus encantos.

—Sea lo que sea, ¡yo no me muevo de aquí! —le dijo Killiam tras subirse en la colchoneta.

—Yo tampoco, si Elsa no tiene inconveniente en que nos quedemos... —habló Liam que estaba tan avergonzado que le costaba mantenerle la mirada a Elsa.

—Por mí no hay ningún problema... Sois los invitados de Harry...

Liam clavó la vista en esa mujer a la que había extrañado tanto y sintió tantas cosas que solo pudo musitar:

—Perdóname, preciosa.

Elsa sintió que le daba un vuelco al corazón y, convencida de que no había escuchado bien, replicó:

—¿Qué?

Killiam, que había escuchado perfectamente a su padre, gritó antes de que este se arrepintiera:

—Que el borrico de mi padre te está pidiendo perdón, Elsi. Repite, papi, anda... Que ya te vale, majo. Lo que te ha costado...

Liam dejó las maletas en el suelo, se revolvió el pelo con la mano, y pensando en que su hijo no tenía remedio pero que le quería con toda su alma, replicó:

—Perdóname, Elsa. Me porté fatal contigo. Fui injusto, duro, grosero, desagradecido, inflexible... En fin... Fui yo. Mi peor yo.

Elsa que ni en sus mejores sueños se imaginó que pudiera estar escuchando una disculpa de ese hombre, temblando entera y con los ojos llenos de lágrimas, confesó:

—Ya te dije que actué siguiendo el dictado de mi corazón.

—Ese fue mi error. No escuché a mi corazón. Y no sabes cuánto lo lamento.

Elsa que seguía muy emocionada, repuso tras salir de la piscina subiendo por la escalera:

—Supongo que esto no ha sido fácil para ninguno.

Luego, se enroscó una toalla al cuerpo, a modo de vestido con escote barco, y Liam que estaba ansioso por quitarle absolutamente todo, musitó:

—Yo no he levantado cabeza desde el mismo instante en que saliste de casa.

—Pues mejor no te cuento cómo lo he pasado yo. Y eso que sabía que podías ser duro, que tu decisión entraba dentro de lo posible, lo que no podía ni sospechar era que yo iba a sufrir tanto. Porque esto ha sido un tormento...

Liam que necesitaba explicarle muchas cosas, abrir su corazón y dejar atrás todo lo sufrido, replicó:

—¿Y si lo hablamos tranquilamente?

Elsa respiró hondo, negó con la cabeza y preguntó convencida:

—¿Hablar de que llevo noches en vela, de que apenas pruebo bocado, de que he llorado mares de lágrimas, de que nadie me ha hecho jamás tanto daño?

Liam, aun cuando sentía que todo estaba perdido, respondió con un nudo en la garganta tremendo por la ansiedad:

—Hablar de que estoy muy arrepentido de todo lo que te dije aquel día. De que te extraño

muchísimo, en todas partes... En mi cama, en los desayunos, en nuestras charlas hasta las tantas con una copa frente a la chimenea...

—Yo también te he echado muchísimo de menos. A todas horas. Pero jamás pensé que serías capaz de esto...

—Ni yo. Te juro que ni yo mismo me lo creo. Llevo desde que te fuiste odiándome a mí mismo y, seguro de que jamás iba a tener una oportunidad como esta. De tenerte enfrente y decirte que fui un auténtico cretino.

—Solo tenías que haberme llamado. Era tan fácil como eso.

—Tenía miedo a que no me cogieras el teléfono...

—Te lo habría cogido —afirmó Elsa, asintiendo con la cabeza.

Liam, sintiendo que una garra de angustia le atenazaba el pecho, replicó:

—Para decirme que no quieres saber nada más de mí. ¿Me equivoco?

—Te equivocas. Pero tenemos un fin de semana por delante para hablar.

Liam recortó la distancia que los separaba y, tras mirar la boca jugosa que se moría por besar, masculló:

—Para hablar...

Elsa le clavó la mirada y con el corazón a mil replicó...

—Exactamente, señor Byrne...

Y tras decir esto, regresó a la casa donde se encerró en su habitación para llamar a su hermana, presa de tal excitación que apenas podía respirar:

—Tía, ¡la que me has liado! ¡Liam está aquí con Killiam! ¿Desde cuándo te dedicas a hacer este tipo de encerronas? ¡Mira que no haberme advertido de que venía! Me ha pillado tirada en la sandía con un bikini minúsculo fucsia y un careto que tendrías que verme...

—Jajajajajaja. ¿Y qué tiene de malo el bikini? A él le habrá encantado... Pero te juro que no ha sido algo premeditado... Y ya sé que no te lo vas a creer, pero sucedió que después de invitarte, Harry llegó a casa y me contó que había hecho lo mismo con los chicos.

—Kelly, por favor, que no me chupo el dedo...

—Créeme. Todo surgió de forma espontánea... Pero cuenta, que es lo importante, ¿qué ha sucedido cuando os habéis reencontrado?

—Desde que he llegado a tu casa no he parado de alucinar, porque después de plantarse en tu piscina, me ha pedido perdón. Así a bocajarro...

—Muy Liam Byrne. ¡Directo al grano! ¿Para qué perder tiempo?

—Está muy arrepentido y tal...

—Y lo que viene después, me lo imagino... Tú te has resistido un poco y todo ha acabado en un beso de lo más húmedo y lo más intenso...

—Más que resistirme, le he explicado cómo me he sentido estos días... Pero no ha habido beso... Me ha devorado la boca con la mirada eso sí... Y no ha pasado nada más. Le he dicho que tenemos que hablar y me he subido para hablar contigo.

Kelly, que estaba impaciente por saber más y más, preguntó:

—Pero ¿no ha habido beso porque estaba Killiam delante o porque tú no has querido?

—Es que tenemos mucho que hablar... Pero no sé si podremos volver a lo de antes, porque yo ya no me conformo con lo que me daba. Lo he pasado muy mal, Kelly, y me ha dado cuenta de que lo quiero todo.

—Sabes que pienso que, aunque no te diga expresamente que te ama: lo hace.

—Ya, pero es que yo lo necesito escuchar. Y si no va a poder ser, prefiero dejarlo en este

mismo punto.

—Creo que él también se habrá dado cuenta de muchas cosas durante esta separación y seguro que también tiene cosas que decirte al respecto. ¡Este fin de semana va a ser intensito!

—No va a ver término medio. O nos mandamos a la porra para siempre o de aquí salimos con fecha para la boda.

—Oye, pues casarse en la playa al atardecer es una auténtica pasada...

—Pero no será con Liam Byrne... Este sería capaz de plantarse en la playa con el traje y la corbata...

—¿Y qué?

—Daría demasiado el cante, esas bodas son para llevar ropa informal, de color blanco, todo muy *hippie*... Y él ya sabes cómo es, de estirado y de recto...

Kelly se echó a reír y le recordó a su hermana con un canturreo muy gracioso:

—Es el hombre del que te has enamorado, nena...

Capítulo 25

A la mañana siguiente, después de desayunar, Elsa y Liam acordaron dar un paseo por la playa, mientras Killiam se iba a con Kelly y Harry a dar una vuelta con el barco y luego a bucear...

Los dos agradecieron quedarse solos al fin, porque desde que habían hablado en la piscina no habían vuelto a tratar la cuestión que los traía a los dos de cabeza.

—Te confieso que hoy tampoco he pegado ojo, porque me preocupa muchísimo la deriva que pueda tomar esta conversación —reconoció Liam, mientras caminaban por la larga playa de arena rosa.

Lucía un día precioso, azul, sin una nube en el cielo, y hacia una temperatura deliciosa.

El día perfecto para ser feliz...

Pero quién sabía lo que les iba a deparar esa mañana maravillosa, ya que Elsa estaba igual de ansiosa que Liam:

—Bienvenido al club. Yo me he pasado la noche en vela.

—¿Qué es lo que más te preocupa? —preguntó Liam que detestaba los rodeos.

Elsa suspiró y decidió ser totalmente sincera...

—Yo sé cómo eres. Conozco tus luces y tus sombras. Y con todo, me enamoré de ti. El Liam que vi en aquella cafetería, duro, implacable, severo... Terrible. No me gustó nada... Y no quisiera volver a verlo en mi vida. Pero creo en tu arrepentimiento y creo que el perdón es también una forma de amar. Y yo te amo, Liam...

Liam se paró frente a ella, la miró con los ojos vidriosos y masculló:

—No lo merezco.

—Es lo que hay —replicó Elsa, encogiéndose de hombros—. Así que mi miedo no es a que la pifies otra vez y vuelvas a echarme de tu vida. Sé que lo que pasó fue algo excepcional. La aparición de Daisy te trastocó por completo, porque pensabas que era alguien muy diferente a quién realmente es. Yo me alegro mucho de que hayas descubierto que fue una víctima más, y que es la mejor abuela que puede tener tu hijo.

—Y es tan generosa, la llamé al día siguiente del incidente para pedirle perdón y me dijo que todo estaba bien. Uf. ¿Cómo iba a estar bien? Pero con todo, no me guarda rencor y prefiere centrarse en el presente. Ahora las meriendas se las toma en casa... Es una gran mujer.

—Sí que lo es. Y muy sabia. Ella cree que lo mejor es dejar atrás lo malo y centrarse en lo bueno que tiene ahora.

—Killiam la adora. Y Daisy está feliz con él. Y todo gracias a ti.

—Y sobre todo gracias a ti que has enmendado rápido tu error y has permitido que se sigan viendo.

—¿Cómo no lo voy a permitir? Sería un desalmado... Tienen tal conexión que da gusto verlos juntos. ¡Si ya se entienden hasta con las miradas! Es como si hubieran estado toda la vida juntos...

—Es verdad. Es muy bonito lo que ha surgido entre ellos. Pero volviendo al tema de qué es lo que me preocupa. Yo te acepto como eres. Y no te guardo rencor por lo del otro día. Me habría

gustado que las cosas hubieran sido de otra forma, pero no supiste gestionar tus emociones mejor. Has sufrido muchísimo y hasta cierto punto pude entender tu reacción. Era tu forma de proteger a lo que más quieres.

—Sí, pero tú le estabas protegiendo más todavía. Y no se me ocurre otra cosa que echarte de casa. Es imperdonable.

Liam muy avergonzado, apretó fuerte las mandíbulas y se echó a andar otra vez:

—Yo te perdono, ahora lo que toca es que tú lo hagas contigo mismo —replicó Elsa que se arrancó otra vez a caminar junto a él.

—Eso me decía Harry, pero soy de los que exige a los demás porque antes me exijo el triple a mí mismo. Y esto dudo que me lo pueda perdonar alguna vez...

—No te tortures más, Liam. De verdad que yo, al igual que Daisy, lo tengo más que olvidado. Ahora lo que me preocupa es otra cosa... Y es que si de algo me han servido estos días tan duros ha sido para darme cuenta de que lo que me importas, de que estás metido muy dentro de mí, de que te quiero.

Liam se paró de nuevo, la miró emocionado y musitó:

—Elsa, después de todo... Y me dices esto...

—Te lo digo y lo siento. Estoy enamorada de ti. Muchísimo. Hasta las trancas. Pero después de lo todo lo que ha pasado...

—Sé lo que me vas a decir —la interrumpió Liam—. Y ¿sabes qué? Estos días también me han servido para darme cuenta de otras cosas. Aparte de que soy un cretino integral. Y es que me dolía tanto tu ausencia, que he sido consciente de la magnitud de lo que siento por ti. Y es muy grande, Elsa. Es tan grande que lo que pensaba que jamás iba sucederme, me está pasando. Y me refiero a que yo estaba seguro de que después de Miranda no volvería a amar a nadie así. Pero tú, poco a poco, has logrado lo que parecía imposible... Y eso también me ha descolocado muchísimo, porque no tenía ni idea de cómo gestionarlo. Porque de alguna manera sentir tanto por ti, era como traicionarla a ella. Y esto era algo que me traía de cabeza... Creo que por eso también fui tan duro contigo... Te eché de casa no solo porque tendieras el puente hacia Daisy, te eché de mi casa porque ya no podía reprimir más mis ganas de decirte que te amo. Y como eso para mí suponía traicionar a Miranda, decidí que lo mejor era que te fueras. Y me equivoqué, ya que si de algo me han servido estos días ha sido para darme cuenta de que ya no puedo renunciar a ti. De que te amo, Elsa... Te amo con todo mi ser. Y ya no puedo callármelo más.

Elsa se quedó mirándole con los ojos llenos de lágrimas y, un nudo en la garganta y, musitó:

—¡Dios mío, Liam! Esto es justo lo que me preocupaba. Yo te amo, pero necesito saber que soy correspondida. Ya no me conformo con volver a lo que teníamos antes. Yo quiero vivir un gran amor, que fluya en las dos direcciones... Yo quería escuchar de tus labios un te amo... Y...

Liam que ya no podía más, la agarró por la cintura, la estrechó contra su cuerpo y la besó desesperado...

Y cuando Elsa pensó que ese momento ya no podía superarse, él la miró con una cara de enamorado total y le aseguró:

—Te amo, Elsa. Y no vas a escuchar un te amo. Vas a escuchar infinitos. Porque quiero vivir, quiero sentirme justo como me estoy sintiendo ahora. Vivo, libre, lleno de amor... Quiero aprovechar la oportunidad que me ha dado la vida. Quiero vivir este gran amor. Porque lo es, Elsa. Yo te amo con locura... Pero como soy tan torpe para gestionar mis emociones, he tenido que pasar por un auténtico infierno para percatarme de que no se trata de sustituir a Miranda. Su amor estará siempre dentro de mí. Lo que se trata de es de seguir viviendo, de verdad, con

intensidad, con locura, con pasión... Y eso significa abrirse a todo lo bueno, a todo lo bonito, a todo lo bello. O sea, a ti. Que eres lo mejor que me ha pasado, un regalo grande del cielo al que no pienso renunciar. Ya no, Elsa. Ya he aprendido la lección con lágrimas de sangre y estoy aquí para amarte. Sin condiciones y hasta que me quede un aliento de vida...

Elsa con dos lágrimas corriéndole por el rostro porque jamás pensó que esa mañana fuera a escuchar semejante declaración de amor, le agarró por el cuello y le besó con todo el amor que latía en su pecho.

—Te amo, Liam. Y sí, me has leído el pensamiento porque esto era justo lo que quería escuchar.

Liam le acarició el rostro con el dorso de la mano, negó con la cabeza y le aseguró:

—No te he leído el pensamiento. Te he leído el corazón...

—Pues sí. Y yo ya es que no me conformo con menos. Quiero vivir este amor plenamente, con ganas, con alegría, con fuerza, con pasión... ¡Sin miedo a vivir! Dándolo todo...

Liam la pegó contra él, ella sintió la potente erección presionando contra ella y masculló:

—Perdona que me emocione hasta este punto...

—Jajajajaja. No hay nada que perdonar. ¡Me encanta que te entusiasmes así!

Liam la besó otra vez, hundiendo la lengua hasta el fondo, devorándola, saboreándola, haciéndola arder entera y luego le confesó:

—No imaginas las ganas que te tengo...

Y tras decir esto, la cogió de la mano y la llevó hasta una caseta de baño antigua que estaba a escasos metros.

Empujó la puerta y comprobaron que estaba abierta...

—Es la caseta de los Fink, yo siempre que pasó por aquí me quedo mirándola. Porque me tiene enamorada... Por no hablar de la villa de color rosa... Yo es que de pequeña tenía una casita de muñecas de ese color. Y siempre le decía a mi hermana que cuando fuera mayor, sería feliz en una casita como esa, con mi marido, mis hijos, mi perro, y mi piano, por supuesto... Como ves, era una niña de lo más conservadora y convencional...

—Y lista. Porque ¿hay algo mejor que desear todo eso?

Kelly se encogió de hombros, mientras contemplaba esa cucada de caseta de madera blanca que estaba muy bien conservada y tenía tantas posibilidades...

—Es una pasada esta caseta. Pero según me contó Kelly ya no la utilizan. Los Fink son muy mayores y no tienen hijos...

—Hoy la vamos a usar nosotros. No creo que les importe...

Liam la besó en el cuello, mientras le deshacía la lazada de la parte de atrás del bikini.

Elsa cerró los ojos, se aferró a la espalda ancha y fuerte y entonces sintió cómo le mordisqueaba los pezones.

Y así estuvo hasta que después de la exquisita tortura, la liberó de la parte de abajo del bikini, se arrodilló ante ella y la devoró hasta que la llevó hasta el éxtasis.

Después, él se puso de pie, se besaron como locos, ardiendo de deseo y él masculló con la boca pegada a la de ella:

—Quiero hundirme dentro de ti, quiero hacértelo como nunca, pero...

Elsa le miró, sintiendo lo mismo que él y, con una certeza enorme en su corazón, replicó:

—Yo te amo. Te amo tanto que estoy dispuesta a ir hasta el final. Estoy preparada para todo, Liam. Quiero hacerlo así... Es más, siento que necesito que sea así. Pero si te parece una locura...

Liam sonrió con el corazón latiéndole como nunca, negó con la cabeza y replicó:

—¿Locura? Es justo lo que deseo hacer. Estoy listo para todo, Elsa. Mi nivel de compromiso contigo es total. Yo también estoy preparado para esto y para todo lo que venga.

Y tras decir esto, la besó con lengua y con dientes, con todas las ganas que llevaba guardadas desde hacía días y luego la alzó por las caderas.

Elsa rodeó el cuerpo de él con las piernas y él sin más se introdujo hasta el fondo...

Así la cargó contra la pared y comenzó a hacérselo lento y profundo, hasta que los dos necesitaron mucho más y se lo dieron todo.

Se amaron como nunca, con pasión, con fuego, con locura... Y estallaron juntos sintiendo que eran por fin uno.

De verdad.

Sin miedo, sin temores, sin reservas. Desnudos de cuerpo y de alma. Frente a frente. Sin más verdad que la que se reflejaba en la mirada del otro.

La verdad de un amor auténtico y cierto.

Luego, felices y saciados, se fueron a dar un baño en el mar infinito que tenían delante y cuando salieron Liam se dio cuenta de algo:

—Mi alianza —dijo tocándose con el pulgar el anular del que había desaparecido el anillo.

—¿Se te habrá caído en el agua? —le preguntó Elsa muy preocupada, porque sabía lo importante que era para él.

—Posiblemente...

—El mar está en calma, se me da muy bien bucear. Yo lo voy a encontrar...

Y sin pensárselo dos veces, salió disparada hacia el agua en tanto que Liam sentía que ya no podía amar a esa mujer.

Y salió corriendo detrás de ella para detenerla...

—Déjalo, Elsa. La alianza se tiene que quedar aquí.

Elsa le miró sorprendida y dispuesta a no salir del agua hasta que la encontrara replicó:

—Voy a encontrarla, Liam. Sé que lo significa para ti.

—Por eso, porque sabes lo que significa para mí, tienes que entender que no es casual que justo hoy se haya deslizado de mi dedo.

Elsa con el corazón latiéndole con fuerza, pestañeó muy deprisa y preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Lo quiero decir es que en esta playa dejo mi anillo, la alianza con la que sellé mi amor por Miranda, y en esta playa empiezo mi nuevo camino contigo. Como debe ser, con las manos desnudas y ávidas por dártelo todo. Además, ¿has visto como se llama la villa de los Fink?

—Glück.

—¿Y sabes lo que significa en alemán?

—Ni idea.

—Felicidad, dicha, fortuna... Justo lo que nos espera...

Capítulo 26

Después de amarse en la playa, Elsa y Liam volvieron felices a la casa y nadie preguntó nada. Porque era más que obvio lo que había pasado...

Esa noche durmieron juntos y cuando Elsa despertó, a la mañana siguiente, tenía toda la habitación repleta de rosas blancas:

—¡Feliz cumpleaños, mi amor!

Liam que acababa de salir de la ducha, se tumbó junto a ella, la besó en los labios y Elsa preguntó:

—Dime que no estoy soñando. ¿Estás aquí?

—Sí. Y soy tuyo. Todo para ti.

Elsa le besó en la boca, sintiendo que no podía estar más enamorada y confesó:

—¿Sabes que este va a ser el mejor cumpleaños de mi vida?

—Yo al menos voy a intentar que así sea... Y te contaré algo... Antes de que pasara lo que pasó, si llegaba a poner orden en mi caos emocional, mi idea era haberte dicho que te amaba en este día...

Elsa abrió los ojos como platos y dijo mirándole con todo el amor que tenía en el pecho:

—¿Ese era tu regalo?

—Sí, pero ya no me sirve. Creo que esta noche te lo he repetido como mil veces...

—Jajajajaja. Y yo... Es que nos teníamos tantas ganas... ¡Y vaya noche! Yo estoy molida. No hay músculo que no me duela.

—Ha sido una noche perfecta. Y estoy tan feliz, que me he despertado hace un buen rato, he ido a correr a la playa y no te puedes ni imaginar lo que me ha pasado...

Elsa sintiéndose una vaga de mucho cuidado, replicó divertida:

—¡Madre mía! ¡Y yo sin parar de dormir!

—Lo necesitas después de la mala vida que te he dado. En mi caso es que no aguantaba en la cama de pura felicidad. Y como hace un día tan espléndido, me he ido a la playa y justo cuando he pasado delante de la casa de los Fink, ha venido hacia mí un perrillo muy simpático y detrás su dueño. El mismísimo señor Fink...

Elsa se tapó la cara con las manos de la vergüenza de que hubieran podido verlos y masculló:

—¡Ay qué vergüenza! Prefiero no saber...

Liam sonrió, la besó en los labios porque era sencillamente encantadora y habló risueño:

—Hazme caso: te va a encantar saber. Después de que su perrillo Luke me hiciera muchas fiestas, cosa rara en él, porque según el señor Fink es un gruñón de mucho cuidado...

—Jajajaja. No me digas más. ¡Luke te ha reconocido como uno de su tribu! —le interrumpió Elsa.

—Eso seguro. Bueno, pues después me he presentado y, para mi sorpresa el señor Fink conocía mi empresa, y dice que admira mi trayectoria... Yo le he confesado que no tengo más mérito que trabajar duro... Y él ha replicado que algo sabe de eso... No en vano, llevó a su empresa de

ingeniería a lo más alto y tras hablar de estos temas de empresa, me ha contado que piensa vender la villa. Ya son mayores y prefieren vivir en su apartamento de Nueva York...

—Pues la venderá en un visto y no visto porque esa casa es un sueño y tiene la mejor ubicación.

—Ya la ha vendido —replicó Liam con una sonrisa de oreja a oreja.

Elsa le miró perpleja porque no entendía nada:

—¿Pero no has dicho que piensa vender?

—Sí. A mí.

—Jajajajajaja. ¿Cómo que a ti? ¿Me estás vacilando de buena mañana? —preguntó Elsa, muerta de risa.

Liam en cambio se puso muy serio y le contó como si fuera lo más normal del mundo:

—Te estoy diciendo la verdad. En cuanto me ha confesado su intención de vender, le he preguntado por el precio y me ha parecido tan estupendo, que le he pedido que si podía ver la casa...

—Liam, ¡tú estás loco de remate! —exclamó Elsa, llevándose la mano a la boca.

—Espera a escuchar el resto... Entro en la casa y lo primero que veo al fondo, en un salón enorme y luminoso, es el piano Steinway&Sons más bonito que he visto en mi vida.

Elsa con los ojos llenos de lágrimas, musitó porque aquello no podía ser cierto:

—No puede ser...

—Sí, Elsa, la casa de los Fink, es la casa de tus sueños. Pero es que, por si ya no había suficientes señales, de repente he escuchado una canción...

—¡No me digas que sonaba la nuestra porque voy a empezar a asustarme!

—Sonaba, pero es que hay mucho más. Ese piano lo tocó el mismo Cole Porter en más de una ocasión, de hecho, el señor Fink me aseguró que hasta llegó a componer con él algún tema... En el salón tienen una foto del compositor tocando ese mismo piano...

—¡Liam haberme llamado y habría salido corriendo a verlo! —exclamó Elsa emocionada.

—He hecho algo mejor. Le he hablado al señor Fink de tu talento, de tu dedicación y de tu pasión y él me ha contado que se ha consagrado toda su vida a su empresa de ingeniería, pero que la música ha sido su gran pasión. Siempre tocó el piano por afición y ahora le preocupaba mucho qué iba a pasar con su piano, porque no lo puede llevar a su apartamento de Nueva York. Y no quería vendérselo a cualquiera... Había pensado en alguien muy especial, en alguien que pudiera amarlo tanto como tú... Y entonces, le he contado la historia de la niña de Brooklyn que tenía una casita de muñecas de color rosa. Una casita en la que se imaginaba feliz, con su marido, sus hijos, su perro y su piano...

Elsa se echó a llorar como una tonta, porque aquello era demasiado bonito para ser cierto:

—Liam esto solo pasa en las novelas que devoro. En la vida real estas cosas no pasan...

—En la vida real, todo es mejor... Porque se ha emocionado tanto el señor Fink, que ha despertado a su mujer, me la ha presentado, le ha contado toda la historia... Y ¡ha llamado a sus abogados para que preparen hoy mismo el contrato de venta!

Elsa, que estaba que no daba crédito, insistió:

—¿Vas a comprar la villa de los Fink?

—¿Qué otra cosa podía hacer? ¡Me había quedado sin regalo de cumpleaños!

Elsa ya sí que alucinó puesto que eso sí que solo podía ser una broma:

—¿Cómo que regalo de cumpleaños?

Liam la besó en los labios dulcemente y le dijo sintiendo que no podía amarla más:

—Cada uno regala lo que quiere. Y yo quiero que esa villa sea tuya. Quiero que se haga realidad tu sueño de niña... Ya tienes la casa rosa y el piano, ahora ya solo te queda todo lo demás...

—Jajajajaja. Que no, Liam. Que no puedo aceptar semejante regalo.

—Puedes ir andando por la playa a casa de tu hermana... En cuanto estos se reproduzcan que no faltará mucho, te encantará venir aquí con frecuencia para estar con tus sobrinos. Y con el tiempo... a tus hijos les encantará tener a sus primos tan cerca.

Elsa pestañeó muy deprisa y replicó desbordada por todo:

—¿Hijos, primos, sobrinos? ¿No crees que te estás proyectando demasiado?

—Es lo que va a pasar. Es ley de vida. Y sobre todo es tu sueño. El sueño que mereces...

Elsa se mordió los labios porque ese hombre era demasiado, con él todo era así... Desmesurado... y habló:

—Liam entiende que esto no es normal. Y soy una chica sencilla, que puede vivir en cualquier parte... Quiero decir que sí, que soñaba con casitas rosas de niña, pero ya he crecido y soy una adulta que no necesita lujos para ser feliz. Aparte de que me parece una locura que me hagas tremendo regalo...

—No es ninguna locura. Te lo quiero regalar porque me apetece, porque deseo que seas feliz, y porque quiero proponerte algo.

Liam se echó mano al bolsillo de atrás del pantalón y sacó un alambre blanco de los que se usan para cerrar los panes de molde.

—¡Ay Dios! ¿Qué se te habrá ocurrido ahora, Liam Byrne? Miedo me das. ¡A ver con qué sales ahora!

Liam saltó de la cama y le confesó mirándola divertido:

—Voy a hacer lo que tengo que hacer. Y más después de lo que pasó en la playa... Y de lo que ha pasado esta noche... Tu confianza y tu entrega han sido totales y a mí ya solo me queda hacer esto...

Liam clavó la rodilla en el suelo y Elsa atónita le miró sin saber qué diablos estaba haciendo:

—¿Y eso qué diantres es?

—Esto es una cutrada, porque mi idea era haberte comprado un anillo bonito en la ciudad, pero es que se me ha hecho tan tarde cerrando el trato con los Fink, que no me ha quedado más remedio que recurrir al pan de molde.

Elsa, con unos nervios que no le cabían en el cuerpo, replicó:

—¿Anillo? ¿Pan de molde? Ay Liam, ¡tú me vas a matar!

Liam terminó de hacer un anillo con el alambre del pan de molde, y le dijo hablando con el corazón, como tenía que haber hecho desde el primer día que conoció a esa chica:

—Tranquila que ya con esto acabo... Y lo que quiero pedirte con este anillo, porque, aunque lo veas así, es un anillo... Lo importante es el símbolo, es que acabes de cumplir tu sueño en esa casa, con ese piano, aceptando a un cretino como yo como marido... Ya sé que no soy el mejor de los hombres, ya sé que te he decepcionado, ya sé que puedo ser el tío más insoportable del planeta. Pero te amo... Te amo tanto, Elsa, que te juro que voy partirme el pecho para que seas la chica más feliz del mundo.

Elsa se levantó de la cama, se plantó frente a él, sin creerse aún que todo eso estuviera pasando y exclamó:

—¡Ya soy la chica más feliz del mundo!

—Y solo es el comienzo. Cásate conmigo, Elsa. Y te prometo que me voy a esforzar al máximo

para ser digno de ti.

Elsa se arrodilló frente a él, le agarró por el cuello, le plantó un beso en los labios y le dijo:

—Ya eres digno de mí. No imaginas cuánto.

—Creo que en esa casa seríamos muy felices los tres... Más Dingo, claro. Y los que vengan... Joder, ¿te imaginas que sucediera? Yo no podría ser más feliz...

—Yo ya soy tan feliz. Te amo. Y para mí sería un sueño tener una casita rosa aquí, tan cerca de mi hermana... Y ¿sabes qué? A Killiam le encantan las Bermudas, anoche me decía que le apasiona la playa, que le gusta navegar, que se lo pasó en grande buceando, y que ojalá pudiéramos venir mucho más. Él es feliz aquí... Así que la casita rosa también sería su sueño...

—El de los tres. Y el de Dingo, por supuesto...

Elsa sintió un poco de vértigo, pero se sentía tan feliz, amaba tanto a ese hombre, quería tanto a Killiam, que respiró hondo y decidió seguir el consejo de su abuela.

Así que le tendió la mano y le pidió a Liam:

—Esto es una locura. Pero mi corazón me dice que te diga que sí... Y es lo que voy a hacer. Así que sí, Liam Byrne, acepto. Quiero casarme contigo. Y que sea lo que tenga que ser...

Liam le puso el anillo, sintiéndose el hombre más feliz del planeta, la besó y le aseguró con los ojos llenos de lágrimas:

—Va a ser la aventura más genial y fascinante que puedas haber imaginado nunca. ¡Ya lo verás, preciosa!

EPÍLOGO

Tres meses después, al final del verano, Kelly estaba casándose al atardecer en la playa, frente a la villa Glück que ya era suya, con el hombre de su vida.

Ella hubiera preferido contraer matrimonio un poco más tarde, pero estaba embarazada y era mejor hacerlo antes de que ya no pudiera entrar en el vestido maravilloso de aires románticos y bohemios que le había diseñado un prestigioso modisto en exclusiva para ella.

Liam, sin embargo, se plantó en la playa con su traje, muy él, y feliz como no recordaba...

La vida no solo le había hecho el regalo de vivir de nuevo un gran amor, sino que Elsa llevaba en su vientre a una niña que iba ya a colmarles de felicidad por completo.

Luego, después de una ceremonia que no pudo ser más emotiva, celebraron un convite en los jardines de la villa y a los postres, Killiam pidió que le dejaran decir unas palabras.

Luego, se levantó, se ajustó bien el nudo de la corbata roja que llevaba y leyó sin dejar de mirar a Elsa y a su padre:

—Hoy se han casado dos de las personas que más quiero en mi vida. Mi padre y mi Elsi. De mi padre qué os voy a decir que no sepáis... Después de que mi madre se fuera, se convirtió en un ogro que seguro que os enseñó los dientes a todos alguna vez. Se convirtió en un señor triste y antipático al que había que currárselo mucho para hacerle reír... Que me lo digan a mí, que he hecho de todo para arrancarle sonrisas. Pero un día llegó ella, mi Elsi, y todo cambió. ¿Os podéis creer que hasta en mi casa de repente hubo más luz? Pues creedlo porque es cierto... Llegó Elsi y en mi casa dejó de ser todo gris... Ella lo llenó todo de su luz, de su chispa, de su magia... Y logró algo que para mí ha sido muy bonito y muy importante. ¡Conocí a mi abuela! ¡Abuela, te quiero! —exclamó tirando con la mano un beso a su abuela que le escuchaba como todos, envuelta en lágrimas—. Luego, sucedió un enfadillo del que ya ninguno queremos ni recordar, y en este precioso lugar Elsi y mi padre se dieron cuenta de que no podían vivir el uno y sin el otro. Se quieren tanto que sé que mi madre desde ahí arriba también brinda con nosotros porque ve a mi padre feliz. Como todos le vemos... Y porque dentro de poco, habrá una personita más con nosotros a la que le enseñaremos a que lo haga todo con el corazón. ¿Verdad, Elsi? —Elsa sin parar de llorar, asintió con la cabeza y Killiam siguió—: La abuela de Elsi le enseñó desde muy pequeña a que se guiara por el corazón y lo mismo vamos a enseñarle a la criatura que está por llegar. Yo estoy loco por tenerla entre mis brazos, os prometo que voy a ser el mejor hermano que pueda tener, y sé que se lo va a pasar genial porque va a tener unos abuelos que son una pasada... ¡Os adoro, señores Taylor! —exclamó lanzándoles un beso también—. Así como también va a tener unos tíos que son lo más... ¡Os quiero, Kelly y Harry! ¡Que sepáis que yo también estoy loco por tener primos! —Todos rompieron a reír y ya concluyó—: Y esto es todo, solo quería que supierais que hoy se casan dos personas que se merecen todo lo mejor y que así va a ser porque como me ha enseñado mi Elsi, las historias de amor, cuando es del bueno, siempre terminan bien...

Como así fue, porque lo que empezó siendo una tentación, la tentación de unos besos, acabó siendo el amor más auténtico y verdadero.

Y con el paso del tiempo, los seis, porque los Byrne tuvieron tres hijos, más Dingo, pasaron muchísimos veranos inolvidables en esa casa rosa, con la que un día Elsa soñó de niña.

Esa casa en la que se imaginó feliz, junto a un hombre maravilloso, sus hijos, un perro y un piano...

Y su sueño se cumplió...

La vida le regaló a un hombre que no era perfecto, pero al que amaba como a nadie, y cuatro hijos...

Porque a Killiam siempre le sintió como tal...

Y precisamente, en esa casa... Killiam acabó casándose con Sue, la niña de la que siempre estuvo enamorado...

Pero esa es otra historia...

La de Elsa y Liam acaba aquí...

No obstante...

Antes de irte, te agradecería que, si te ha gustado la historia, dejaras un comentario en Amazon para animar a otras lectoras a que conozcan esta historia de amor.

Yo me he dejado la piel escribiéndola y espero que tú la hayas disfrutado tanto como yo.

Y ya solo me queda decirte que puedes estar al tanto de mis próximas publicaciones a través de Facebook:

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100009232082162>

Muchas gracias. Y felices lecturas.